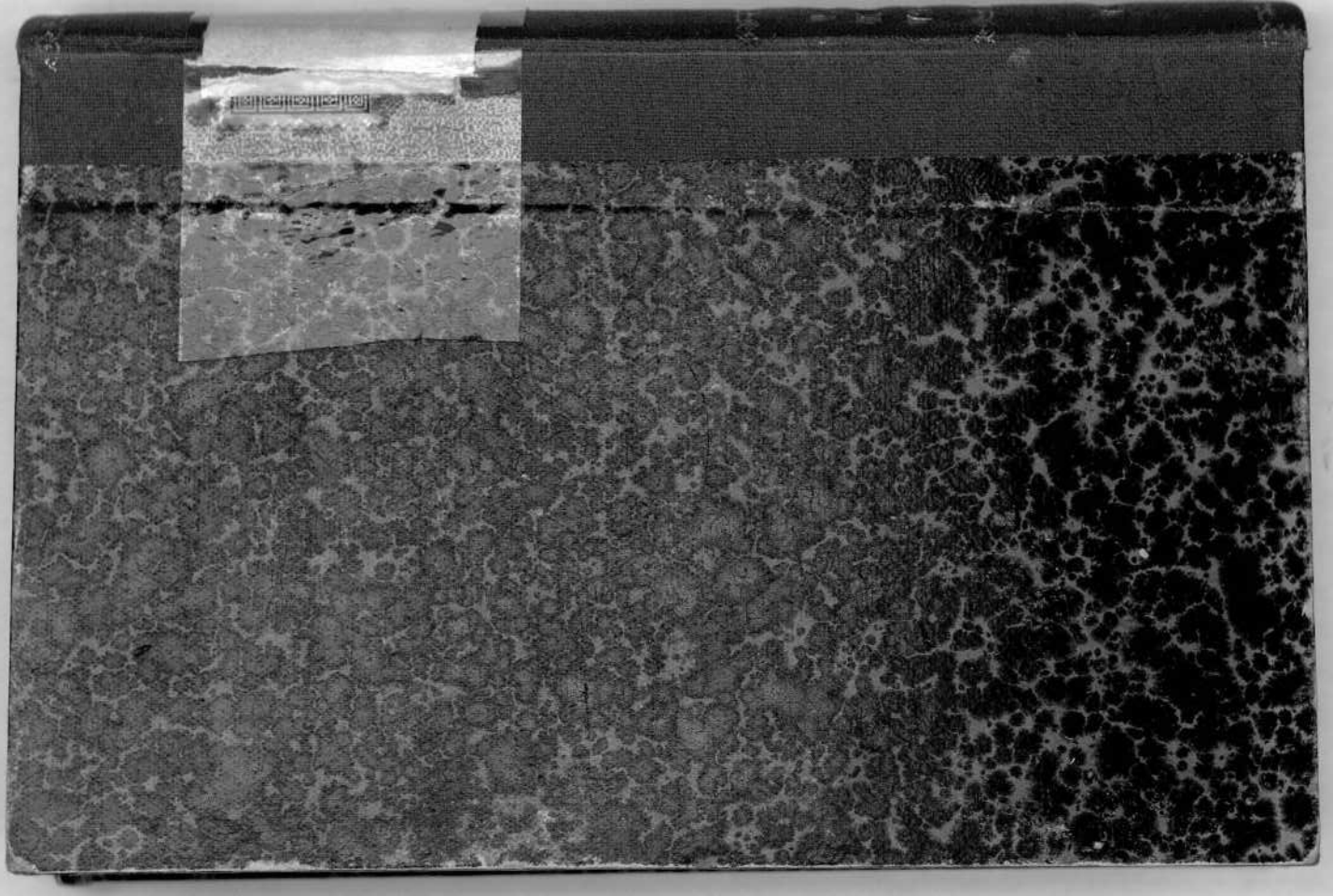


745

S.P-75

DESDE LA CUMBRE DE LA VIDA

(CUENTOS)

R-2106

DESDE LA CUMBRE DE LA VIDA

COLECCIÓN DE CUENTOS ESCRITOS

POR

JESÚS R. COLOMA

MADRID
«APOSTOLADO DE LA PRENSA»
SAN BERNARDO, 7.
1928

Es propiedad de
Jesús R. Coloma.

Imp. del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús.—Juan Bravo, 3. Madrid.

PRÓLOGO

ROLOGUILLO debiera decir para designar este puñadito de palabras que he de poner a manera de zaguán en mi libro de cuentos, no más que para enlazarles de algún modo, si ello es posible, dada la heterogeneidad que, como es frecuente en obras de este contenido, logra que se parezcan a cajón de sastre, o cesta de juguetes, donde se juntan el payaso burlón y la muñeca preciosa, el pavoroso cañón de hoja de lata y la cunita con el lindo nene de celuloide.

Y he puesto el título que encabeza estos renglones, al conjunto de narraciones tan dispares que siguen, porque en verdad son ellas trocitos de vida, sucesos y casos presenciados a través de mis años en este mundo pintoresco.

Cuando se han recorrido las praderías sua-

vísimas de la niñez, y más tarde se han atravesado las florecidas laderas de la juventud; cuando, ascendiendo por la senda, cada vez más pina y pedregosa y hostil, de la vida madura, se ha llegado a esa cumbre de ella desde donde el descenso comienza, la mirada abarca un mundo de menudas cosas, tan diversas como lo jocoso y lo dramático, tan cercanas como lo amatorio y lo sentimental, y es fácil, con la simple manipulación de un Kodac especial para esta clase de perspectivas, obtener pequeñas instantáneas, menudos cuentos, como los que a continuación ofrezco a mis lectores, tan varios, tan dispares como es la vida en sus infinitas facetas.

He intentado, sin embargo, establecer un poco de método, clasificándoles en cinco grupos, pero lo mismo hubieran podido ir revueltos unos con otros, porque así fueron al ser vividos y así seguirán siendo los que en la realidad les sucedan.

Y, sin más razones, y tras de pedir a mis lectores benevolente comprensión, abandonamos el vestíbulo y nos adentramos al interior del edificio.

EL AUTOR

SENTIMENTALES

El regalo de Reyes.

HACIA ya muchas horas que nevaba. El cielo, que lucía la limpidez cristalina de las noches invernales de la Montaña, iluminábase con la luz pálida del plenilunio. De la tierra ascendía otra luz más blanca, más viva, porque el manto de nieve que había cubierto gándaras y montes y picachos y barrancadas, devolvía con reverberaciones metálicas los rayos lunares.

En la inmensidad del silencio montés, Triollo, el pueblecito enhiesto sobre el agreste anfiteatro de la serranía palentina, celebraba jocundamente la fiesta tradicional de la noche de Reyes.

Solían reunirse varias familias amigas en casa de una de ellas y pasar allí, entre pastelitos, miel, frutas del país y vino añejo, una velada divertida, que el pandero de las sonajas y la voz argentina de las mozas llenaban de cadencias y travesura.

En la casa del párroco, modesta y limpia, juntáronse algunos convecinos y, entre ellos, el matrimonio más rico del lugarejo, Tinuco y Cintuca, a quienes Dios no dió hijos, pero el diablo los llenó de bienes, según decían las gentes del país, hablando pestes de la avaricia y de las malas artes adquisitivas del matrimonio acaudalado.

Llegada la hora de cenar, fuéronse cada vecino a su choza, entre las bromas recíprocas del esperado regalo de los Reyes Magos, tema que se prestaba para zaherirse unos a otros con más o menos falta de caridad.

Cuando el señor cura quedó solo con su familia, una hermana viuda con nueve hijos que cabían juntos en un celemín, menudos, lindos, parleros y gordos, con el pan de centeno y la leche de la vaca Pinta, que era toda la fortuna del sacerdote. Ordenó éste que sirvieran la colación un poco aumentada y lujosa por la festividad del día. Y empezando estaban el delicioso yantar, cuando unos fuertes e inesperados golpes, que resonaron en el portón de la calle, pusieron temor y sorpresa en todos. Abrieron, y penetraron Tinuco y su esposa, llevando ésta en sus brazos un bulto informe, que lloraba gangoso e irritado como nene con hambre o dolores.

—¿Pero qué es esto? —preguntó el párroco.

—Pues, ya ve usted —contestó enojadísima Cintuca—, una gracia de algún sinvergüenza.

Cuando llegamos a casa nos hemos encontrado con un nene metido en este cestillo y un papel que dice... vea usted lo que dice: "Criadle vosotros que podéis y no tenéis hijos; Dios os lo pagará."

—Bueno —exclamó Tinuco—, y aquí nos tiene usted convertidos en casa de maternidad.

—Eso quisieran —rugió la esposa—; allá sus padres, que son los que tienen la obligación.

—¿Pero no sospechan ustedes de quién pueda ser? —inquirió el sacerdote.

—Del pueblo, no, desde luego. De fuera, vaya usted a saber. Se conoce que lo han traído de los contornos, y mientras estábamos en la tertulia, lo han metido en casa.

—¿Y qué van ustedes a hacer?

—Dejárselo a usted aquí.

—¿A mí?

—Claro; a usted, que es el cura y tiene la ayuda de Dios como ninguno.

—Pero, Tinuco, lo que no tengo es pan que darle; somos once personas, y ya sabéis lo que da de sí la paga de un pobre párroco rural.

—Pues ahí le dejamos como nos le han dejado a nosotros. Si usted le quiere criar, le cria; y si no, con ponerle en medio de la calle... listo.

—¿Y no se os mueve el corazón teniendo posibles?

—Si se tiran, se queda uno sin ellos; se tie-

nen porque se guardan. Más tendría usted, si no mantuviese tanto sobrino.

La insolencia de Cintuca puso fuera de sí al pobre sacerdote.

—Yo le criaré, yo, con mis medios, como pueda, quitándonoslo todos de la boca...; y que a ustedes no les condene la fortuna..., eso pido a Dios.

* * *

Ha pasado un año. En la cocina del cura festejan, como de costumbre, la noche de los Santos Reyes unos cuantos vecinos de Triollo y la numerosa familia del sacerdote, aumentada por el nene que de tan misteriosa manera llegó al pueblo montañés. La leche pura y nutritiva de la Pinta va sacando un chicazo robusto y reidor, que se deshace en caricias para los que le cogen. Es el hijo de todos, la muñeca de las pequeñuelas, el mimo de los mayores; un hijo más, tan querido como los otros para la madre de éstos, y a los ojos del cura, otro sobrino con iguales o mayores derechos cerca de él que aquellos que su hermana trajo al mundo.

Poco a poco, a través de los meses, súpose que una pobre muchacha del lugar, que andaba rodando por las grandes ciudades, llegó huyendo a Cervera y allí dió una vida nueva mientras entregaba la suya, dolorosa y turbulenta, en manos del Señor. Aquella desgracia-

da, de quien nadie quería acordarse en Triollo, era hermana de Cintuca; ella fué quien antes de morir hizo que un hombre de confianza llevase a su hijo a casa de Tinuco en la noche santificada de los Reyes Magos.

Durante el año habíanse éstos afirmado en su tesón de no "gastar los dineros, tan costosos de ganar, con hijos de pérdidas", y hasta hicieron frecuente mofa de los apuros que pasaba el pobre cura para atender a los nuevos gastos en que se había metido con el rorro caído del cielo.

También este año hay pandero de sonajas y cantos de mozas. También hay dulces y vino añejo. El cura bendice a Dios, que le permite hacer obras de caridad. También están allí Tinuco y Cintuca.

De pronto, como hace un año justamente, suenan unos golpes en la portonera y penetra un señor desconocido que viste de luto y trae la pena retratada en el semblante. Entre el asombro de todos, pregunta por el párroco de Triollo y pregunta por el nene que tiene recogido hace ya un año. Contempla al pequeñuelo, le besa con cariño y dice:

—Señor cura, traigo cerca de usted una misión sagrada que cumplir; las disposiciones testamentarias de un hombre que ha muerto. Un compañero mío, con quien he vivido en Cuba, me ordenó en sus últimos instantes que viniese a España, y que precisamente en la

noche de Reyes, en esta noche, llegase a la casa caritativa del párroco de Triollo y le entregara el caudal que mi pobre amigo dejaba a su hijo, a esta criatura traída aquí el año anterior. El padre ha seguido paso a paso lo que iba ocurriendo al fruto desgraciado de sus amores; noticias continuas hanle ido haciendo saber todo lo realizado por usted, señor cura, y lo hecho por otros. Y atento a ello, dispuso que diese a usted cinco mil duros de su capital, que en un cheque sobre el Banco de España extendido a su nombre, tengo el gusto de entregarle en este momento; y que pusiera en sus manos, para que lo administrase hasta que el niño sea mayor de edad, el caudal de su padre: veinte mil duros en fincas y valores. Y ahí tiene usted los documentos que justifican el cumplimiento del mandato que acepté.

—Pero, señor —contestó el sacerdote conmovido—, ¿por qué me han de dar a mí dinero ninguno, si yo no hice más que cumplir un deber de caridad?

—De eso no me dijo nada el difunto.

—Parece como si me comprara usted mis merecimientos con Dios.

—Usted no sabía nada de esto cuando hizo el bien, que Dios premiará.

—Y si es que tiene usted algún recelo —interrumpió Cintuca—, nosotros nos haremos cargo de todo, que al fin sobrino carnal mío

es el nene, tan mono y tan desgraciadito; con alma y vida le cuidaremos nosotros.

—De eso sí que me dijo el moribundo —interrumpió el forastero—: "Antes que a sus tíos, dale el dinero a un hospital o a un asilo", me advirtió.

Y salióse, dejando en manos del párroco una abultada cartera. El regalo de Reyes, complemento del que hubieron de hacerle los Magos el año anterior.

La Nochebuena de Luisín.

¡QUE frío estaba el hogar de la viuda! Su juventud y su belleza doblábanse bajo la garra inclemente del dolor. ¡Sola... sin marido... sin hijos! ¿De qué la servían riquezas y abundancias? Lloraba en su gabinetito fuertemente iluminado, dentro del cual sentíase la templada caricia de las llamas que se retorcían en la chimenea, haciendo crepitar los troncos de roble, pebeteros de un delicioso aroma montés. Fuera, el cierzo helado bramaba como una manada de fieras; alrededor del pueblecito, íbase amontonando la nieve y un frío de terrible intensidad colgaba canelones cristalinos en alares y tapias.

Entró una doncella diciendo:

—Mala noche hace para que la señora marquesa vaya a la Misa del Gallo.

—No importa, Lucía, nos abrigaremos bien. ¿Han tocado ya?

—Aún no, señorita; pero advierto a la se-

ñora marquesa que hay más de una vara de nieve en la calle.

—Seguramente el alcalde mandará que abran sendas.

—En nuestra calle están ahora los obreros, pero podrá resbalarse la señora marquesa, y se enfriará.

—¿Y qué le vamos a hacer? Algún sacrificio merece Dios en esta noche; aunque no sea más que para agradecerle las comodidades con que nos beneficia. Mira qué noche, Lucía. Escucha los gritos del ábrego, la cellista es mortal y, sin embargo, habrá muchas personas a quienes coja en el campo, sin otro abrigo que una mata o un peñón; y familias hay que no tienen lumbre en sus casas para contrarrestar esta temperatura, ni alimento para dársela al cuerpo. Bien vale todo esto que nos rodea un mal rato. Además, es la noche del Niño Jesús, noche de adorarle, de alegrarse con los hombres de la tierra y los ángeles del cielo.

—La señora marquesa podría haber hecho eso en su palacio de Madrid con menos riesgo para su salud.

—Deja, deja. Madrid me entristece horriblemente, su bullicio me aturde y me da mucha pena su algarabía, de una alacridad desaprensiva y alocada. Desde que perdí al pobre Pepe...

—Dios tenga en gloria al señor marqués.

—Ya hace dos años, me hallo aquí mejor que

en ningún otro punto; más cerca de él, más cerca de Dios, más cerca de mi propia conciencia.

Y en efecto, desafiaron la crudeza de aquella noche de lobos, y en la iglesia minúscula y recatada oyó misa la viuda, rodeada de todo el pueblo, que en tal noche vela por excepción contra la costumbre de todo el año, durante el cual se acuesta pronto para levantarse con el alba. En el viejo altar, un poco pueril, con sus esculturas de una talla primitiva, había rara abundancia de luces y en el coro de voces y ruidos. Junto a los acordes gangosos del armonium, pitos pajareros, zambombas y panderetas, armaban un formidable estrépito, acompañando a los que cantaban villancicos.

Por entre el apiñamiento de gente entró llorosa una mujer y habló agitada y acuciadora con un monaguillo, y éste con el sacerdote que oficiaba.

—¿Qué ocurre? —preguntáronla cuando salía precipitadamente.

—Que la pobre Toña está dando las boqueadas y pide la Extremaunción.

—Pobrecilla —murmuró una anciana—, y deja un montón de hijos que caben juntos en un celemín.

La viuda se hispió nerviosa, movida por una fuerza extraña, como si la llegase de fuera, como lanzada desde aquel pesebre que había

contemplado llorando minuto tras minuto, absorta en el niño blando y carnosuelo que con los bracitos y los piececitos al aire, sonreía como si agradeciera la visita y la devoción de los fieles.

—Corre, Lucía, llévame a la casa de Toña.

—Pero, ¿la señora sabe dónde está y cómo es la casa de la Toña?

—No importa, tú llévame, anda.

—Como guste la señora marquesa; y abríguese bien, porque tenemos que ir al arrabal del río y meternos en una cochiquera, que no sé cómo lo va a poder resistir la señora marquesa.

—Calla y echa a andar —dijo con severidad la hermosa viuda—. Y por senderos escurridizos, entre barandas de nieve congelada, llegaron a la zahurda de la Toña, que agonizaba rodeada de siete hambroncillos gemebundos y cochambrosos. En una tosca cunita enredaba con unos trapajos un niño rubio y medio desnudillo, trasunto fiel del que en la iglesia quedaba; jugaba el mamoncete y reía, ajeno a la tragedia en que se anegaban todos los suyos. Parecía que una alegría ultraterrena le causaba inenarrable placer. Era un precioso angelito, pringoso y desarrapado, pero lindo y contento y feliz, en su mundo inconsciente.

La marquesa apartó cariñosamente a los pequeñuelos, habló con la moribunda, la confortó, y habló con el marido, el rudo obrero, que

en un rincón la escuchaba, y les anunció que buscaría para todos aquellos nenes, tan chiquitos, colegios, asilos, refugios donde se formaran para la vida y, a cambio de ello, les pidió un favor: que la dejasen llevar para ella, para siempre y desde aquel mismo instante, al querubín rubio, que perneaba en la cunita, distante mil leguas del drama.

Por la faz de la expirante cruzó una ráfaga de alegría luminosa y de honda conformidad. Ya podía morir sin la pena desgarradora de abandonar a sus hijos en brazos de la miseria. El obrero no supo hacer más que llorar. Lo que el dolor no había logrado, hubo de conseguirlo la ternura.

—Anda —decía la marquesa a su doncella—, envuélvele bien, métele dentro de tu abrigo y vámonos.

—Como mande la señora marquesa.

Y cuando después, relimpio el chiquitín, brillando su carne, rosada y tibia, y el oro de sus rizos y la sonrisa de su boquita de grana, mirábale absorta la viuda, decía riendo a impulsos de un nuevo placer:

—Ahora sí que nos vamos a Madrid, Lucía, ahora sí. Tenemos mucho que hacer en la Corte con toda esta tropa menuda de la Toña y con este hijo mío tan rico, tan bonito, tan alegre, que ha nacido esta noche para mí, como un nuevo Jesús.

—Si la señora marquesa me permite...

—No; observaciones en contra, no. Esta noche es Nochebuena, mi primera Nochebuena desde hace dos años. Vamos, Lucía, no pongas mala cara. Mira, allí, en aquella cajita, hay un pequeño monedero con unos billetes; cógelos para ti.

—Gracias, señora marquesa.

—¡Ah!, y aquella caja de polvos Sandy también te la regalo.

—¡Oh! La señora marquesa, qué buena es, qué buena es, qué buena es...

El sillón del padre.

MAMA Dolores y sus tres hijas vivían en esa penumbra gris, inalterable y tediosa, que tanto se parece a la lluvia de temporal, mansa, inacabable, deprimente. Desde que D. Antonio murió, las sombras invadieron aquella casa; cerráronse, para no volverse a abrir, ventanas y balcones, y vistiéronse para siempre de negro las pobres mujeres que habitaban aquel piso lúgubre, y un silencio de cementerio se apoderó de todas las voces, de todos los pasos, de todos los goznes y puertas y cerrojos.

Mamá Dolores, aunque de avanzada edad, mantenía firme su carácter y continuaba usando de él cuándo y con quién le era necesario. Con su hijo, por ejemplo; con el único hijo varón que había tenido el matrimonio, para tormento de sus vidas y posible perdición de sus almas: tanto y tanto habíales hecho desesperar. Mamá Dolores supo dominar su tierno

amor de madre y cortar toda suerte de trato y relación con aquel perdido, fruto desgraciado de sus entrañas. Hacía ya cinco años, dos años antes de fallecer el padre, que no se sabía nada de Arturo en la casa recoleta y austera de su familia.

Las tres chicas pasaban de los seis lustros, y la mayor iba acercándose a los ocho. Desgraciaditas de rostro, pero limpias de alma y ricas de sentimientos. Su único amor en la vida fueron papá Antonio y mamá Dolores; por eso, cuando aquél murió, quedáronse algo así como un poco viudas al par que un poco huérfanas.

Aparte de las oraciones incesantes que por el alma del difunto dirigían al cielo, las cuatro mujeres, aparte de aquel torvo recogimiento, con que de continuo le ofrendaban, venían rindiéndole un homenaje delicado y simbólico. En la mesa, a cuyo alrededor se congregaban para todas sus frugales comidas, conservábase vacío, intacto y como dispuesto a recibir su acostumbrado comensal, el sillón frailero que siempre ocupó D. Antonio en los momentos tan interesantes de la diaria refección. El sillón recibía las miradas húmedas de las cuatro mujeres cuando llegaban a comer, y la oración final por el alma del difunto. Y les parecía a ellas que allí estaba el cuerpo y el alma de D. Antonio hurtado a su mirada terrena, pero visible a los ojos amorosísimos de sus almas; y de tal suerte, aunque otras fuentes de dolor, de re-

memoración de estos pesares no existieran, bastárase el sillón frailero a mantener vivas las llagas de aquel sentimiento y recordar a las tristes que estaban solas.

Ocurrió un día el raro suceso de que llamasen a la puerta de aquella casa hermética, y el caso insólito de que entrara en ella una carta dirigida a la hermana mayor. Pocos momentos después un pequeño revuelo misterioso agitaba las dormidas capas de aire de pasillos y habitaciones, y las tres hermanas juntábanse, con todo secreto, en una estancia apartada y cuchicheaban, con imperceptibles voces, no sabemos qué extraños comentarios.

Y sucedió algo más incomprensible aún; ello fué que, recatándose de mamá Dolores, salió a la calle una de sus hijas, protegida por las otras dos, cuidando de que ni llaves, ni cerraduras hiciesen el más pequeño ruido. Y la que abandonó la casa, no volvió a ella hasta bien entrada la noche, y de nuevo se repitieron las conferencias y las idas y venidas a cencerros tapados, para que mamá Dolores no oyese nada, ni se enterase de nada.

Algo de extraordinario y desmedido interés sucedió; algo, no sólo inesperado, sino de importancia gigantesca y gustosa, pues las caras de las tres hijas de mamá Dolores habíanse alegrado y sonrieron, sonrieron con asombro de ellas mismas.

Acercábase el cumpleaños de papá Antonio

que, desde que murió, habían celebrado las cuatro mujeres con un recargo de llanto y afligimiento, con una tétrica comida, que solía discurrir entre frases de dolorosa recordación dirigidas, cuándo por unas, cuándo por otras de las plañideras hacia el sillón frailero, que en vago y mudo permanecía a la cabecera de la mesa. Mas este año las maneras de las tres hermanas dejaban columbrar que no sería dicho suceso como en aniversarios anteriores.

En efecto, llegado el día memorable, mientras mamá Dolores derretía en lágrimas el recrudecimiento de su dolor ante la Virgen de la Piedad que las monjitas adoraban en su iglesiuca, hubo un verdadero e increíble ajetreo de todos los que quedaron en la casa luctuosa.

Y llegó la hora de comer, y la hija mayor apoyó el brazo de mamá Dolores en su brazo, como de costumbre, y entraron en el comedorcito, y el pasmo, el asombro más indescriptible contrajo violentamente el rostro de la anciana. En el sillón frailero de papá Antonio manoteaba y perneaba, reidor y travieso, un angelote robusto, con ojazos negros y pelo ensortijado, que chupaba afanoso el celuloide de un sonajero, y su puño rosado o el borde de la mesa. Una nube de telas blancas y vaporosas envolvían sus carnes tibias y sedeñas y unos gritos sin articular movían la grana de sus labios.

—Pero, ¿qué es esto? —pudo por fin pronunciar mamá Dolores—. ¿Quién es este niño?

—Antoñito, mamá —contestaron las hijas—. Antoñito, el nieto de papá Antonio, y desde hoy, si tú no te opones, el dueño de este sillón.

—Pero, ¿y mi hijo?

—Ahí está esperando el perdón que ha merecido su vida encauzada y arrepentida.

El nene comenzó a llorar, y se movió incontinenti una irresistible algarabía. Las huérfanas gritaban a la vez:

—¡Que llora el nene! ¡A ver, su madre, que venga su madre! Anda, hija, tápale la boca. Eso es hambre. ¡Pobrecito!... Así; ¿ves cómo calla?, ¡rico!..., ¡preciosidad!...

Alrededor de la madre joven, las tías y la abuela le acariciaban y le sonreían. De la casa habíase marchado la tristeza, como cuando sale el sol y crecen los trigos. Y en el sillón de papá Antonio pusieron dos altos cojines para que Antoñuco le ocupase con toda dignidad aquel día y todos los días.

«Sansón.»

MIENTRAS aquellos arriscados senderos de cabras estaban practicables, sin la manta de nieve que durante el invierno cubre y disimula hondonadas y despeñaderos en los que acecha la Pálida, algunos niños de Cumbrales iban a la escuela del cercano pueblecito de Encinas, con un afán encantador de aprender letras y números que en la vida seríanles necesarios. Difícil, aun en buen tiempo, era la ida, y más peligrosa la vuelta, con escasa luz, por veredas pinas y estrechas, cortadas a pico. Sobre vaguadas medrosas, donde a veces el torrente bramaba despeñado. Pero los padres decíanse un viejo refrán: "El que arrisca no aprisca". Y encomendaban a Dios la custodia de aquellas criaturas, que tenían que recorrer a diario una legua de camino, de infernal camino.

Sin embargo de ello, Nanduco, el de la Alfonsa, no sólo sendereaba con desembarazo y

sin miedo por entre breñas y cajigas, sino que hecho un hombrecillo servía en muchas ocasiones de protector y caballero a Tasia, la menuda montañesuca, toda fibra y reciedumbre, con una cara menudita y linda, en la que explendían vivísimos dos ojos negros de hondura misteriosa; y era entonces cuando Nanduco tomaba un aire de importancia realmente cómico. En el camino, tenía el pequeño montañés un amigo íntimo, al que veía cuantas veces pasaba hacia la escuela o a la vuelta de ella. En un picacho cercano al sendero de herradura, blanqueaban los apriscos de las merinas y en sus tapiales concertaban los dulces tintineos de las cencerras y a veces el ronco aullido de los mastines. Entre ellos descollaba el enorme "Sansón", cuya hermosa cabeza imponía respeto cuando reposaba tranquilo, o causaba miedo si se abrían sus fauces de león e irradiaban encono sus pupilas garzas, o bien se hacía querer y acariciar cuando sus ojos, grandes y buenos, mostraban su dulzura natural y un amor casi humano a los que él quería; y entre ellos contábase como predilecto Nanduco, el chicuelo de Cumbrales, que al llegar frente a la corraliza de ganado lanzaba un silbido penetrante y gritaba con voz aguda:

—"¡Sansón..." "Sansón!" Y un instante después, el formidable mastín restregaba su cabezota enorme contra el pechuco desmedrado del montañés, que le tiraba de las orejas cortadas

y de la papada opulenta y se montaba en su lomo, ancho y áspero, diciéndole:

—Arre, "Sansón", arre—. Deliciosa pareja hacían; como dos chiquillos jugaban; el niño era feliz con el perro y el perro gozaba con el niño. Este solía llevarle golosinas; algún terrón de azúcar robado a su madre, algún resto de la cena y a veces huesos tiernos de perdiz o de conejo, de la caza con que su padre surtía de tarde en tarde la pobre mesa de la familia. "Sansón" lo tomaba, goloso y agradecido; diríase que aun estimaba más que la dádiva el cariño que daba origen a ella, y contemplaba a Nanduco con un mirar ancho y dulce.

Después, cuando el chiquillo se marchaba, "Sansón", con las patas hincadas en la tierra del sendero y en alto su cabezota bellísima, mirábale irse hasta que se ocultaba tras la densidad de los coscojos o al socaire de un corpulento picacho; y entonces tornaba pando y silencioso a la corraliza del ganado, desgajándose con pena del placer de aquella compañía deliciosa.

Un día volvían de la escuela por el monte Nanduco y Tasia. Un frío pungente amorataba sus caritas y sus manos enteleridas; Nanduco metióse la gorra hasta el cuello y apretó el paso, diciendo a su compañera:

—Anda, Tasiuca, que se viene encima la noche y va a ser de las malas.

En efecto, las nubes plomizas galopaban ve-

loces empujadas por el ábrego, entenebreciendo picachos y hondonadas.

De pronto, al salir de entre aquellas matonas, toparon con una peligrosa cuadrilla de volatineros, que iban de zoco en colodro, llevando en asnos desmarridos y algún viejo mulo los indumentos de sus farsas y sus hijos pequeños. Uno de aquellos titiriteros, hombre fornido y hosco, fijóse en la pequeña montañesa, y algo vió en ella útil y explotable en oficios de circo, cuando tras de mirar cuidadosamente a su alrededor y convencerse de que no había alma viviente por aquellos contornos, agarróla de un brazo, la montó en un burro, encargándosela a una mozuela que en él cabalgaba, y diciendo: —Verás qué buenos amigos vamos a ser, pequeña—, arreó un verdascazo al rucio, que salió trotando a buen andar, y se alejó tras él. Nanduco echó a correr, se encaró con el hombre gigante, y le dijo:

—Si no deja usted a Tasia le descalabro. ¡Que la deje usted! ¡Que la deje!

El hombrachón se reía con burla; junto a su cabeza pasó silbando un guijarro y entonces pensó que había que amarrar aquel muñeco para que no les denunciase; y emprendió tras él una carrera, en la que el montañés ágil, sin peso y muy acostumbrado a la sierra, llevaba todas las probabilidades de ganar. El saltimbanqui paróse jadeando y gritó a su tropa pa-

ra que le aguardara, y descendió hacia ella. Nanduco no podía respirar de ira y de dolor. Una idea luminosa brilló en su cerebro. Subióse el pequeñuelo a un enorme cancho, silbó y un minuto después "Sansón", el perrazo medroso, estaba junto a él.

—Mira, "Sansón" —decía Nanduco lloroso y excitado—, que nos la llevan... Anda con ellos... anda, perruco... anda, valiente, salvámela.

"Sansón" irguió su cabezota; un ronco aullar de bramido hinchó su garganta; sacudió la carlanca ferrada, como cuando tenía al lobo ante sí, y de cuatro saltos se puso fiero, aterrador, ante los comediantes. La dispersión de la caballería fué instantánea y desordenada. El hombre grandón sacó un revólver y le disparó contra el mastín, y en el mismo instante caía bajo sus garras poderosas y sentía en su pecho los colmillos terribles de "Sansón".

—Déjale, déjale —gritó Nanduco—. Ven, síguenos —y cogiendo de un brazo a la pequeñuela, se internaron los tres en la espesura del monte inextricable.

La venta del cuadro.

CUANDO llegó a la última escalera, el anciano general se ahogaba; su cuerpo aun marcial y erguido, a pesar de los ochenta años que llevaba en uso y abuso, rindióse exhausto, tras de subir el noventidosavo escalón que hubo de ponerle frente a la puerta de aquella buhardilla.

Abrió Maruja, cogióle de un brazo sin pronunciar palabra y le sentó en un viejo sillón frailero sobre el cual cayó desmarrido. Resoplaba como un fuelle, agitando su barbilla de plata y estremeciendo las guías erectas de su bigote a la borgoña. Pasaron cinco minutos. Poco a poco los pulmones fueron cobrando su ritmo normal y el corazón latió sin violencia. Y entonces habló:

—¿Y tu madre, Marujilla?

—Levantándose está; no tardará en venir a su butaca, donde pasa todas las horas del día, ahí, junto al balcón.

—¿Pero sigue lo mismo?

—Igual, D. Pedro; no adelanta nada.

—Ni adelantará. Mientras no se vaya unos meses a la sierra, como le han mandado los médicos, mientras no se pase un año en el sanatorio de Guadarrama, irá cada día peor.

La chiquilla lloraba silenciosamente, herida por la cruda verdad que encerraba aquel pronóstico doloroso. Su cuerpo desnutrido movíase traqueado por el hipo de los sollozos; su linda cara clorótica, de la que se iba señoreando la anemia, contraíase dolorosamente.

—Empeorará —gimoteaba— y se morirá la pobrecilla.

—Sí, señor, se morirá —añadía inclemente el brigadier—, por terca, por cabezorra y porque tiene una hija que no me ayuda.

—¿Qué quiere usted que haga yo, D. Pedro? Mamá es así: rinde a su dignidad un culto de diosa; ella, mientras tenga su pequeña viudedad y tal vez aunque no la tuviese, no quiere limosnas de nadie.

—De nadie, está bien, menos de mí. Tu padre (lo sabe ella, se lo he dicho cien veces), el comandante Bermúdez, me salvó la vida en dos ocasiones a costa de quedar echo un trapo agujereado por las balas; yo soy rico, muy rico y no tengo herederos forzosos; ¿por qué no dejarme que os ayude? ¿Por qué no recibir de mí una pensión decorosa? ¿Por qué no admitir

unos duros de mi bolsillo? Es la salud, es la vida quienes lo reclaman.

Se abrió la puerta interior y apareció la enferma, demacrada, descaecida, apoyándose en la pared para no caerse. Maruja acudió ágil y rápida a sostenerla, y aquel grupo tristísimo, aquellas dos mujeres, jóvenes aún y bellas, primavera y otoño, rosa y crisantemo de ajada hermosura, sobre las cuales veíase claramente la huella de la pobreza, del hambre y de la enfermedad, pusieron en el corazón bondadoso del anciano artillero un agudo tormento de pena y en su rostro varonil un gesto de profundo dolor. Saludó a la viuda, lleno de cariño, cubriéndola con una mirada de compasión, pero no se atrevió a repetir el ofrecimiento tantas veces rechazado con energía, por un erróneo prurito de decoro.

La conversación, desanimada, corría por cauces vulgarísimos. De pronto los ojillos del general chispearon como en sus mejores tiempos, y mirando un viejo óleo, colgado de la pared, exclamó, sorprendido y entusiasmado:

—¡Caramba! ¿Qué es eso? Nunca me había fijado en ese lienzo, y sin embargo, es una maravilla; a ver, a ver.

Se acercó despacio, examinándole a diferentes luces; lo descolgó, no sin que Maruja se precipitase a limpiar el polvo que le envolvía, y haciendo gestos de asombro y con la expresión singularísima del anticuario que descubre

una joya, o el minero que destapa una bolsa del filón, dijo despaciosamente, apoyando con la rotundidad del acento la verdad de las ideas emitidas.

—Amigas mías, aquí tienen ustedes una pequeña fortuna. Este es un Velázquez de los más solicitados. Esto vale un capital.

—¿Lo ves, mamá? —exclamó la muchacha saltando de gozo—. ¿Lo ves? Cuántas veces te he dicho yo que acaso valiera dinero ese cuadro; yo le había oído decir al pobre papá que era una pintura muy buena.

—Pero, ¿qué va a valer, hija mía? ¿Qué va a valer?, si le costó a tu padre diez y ocho pesetas en el Rastro.

—Señora, eso no quiere decir nada. Ahí, y en otros sitios parecidos, se han comprado tesoros por un puñado de cobre.

—Yo creo que se equivoca usted, general —añadía terca la doliente—, ese cuadro no vale ni las diez y ocho pesetas que dieron por él.

—Le digo y le repito que es un Velázquez; y no me negará usted alguna práctica en la materia. Mi galería de cuadros me ha costado más de doscientos mil duros, y los he comprado yo todos.

—¡Que sí que vale, que sí que vale! —chillaba Maruja—. ¡Cuando D. Pedro lo dice!...

—Y sobre todo, señora —interrumpió el anciano—, con verlo basta; en el Alcázar de ventas funciona diariamente una subasta de obras

de arte; mande usted allí ese cuadro; si no vale nada, se lo devolverán en seguida, y si vale algo, las pujas de los entendidos le fijarán precio.

—Yo lo llevo, yo lo llevo —agregó la chica.

—Toma esa tarjeta y preséntate con ella y el lienzo al dueño del Alcázar.

Y así lo hicieron, y en la sesión de ventas del día siguiente, repleto el salón de aficionados, comerciantes en valiosas pinturas, pintores de nota y capitalistas españoles y extranjeros, púsose a la venta el cuadro de la viuda del Comandante Bermúdez.

Maruja asistía al acto escondida en un rinconcito. El general hallábase presente.

Cuando fué exhibido el lienzo, se produjo en los circunstantes un movimiento de asombro primero, un murmullo continuado después y una lluvia de carcajadas más tarde. Frases sueltas, chistosas y burlonas, preguntaban de qué bromista era aquel trapo sucio.

Pero rebotó la frase rotunda de un postor, que gritaba:

—¡Doy quince mil duros!...

El pasmo de la concurrencia subió al ápice.

—¡Mil duros más! —dijo otro concurrente.

—¡Doy veinte mil duros!...

—Pero, ¿están locos? —exclamaba un anticuario.

—¡Mil duros más!

—¡Doy cincuenta mil duros!...

Se hizo un silencio de iglesia. Los asisten-

tes creíanse burlados, embromados... Maruja temblaba como un junco, llorando hiposa. El general, nervioso y encarnado, erguíase lleno de una jocunda exultación.

Se cerró la subasta. Pagó el comprador su precio y se adelantó a recoger el cuadro ante la concurrencia asustada.

Maruja limpió las aguas de sus ojos y miró al comprador, y se hizo la luz en su alma, y se rasgó el velo de su ciega creencia. Escurriéndose llegó hasta el general.

—¡Pero si ese que lo ha comprado es su sobrino!

—¿Y qué? ¿Qué pasa, chiquilla?

—¡Y aquellos señores dicen que el lienzo no vale nada!... ¡Es usted muy bueno, D. Pedro, muy bueno!

La mujercita mojaba con lágrimas la mano del general.

—Pero no digas nada, ¿eh, Maruja? A tu madre ni una palabra, ¡por Dios! Mira que si no, se muere y te quedas tú solita en el mundo. Ni una palabra, ¿eh? Ni una palabra.

Los viudos.

A cada cólico hepático de la mujer, gemía el marido, anegado en dolor:

—¡Dios mío! Llévame a mí, pero déjala a ella. ¿Qué sería de estas tres criaturitas sin el calor de su madre?

A cada ataque de asma, que ponía en trance malo la existencia del marido, rezaba la mujer:

—¡Virgen del Carmen, no me le lleves! Sin su padre, ¿cómo podrían vivir estos tres arrapiezos?

Habíanse casado en muy madura edad, y llenos de alifafes, temblaban ante el obscuro porvenir de su pequeñuelos.

—Mientras tú vivas tendrán pan —decía ella—. Tu destino en la Diputación da para los menesteres de la casa; y esos trabajos extraordinarios, que de cuando en cuando haces, traen de sobra para lujos y caprichos. Pero ¡ay! que

si tú faltaras la miseria nos roería las carnes y el humor.

—¡Si yo faltara! —comentaba él—. Si yo faltara... Pues, ¿y si faltaras tú? ¿Quién cuidaría de los nenes, tan chiquitos, tan pegados a tus faldas, tan necesitados de mimos, de asistencia, de guía?

Nunca llegaron a un acuerdo; y, sin embargo, la muerte, desconsiderada y cruel, púsoles ante los ojos unos ejemplos vivos. En los dos pisos que estaban a entrambos lados del suyo, que era el tercero centro, la gripe dejó viuda a una esposa con dos hijos y dos hijas, y viudo a un esposo, con una hija y un hijo. Sobre una y otra familia, los ojos policíacos del matrimonio viejo atisbaban la manera de vivir, las dificultades, triunfos o derrotas de cada casa. Y así pudieron aprender cómo, en muy pocos meses, uno de sus vecinos se afirmaba con seguridad en el éxito y el otro se derrumbaba por un despeñadero terrible.

La viuda arregló desde el primer instante una vida económica, severa, inflexible; tanto había, tanto se gastaba, ni un céntimo más; y su administración sapientísima estiraba cada peseta hasta convertirla en un duro. Visitó a sus amistades, buscó la ayuda de los buenos amigos de su esposo, y pronto vió a sus dos chicos ganando un pequeño sueldo cada uno, en diferentes y honrosas ocupaciones; y a su hija mayor de cajera en una fuerte casa de co-

mercio, y a la pequeña, interna gratuitamente en un colegio, de donde saldría con una carrera oficial y tal vez con una colocación. Todo ello rápidamente, calladamente. La victoria estaba lograda, y además aquella viuda era como nexo potente y dulcísimo que unía con amor la vida, las almas de sus cuatro hijos, fundiéndolas en la madre como si fueran aún parte de su ser corporal.

Entre tanto, el convecino viudo, apenado, entristecido, buscó distracción en el círculo, huyó un poco del frío de aquel hogar solitario, donde no hallaba con quién compartir alegrías ni duelos. Ni su hijo ni su hija le comprendían; los años tan distantes conformaban aquellos espíritus de una manera inadaptable. Y el muchacho, sin trabas, sin asidua vigilancia, dióse por entero a sus amigotes, despreocupados; y la chica hízose amiga de noviazgos y devaneos, y los tres, a espaldas de los tres, emprendieron caminos de peligro cada vez más agudo. Los hijos derrocharon más de lo que podían; el varón se entrampró, comprometiendo el porvenir de su casa; el padre no sabía nada, no miraba nada. Alguna vez, durante las comidas, única hora en que se hallaban juntos, amonestábales, aconsejábales, sana y cariñosamente; ellos se miraban de reojo y sonreían picarescos y burlones. Un día llegó el desastre, vinieron los embargos, el lanzamiento; después, la disgregación de aquellas tres personas mal uni-

das; cada una se perdió por un mal camino diferente.

—Y ahora, ¿qué dices —preguntaba el marido viejo.

—Que no nos lleve Dios a ninguno; pero en todo caso... que me deje a mí —contestaba la mujer, limpiándose unas lágrimas de amor y ternura.

Los hijos de la marquesa.

A marquesa viuda llevaba a todas partes el orgullo de sus hijos. A veces parecía que insultaba a todas las madres. Lito y Lena eran algo extraordinario, desconocido en aquellas latitudes. Siempre juntos, siempre queriéndose, facilitándose gustos y caprichos. Jamás salía Lito en su cochecillo sin que su hermana ocupara el asiento de al lado; jamás sacaba ella su "Citroen" sin que Lito la acompañase, admirando la destreza y el valor de aquella muchacha, que era invencible en todos los deportes. El hermano solía decir en el casino a sus amigos:

—A mí no me entretiene ninguno de vosotros como mi hermana. Vale más que vosotros, es más diestra, más varonil y sabe más de cosas de libros que todos los hombres de nuestra clase.

Desde pequeñitos habíanse querido a prueba de malos humores, de gustos encontrados, de envidias y preferencias.

—Tranquila moriré —decía la marquesa— cuando Dios lo disponga. Lena, aparte de que vale tanto como un hombre, tiene en su hermano el apoyo del padre, la sombra del marido. Lito jamás hallará una mujer que le mime y asista como su hermana. Y es de ver que en las familias riñen los hermanos de continuo, y se maltratan desde que pueden hacerlo, y no hay odios más enraizados que los que brotan entre los hijos de los mismos padres. Yo debo a Dios una ventura inmerecida; nada hay que separe a mis hijos; nada habrá que les disocie.

Y con esta tranquilidad entregó a Dios su alma cuando aquella Sabiduría lo dispuso.

No creía el albacea testamentario, no creyó nadie que hubiera de temerse tropiezo en la partición de bienes entre Lena y Lito, los bien amados. Sin embargo, durante la reunión que celebraron para ello, surgió una honda discrepancia entre los herederos.

—No, querido —decía ella—; los cortijos para ti. Comprenderás que siendo hombre es más natural que lleves tú los bienes agrícolas. Déjame, pues, las casas de Madrid y las acciones del Banco.

—Pues no estoy dispuesto a ello, hermanita, porque no me siento con vocación de campesino. La comodidad de no hacer nada, ni

preocuparme por nada, me atrae con tanta fuerza como a ti, y ello es posible con los bienes urbanos.

—Vamos, piénsalo bien y cede. Yo soy la mujer, Lito.

—Te diré...; no estamos ya en aquellos tiempos en que lo que has dicho era una razón o una fuerza. Ahora tú eres tan hombre como yo o más. Desde que os igualasteis a nosotros perdisteis el poder de vuestra debilidad femenina.

—Eres un grosero, hermanito.

—Y tú una descarada y una ambiciosa.

—Jamás te creí con tan poca educación.

—Ni yo a ti con tan escasa delicadeza.

No hubo manera de templar aquellos caracteres irritados; ni una, ni cien entrevistas lograron ponerles de acuerdo. El odio se abrió paso a hombros de la ambición, y los modelos, los incomparables, los que no se podían separar, riñeron para siempre en cuanto llegó la ocasión de repartirse una herencia.

Hacia otra vida mejor.

O he de casarme yo contigo si has de ser "campuzo" toda la vida.

—Yo seré lo que tú quieras, Juana, que buenos brazos y buenos lomos tengo, y no ando mal de cabeza; y de corazón, dígatelo mi cariño, que no cabe en toda la tierra, con ser tan grande.

—Aquí no se gana más que para comer pan duro y legumbres sin carne; para vestir estos percales míos remendados, o la pana sin color ya, de tus calzones. Yo quiero vivir mejor y gustar otras comidas y lucir otros trajes más ricos. Con que tú verás, Juan; si te conviene, andando.

Y aquel pegujalero que había nacido en el campo, de padres labradores y abuelos pelantrines y toda una generación campera o montés; aquel mocetón formidable con el alma de

niño, con inexperiencia de muchacho, hecho al silencioso vivir de su senara, acostumbrado al aire sano y frescote de las emelgas y al sol fundente de la era y a la suave humedad de la vendimia, se casó con Juana, después de haber obtenido colocación en las minas de hulla, que una sociedad poderosa explotaba bajo las montañas leonesas.

Buen jornal de arrancador y, a mayor abundancia, cuantiosos extraordinarios por extraordinarias labores, por horas y días de descanso que Juan empleaba en la mina, ansioso de plata para su Juana, la ambiciosilla Juana, que ya se vestía con telas de señora y gastaba abrigo de paño, en lugar de mantón pueblerino, y hasta aderezaba su carita morena con estucos, mejunjes y coloretes, de gran moda entre las mujeres de los empleados administrativos y las hijas de los ingenieros de la empresa.

Juan iba dejando en las profundas galerías negras su juventud y fortaleza. Sin sol y sin aire, él, lugareño criado bajo la techumbre del firmamento, sacudido por todos los vientos del cuadrante y aburado por todos los soles del año, se desanimaba lentamente, progresivamente, irremediablemente. No se notaba la demacración de su rostro bajo la máscara de carbón que le entenebrecía, pero era más opaca su mirada y más débil el esfuerzo de sus brazos y más tembloroso el andar de sus piernas.

Entre tanto, la casuca del minero se poblaba con rapidez: dos hijucos, cuatro, y con ellos el gasto multiplicado y la necesidad de imponer economía y el descenso lento, pero irremediable, hacia la antigua pobreza.

Un día Juan cayó enfermo, estaba agotado; la dolencia sería de larga duración. Cesó el jornal; los sustitutivos (socorros sindicales, asistencia patronal, seguro de paro forzoso, etcétera, etc.) eran insuficientes para cubrir los gastos diarios, y éstos habíanse aumentado pavorosamente con la alimentación especial para el enfermo y con las medicinas necesarias.

Juana tuvo que dejar su casa durante las horas diurnas y dedicarse a la asistencia en los domicilios de jefes, de ingenieros, aumentando con alguna cantidad los escasos ingresos; pero, durante aquellos cinco años, había perdido el hábito del rudo trabajo manual de servidumbre; y cayó enferma, como Juan, y entonces la miseria se enseñoreó de aquel hogar desgraciado, en el que dos campesinos jóvenes y exhaustos íbanse muriendo poco a poco, mientras sus pequeñuelos, febles y encanijados, mostraban ya en su complexión las taras destructoras, a cuya tiranía vivirían sujetos durante una vida corta.

—El campo, Juana —decía el pobre jipato—, aquel campo que hemos perdido, ahora le deseo con toda mi alma. Con aquellos calzones de pana sin color, tendrían color mis

hijos, y salud yo, y frescura tu rostro, y alegría todos.

—No te apures, Juan —contestaba ella; pronto nos pondremos buenos y podrás tú volver a la mina y yo al servicio; y reharemos nuestro dinero, y volveremos a vivir como vivíamos antes.

—¿Aún sueñas con tus lujos?

—Yo no sé vivir de otra manera.

—Pues morirás pronto y moriremos todos. ¡Ah, mi campo alegre y sano!

—No digas eso, Juan; vida de cuadras y de abono y de remiendos y de zapatones. Más quiero no vivir.

—Así será, pobre Juana, así será.

Y Juan cerró los ojos para detener entre los párpados una lágrima amarga y dolorosa que pugnaba por salir.

Al campo.

OS abuelos fueron definitivamente arrollados. Aquel labrador noblote, de las anchas espaldas, cabeza rotunda y ojos de mirar firme y reposado, aquella labradora aun coloradita, sin canas ni arrugas, de vientre amplio y cándida mirada, no pudieron prolongar la discusión más allá del propósito indeclinable manifestado por la hija y el yerno en una frase enérgica y decisiva.

—Nos vamos a Madrid con su beneplácito o contra él. Hay que educar a los niños, hay que instruirles. Así, pues, no tenemos más que hablar.

—¡Educarlos! —pensaba el labriego—. Pues qué, ¿no se educan aquí? Entre la naturaleza que es maestra de enseñanzas sanas y duraderas, más cerca de Dios que en la gran urbe, más lejos del vicio podrido, las almitas tiernas

aprenden a vivir rectamente. Y de ilustración, ¿qué más desean? ¿No se ilustró ella, mi hija, en las monjitas del colegio? ¿No le dieron a él lucida carrera sus padres en la cercana capital? ¡Educarlos!... ¡instruirlos! ¡Matarles el cuerpo y el alma, pobrecitos míos, en aquel ambiente infeccionado de microbios y descarriladuras! ¡Pobre José Luis, pobre María del Carmen! ¡Aquí volverán! ¿pero cómo... cuándo?

Realmente lo de sus hijos era un hábil pretexto. Su madre anhelaba paladear la vida cortesana, tan luminosa, tan cegadora, como se la mostraban las amigas que gozaron la dicha de vivirla; y también el marido, joven abogado, injerto en agricultor, que nunca posó fuera de la casona lugareña, donde las yuntas de sus padres llenaban de pepitas de oro las trojes ventrudas. Querían entrambos disfrutar las riquezas de sus campos en las ruidosas calles cortesanas; y así se dieron el placer que rezumaba la alegre capital por teatros, "cines", bailes, jiras, tertulias y recreos de toda índole.

Los ojos de José Luis, que era un hombrecillo de doce años, y los de María del Carmen, en la que florecían catorce primaveras, abríanse anchos y asombrados ante la policromía alucinante del vivir madrileño. Hechos a la paz mansa y serena de la llanada pueblerina, al cielo abierto, al silencio dulce, a los hombres humildes, a las mujeres recatadas, a las bestias sumisas, la greguería ensordecedora de la Cor-

te, el cinismo y la desenvoltura que pasean sus calles, el canto sugestivo de sus sirenas, la atracción irresistible de sus placeres, pasmábanles el alma, tensábanles los nervios y detenían su respiración.

A carrera tendida entraron por estas novedades; y muy pronto hacían corro en los salones para verles bailar el "charlestón", y reían y reían las gracias apicaradas de la chiquilla, o los chistes desvergonzados del muchacho. Fumaba éste "como un hombre", pintábase aquélla como un cuadro; alternaban los dos con amigos de su altura social, maestros en peligrosas disciplinas. Entre tanto los padres vivían su vida: de círculo, juego y aventuras, él; de dudosos recreos y no muy recomendables entretenimientos ella. Y así fueron pasando los meses, creciendo José Luis cada vez más pálido, de año en año más enteco, sin los rojos matices camperos, sin los anchos pulmones que labra el aire de la senara. A María del Carmen no se la conocía esta depauperación. Cada vez estaba más encarnadita, los labios bermejos, las mejillas rosadas; pero eran colores de droguería, caros y falsos y perniciosos, porque encubrían clorosis y no dejaban notar la anemia.

Y un mal día, el enemigo traicionero estalló galopante, caseoso y certero; en pocos meses los cuerpecillos tiernos y hermosos de María del Carmen y José Luis pagaron con la vida la contribución del trasplante.

Entonces fué el abuelo quien arrolló a sus hijos.

—Nada, nada; no admito discusión —decía a grandes voces, como se habla sobre los barbechos—. He perdido dos nietos, pero estoy resuelto a no perder dos hijos. Esta misma tarde nos vamos al pueblo, por la salud, por la vida; mañana mismo estaremos en el campo, de donde no debisteis de salir; el campo, que es más agradecido que esta ciudad maldita. Y mientras cerraba baúles y maletas, murmuraba: ¡Al campo... al campo!

La hermana fea.

NTONIA no se quejaba del trato desigual. Su hermana Luisa era la guapa, la elegante, la distinguida, la ocurrente; por eso cuando su padre, viejo empleado en Gracia y Justicia, veíala bailar el "charlestón", ágil e insinuante, haciendo corro de admiraciones desbordadas, dábase al más delicioso engreimiento, murmurando: ¡Qué hija... qué hija! Y cuando la madre, rolliza y bobona, iba por las calles de azafata de su princesita rubia, miraba embaída el porte gentilísimo y el andar aristocrático de aquel prodigio de sus entrañas, que tras de sí llevábase prendidos ojos y corazones. En tertulias y paseos la charla algarera de la pizpireta retozona y apicarada, lograba que los muchachos zumbasen en torno de ella como un enjambre sobre la copa de una mata de romero en flor. Antonia veíalo ya sin envidia, resignada a todo; a labores de limpieza que ensuciaban y embastecían; a mecer

y acunar al hermanito pequeñín, llorón y pringoso; a coser la ropa de todos, ayudando a la madre y soportando la conversación de ésta, ocupada tan sólo en alabar los dones y gracias de su hija mayor, la preferida, la justamente preferida.

Cuando Luisa iba al teatro, al baile, a la reunión, Antonia arreglábala los zapatos y vestidos; adornábala rizando su melenita de oro y la miraba después radiante de belleza, con una especie de arrobamiento y de orgullo, sin mezcla de malas pasiones, gozosa de poderse llamar hermana suya. Por fin, como premio sobrado, la daba un besito tenue, ligero, rozando apenas la pintura, los polvos, entre refunfuños de Luisa: ¡Que me manchas..., que me estropeas!

Antonia, morenota, de facciones pronunciadas, un poco hombrunas, no podía compararse a Luisa en ninguna de las múltiples irisaciones de la feminidad. Una vez, su tía Petra, que adoraba a Antonia y hablaba pestes y presagiaba tragedias de Luisa, dijo a su sobrina preferida: "¿Por qué no estudias algo, muchacha? Tienes capacidad sobrada, virtud fuerte y amor al trabajo... ¿Por qué no estudias? Yo te pago lo que te cueste: libros, matrículas, todo"; y la vieja solterona propuso a sus hermanos, los padres de Antonia, este raro plan.

—¡Bah! ¿Antonia? Bueno... haced lo que

queráis —decía la madre—. Realmente no la queda otro camino; porque lo que es casarse...

—Hombre, no está mal —contestó el padre—. Sería una chiripa que encontrase marido, y así tal vez logre valerse y sacar para ir tirando...

Y dicho y hecho; Antonia entróse de lleno por el estudio de la carrera mercantil, poniendo en él todas las ansias, todos los afanes del corazón, que encerrados gemían en la cárcel de su escasa hermosura.

* * *

Antonia ha terminado su carrera y trabaja con buen sueldo en el escritorio de una importante fábrica de bisutería. Luisa, un poquito ajada, un tanto más gruesa, menos juncal, sigue alborotando, atrayendo y embobando a los pollos más de moda, pero sin encontrar nunca un marido entre tanto pretendiente superficial y embustero. Un día, el inevitable día, el terrible día, la muerte se llevó al padre de ambas muchachas; y en aquella casa cargada de hijos, no entró ya el sueldo del hombre, sino su sombra, la miserable viudedad; y ya se anuncian los ahogos, los apuros tremendos, el no comer, el remendar hasta lo inverosímil la ropa interior; el aprovechar hasta el absurdo los trapitos y fieltros para sombreros y trajes. Pero no, Antonia acude generosa y enérgica; a su sueldo decoroso, une un sobresueldo ganado en horas extraordinarias, llevando

la contabilidad de dos tiendas de ultramarinos, y aun le sobran horas para coser en casa y atender a los pequeños; y así puede Luisa seguir vistiendo con arte y buen gusto y la madre acompañarla a bailes y reuniones, contando luego a Antonia los éxitos ruidosos de su hermana, que ya consiente que la bese un poco más fuerte cuando se marcha al teatro, a condición de que la compre unos polvos que vende Florio, el perfumista de las elegantes.

El paralítico.

PADRE e hijo habíanse retirado a uno de los cuartos interiores de la casa para que los detalles de su agria disputa no llegaran a los demás miembros de la familia. En un rincón de aquella estancia, yacía inerte en un viejo sillón el paralítico, rígido, sin habla, sin movimiento, sin más signo de vida que su mirada a veces vibrante, a veces triste e iracunda. No importaba su presencia; era un viejo mueble más. Ni en este momento ni en ningún otro, los hijos y los nietos se recataban del abuelo para ningún dicho o acción; era un cadáver insepulto: tan hermético, tan silencioso como un muerto. Diez años llevaba en aquel sillón como en una tumba. Alguna mujer cuidaba de darle el alimento a sus horas y ayudarle en los demás menesteres. Bien pagada, porque el abuelo habíales dejado pingüe capital; pero sus servicios asalariados carecían de amor y de ternura.

¡Cuánto vieron aquellos ojos, en los que se había concentrado la vida toda que huyó de los demás miembros! ¡Qué emociones habría sentido aquella alma encerrada en la cárcel terrena de un cuerpo sin vida! Poco a poco el hijo del impedido, el padre de familia con quien vivía y la nuera, habíanse acostumbrado a la idea de que el abuelo no existía. Poco a poco los nietos y las nietas habían llegado a sentir unos miedo y otros aversión cuando se arrimaban al sillón mugriento donde el abuelo se erguía, como sin coyunturas, como de una materia maciza e insensible. Los ojos, sobre todo, les daban espanto. ¿Qué decían aquellos ojos? Cuando en ellos fulgían unos rayos extraños y agudísimos, ¿qué deseaban?, ¿a quién lanzaban maldiciones?

Sólo un nieto, el más bondadoso, el más tranquilo, amábale y le acompañaba con frecuencia, hablándole cariciosamente sin esperar contestación, como se habla a un animal querido. Y en aquellos instantes que debían ser gloria bendita para el jipato, sus iris se ablandaban, el color gris de los ojillos de acero crecíase dulcemente y la boca, perennemente torcida en una horrible mueca, exageraba su esguince temeroso queriendo sonreir. Luis fué siempre apacible y bueno: por eso le daba lástima el abuelito y procuraba dulcificar sus horas; por eso, impelido a estudiar una carrera, optó por la de farmacéutico, bien hallado con su quie-

tud, con su domesticidad, con su destino caritativo, que procura el alivio de dolores y la cura de enfermedades.

Luis concluyó sus estudios con aprovechamiento y se enamoró perdidamente de una muchacha lindísima, hija de un labrador de aquella populosa villa. De esto, precisamente, hablaba y discutía con su padre.

—Yo no puedo —decía éste, con una firmeza rotunda y una violencia en la voz y en los ademanes que delataban su mal genio—; yo no puedo ni quiero hacer tal desembolso. Tengo muchos hijos, y tanto como tú son tus hermanos.

—Cuando ellos estén en condiciones ya les ayudará.

—Pero, ¿crees que voy a poder gastarme con cada uno tres mil duros que piden por esa botica?

—Mire usted, padre, que no son regalados; que yo tardaré poco tiempo en devolvérselos.

—¿Poco? ¿Y eso quién lo sabe? Por si acaso, lo más cuerdo es no soltar los dineros.

—Fíjese que es la ocasión, la única ocasión, que tan oportunamente se me presenta, y no volverá nunca tal vez a presentarse.

—La vida está llena de ocasiones.

Luis sudaba y, a veces, su palidez encendíase con un arrebol de ira.

—Hágase cargo, padre mío, yo se lo suplico; hágase cargo de mi situación. El padre de An-

tonia, en quien adoro, no quiere que su hija salga del pueblo; tiene aquí su herencia, aquí han nacido y han muerto todos sus mayores.

—Pues que te dé sus tierras y os casais.

Luis le miró con un gesto de hiriente repulsa.

—Si me las diera, yo no las querría. El no se opone a nuestra boda, pero exige que yo ejerza mi carrera, que tenga aquí una farmacia, y hoy se vende la de la plaza. Que no la compre otro, padre, porque me habrán deshecho la vida.

—Yo ya he dicho mi última palabra. Dinero, ni un real, ya lo sabes—. Y dando media vuelta rápida abandonó la habitación.

Luis lloraba con hondo desconsuelo. Era débil, era bonachón y estaba hondamente enamorado. De pronto sus ojos se fijaron en el paralítico. La cara de éste era más horrible que de ordinario; quería sonreir. Luis se acercó a él, hablándole.

—Pobre abuelito. Y yo que lloraba por mi desgracia. Desgracia la tuya, pobrecito; lo demás es soportable; a tu lado no debe de llorar nadie. Sólo tú tienes derecho al llanto. ¿Pero te sonríes? ¿Es que no me tienes lástima?

Los ojos del abuelo chispearon como dos carbones, batidos por un soplo interior.

—Tú quieres decirme algo, ¿no? A ver, ¿qué deseas?

La mirada del impedido se clavó en el mullido regazo de un sillón frontero.

—¿El sillón?

—Cerráronse los párpados, que eran el signo afirmativo del enfermo.

—Bien, el sillón. ¿Quieres que te cambie a él? ¿Sí? Bueno, vamos allá.

Luis levantó el leve peso del abuelito y le trasladó de asiento.

—¿Qué más quieres?

Miraba fijamente, fieramente el asiento que acababa de dejar.

—¿Qué te mude otra vez?

Se encendió iracunda la mirada del interpelado.

—¡Ah! ¿No es eso? Pues, ¿qué quieres que haga en ese asiento que tanto miras?... Ya... ya. ¿Qué le palpe? ¿Qué le registre? ¿Sí? Aguarda.

Los dedos ágiles de Luis encontraron una parte blanda, y por allí una entrada escondida; los iris del abuelo echaban chispas de alegría vivísima. Registró, palpó y sacó una vieja cartera de cuero.

—¿Es esto? ¿Que la abra? ¡Demonio, cuántos billetes! Diez mil pesetas..., otras diez... Hay cinco paquetes de diez mil pesetas... ¿Qué hago con esto? ¿Lo vuelvo a guardar?... No te enfades... ¿Que me quede con ello? ¡Qué bueno eres, abuelito! Pero con todo no... ¡Ea, no te enfades, no te pongas así! Ven, te quiero;

ven, te quiero, viejito de mi alma; ven, te quiero, que me has hecho feliz... Y tú también lo eres, sí, sí..., nunca te vi llorar y ahora lloras. ¿Es que no podías llorar? ¡Ah!, y ahora lloras porque has hecho un gran bien. Aun se puede ser feliz, a pesar de ser paralítico. ¡La caridad y la bondad logran ese milagro asombroso!

Y le besaba quedito, suave, mimoso, y de los ojos del enfermo caían lágrimas a hilo como sangre de una vena rota.

En la era.

TODA la vida de aquel pueblecillo agrícola se ha concentrado en las eras, que le ciñen como un cinturón. Las calles están silenciosas, cerradas las casas, solitarios los establos. Unos, segando en los trigales; otros, en las eras cosechando. Es la época grande de la agricultura, la fiesta del sol y del pan. Los hombres ofrecen a los rayos quemadores del astro rey su poderoso pecho casi desnudo, cubierto apenas por ligera camisa remangada y abierta; las facciones de su cara se broncean rudamente tomadas por el reverbero de la paja brillante, bajo las alas del sombrerote ancho.

Van entrando en la era carros cargados de mieses; salieron al amanecer hasta lejanos pagos, barcinaron las anchas morenas, y al mediar el día, acuden con la esponjosa carga, que apilan en descomunales montañas.

Trillan los agosteros pesadamente las par-

vas, beldan otros con las máquinas aventadoras que ronronean como descomunales insectos. Por toda el haza triguera, una luz cegadora, agresiva, se aplana sobre la llanura, socarrando surcos y secando jugos. Las eras son un lago de oro líquido; oro de sol en brasas por el ambiente; oro viejo en el bálago molido; oro nuevo en los peces de trigo cribado; oro herrumbroso en la piel de los trabajadores, en las bestias de labor y en los aperos; oro en todas partes. El tamo suspendido en aquel sol denso y amarillo, es oro pulverizado que flota. Huele a pan, huele a alimento sano, aspírase algo como tufo goloso de nodriza.

A la hora de comer, las gentes sueltan tan diversos instrumentos de recolección y se guarecen en la sombra refrigerante de la cabaña techada con ramilla de chopo y formada por trigos viejos o zarzos de mimbre.

Y vuelta al horno de la trilla entre llamas de sol y abrasadoras vaharadas del suelo. Cuando va mediada la tarde y ya el sol no fatiga tanto, retíranse de nuevo a la cabaña para merendar la ensalada fresquita y el pan tierno y el vino chispeante.

Entonces se escuchó una algarabía bulliciosa, que saliendo de las callejuelas del lugar, irrumpía en el circuito tostado de las eras. Habíale dicho a Luis, su compañero de estudios y a la sazón huésped por unos días:

—Vamos a trillar, tengo ganas de trillar.

El madrileño gozaba con la novedad de estas cosas pueblerinas. Luis, hijo del médico del lugar, no tenía era.

—Iremos a buscar a Matilde; tal vez estén allí sus amigas y entonces nos las llevaremos a la era de aquélla, que es la más fuerte de todo este país.

Y por eso entraban parleros y reidores, Matilde y otras dos encantadoras muchachas, Luis, el estudiante de medicina, y Manolo Grifón, el madrileño. Por la alcatifa mullida de la trilla corrieron alegres y saltaron, persiguiéndose tal que una banda de pajarillos. El padre de Matilde, aplomado y bruno como una bella terracota, mirábales con jocunda satisfacción. Aquella hija única era su tesoro. Trigueña, preciosa, de hondo pensar, de sereno sentir, enamorada del campo, labradora, bellísima labradora, era la locura de su padre, por quien éste se afanaba y amontonaba riquezas; y bien a la vista estaban, pues, sobre aquella era de enorme capacidad había un caudal de mucha consideración en trigo y otras semillas que indicaban la importante herencia labriega del senarero.

El madrileño habíase parado apreciándolo, y su agudo magín componía una cifra golosa para dote de una morena tan linda.

—La felicito a usted, Matilde —decíala—; tiene usted una fortuna envidiable.

—¿Usted entiende de esto?

—Está a la vista, se palpa. Las mujeres la tendrán envidia seguramente.

—¿Por esto sólo?

—Por esto y por todo lo demás, que tan bien rima con esto.

—¡Bah! Da usted demasiada importancia a la riqueza.

—No hay más remedio, amiga mía. La vida es hoy un problema de dinero. Madrid es un sumidero de plata. ¡Ah, si usted supiera lo que cuesta vivir en Madrid!

—No me interesa.

—Y, sin embargo, es usted a quien aquello no tiene por qué amedrentar; posee usted sobrado capital. ¡Oh! En Madrid se la rifarían a usted, tan bonita, tan inteligente, tan...

—¡Tan rica!, ¿no? Pues, mire usted, contra lo que parece, estos bienes míos serían una dificultad para que yo hallara pretendientes en Madrid.

—¿Qué dice usted?

—Lo que usted oye.

Matilde ponía aguda intención en sus palabras despaciosas, y sus ojos, más negros que la noche, posaban toda su complacencia sobre Luis, que se anegaba en aquella felicidad.

—Mi fortuna alejaría solicitantes de mi lado, créalo; porque ha de saber usted que quien me tome a mí ha de tomar mis tierras y vivir como aquel hombre que ve usted allí.

Y señalaba la estatua broncínea de su padre,

tostado por el sol, de alma sencilla y alegre, sin complicaciones en su pasar diario, sin tortura en su paz aldeana.

—¿Sería o no una dificultad, Manolo?

—Sería..., sería.

Matilde soltó el chorro de su carcajada, y apoyándose en la mano de Luis saltó con él a un trillo que galopaba arrastrado por briosa huebra, mientras de su garganta primorosa surgía un cantar lleno de cadencias cristalinas:

"Tira surcos derechos
a mi ventana.
Labrador de mis padres
serás mañana".

AMATORIOS

Amor que cura.

N el glorioso balcón que formaba el resalte de la peña, frente a la pompa maravillosa de la sierra embrujada, llena de pavor en sus barrancos negros, ardiente como una hoguera de piedra en las cumbres de oro que tienen sus picachos atrevidamente clavados en el azul estremecido del firmamento, Carlos y María Antonieta recogen en los ojos los rayos postreros de la tarde, que inunda sus almas de una fe cálida y arrebatadora y templan el cuerpo convaleciente del muchacho. Goza él mirando por primera vez desde su grave caída, cerca de la muerte, la esplendidez opulenta de la naturaleza brava; disfruta ella, segura ya de que huyó la insaciable, viendo cómo vuelven al enfermo, querido en silencio, sangre y energías.

—Tardan en venir y se va enfriando el aire para usted —dice ella.

—¿No son aquellos? —inquiere Carlos fijos

los ojos en una mancha movediza que trepa por la cinta gris de la carretera.

Son ellos, en efecto, los amigos de Carlos; es Luisa Fernanda, su prometida, y otros compañeros de la elegante heredera de Torre Ansúrez, duque y millonario. Desde aquella cima prodigiosa se ven subir los automóviles raudos y sonoros. Cuando se acercan, pero distantes aún en la profundidad, distinguen los que esperan todos los detalles de la caravana. Luisa Fernanda lleva el volante de su Hispano; al lado de la rubia, fragante y atrevida, siéntase Jaime, cínico y desenvuelto.

—No hay recato en estas mujeres —piensa alto el enfermo.

—Son costumbres del día —disculpa María Antonieta.

—Tú no tienes tales costumbres y del día eres.

—Del día modesto de mi clase.

Callaron; subía, con el jadeo de los motores, la fresca exultación de carcajadas cristalinas; todos los coches llevaban su pareja; dos, cuatro; todas las parejas movíanse gorjeantes, como avecillas de primavera, promoviendo un ruido de bandada de palomas, de cacareo de gallos. Llegaban de excursión a visitar a Carlos, su amigo, de cuya convalecencia tuvieron buenas noticias. Cuando le estrecharon ellos entre sus brazos y le traquetearon ellas con sus saludos, el pobre jipato vaciló sobre las piernas flacas.

El empujón de Luisa Fernanda le hubiera hecho caer si no le sostuviese María Antonieta.

—¡Anda, flojote! —le increpó ella riendo—. Deja estos riscos y vete a Madrid. Mira éste —añadió zarandeando a Jaime por un brazo—. Y luego, sin dar más tiempo a esta conversación, sin ahondar en el alma de su novio oficial, sin mimar su dolor, sin endulzar la pena que trituraba aquel cuerpo desmarrido, se despidió diciendo a voces:

—Bueno, muchacho; nos vamos, que ya es tarde; queremos llegar hasta Segovia y retornar pronto. Ya volveremos otro día.

—Adiós, chico —dijeron todos empujándole y uniéndose con prisa a sus compañeros de "auto"—. Jaime, al irse, murmuró al oído de María Antonieta una frase que encendió la cara de la chiquilla con una roja llamarada de sangre. Carlos sintió, sin oirla, su repercusión; y allá dentro un dolor estallante. Y en un momento su conciencia trájole a consideración que cuando viera la dudosa conducta de Jaime y Luisa Fernanda, el malestar que le produjo sólo horadó la corteza de su amor propio. Se quedaron solos entre aquellos gigantes de piedra, bajo un cielo al que se iban asomando las estrellas temblorosas. María Antonieta, la hija del administrador de Carlos, la hermana de la caridad, que cuidó su vida casi extinta y presidió la alborada de su resurrección, recogía en sus pupilas, hondas y negras, los últimos

rayos del incendio solar. Por entre el nimbo de sus cabellos, la luz del crepúsculo se derramaba suavísima sobre las facciones lindas y morenas de la muchacha. Carlos la observó seria, recatada, con el mirar sosegado de virgen, con el alma ardiente y amorosa en los iris brunos. Carlos volvió hacia su hotel, que les esperaba a cien pasos de allí, y echó a andar diciendo:

—Vámonos ya, María Antonieta; vamos a celebrar nosotros la convalecencia mía; sólo nosotros. Vas a decir a tu padre que venga y a tu madre. Hoy, feliz como jamás hube de serlo en mi vida, cenaremos juntos, y, al final de la cena, pediré para los dos la bendición de tus padres.

Amor de verano.

De Luisa a Fernanda.

QUERIDISIMA: He pasado un verano delicioso y muy divertido. En mi lugarejo de "altura" hay poco de todo, pero rivales, ni semilla. Las pueblerinas de estas latitudes son un maravilloso fondo para la travesura madrileña, para nuestra coquetería y nuestra alegre charla. Lejos de enfrentarse conmigo, me realzaron sin darse cuenta, y todo mi trabajo fué dejarme mirar. Yo eché la vista a un pollo, que es lo mejorcito de esta región, de ojazos grandes y negros, constitución hercúlea, frente ancha y labios rojos. La hice una mala obra a la hija de un ganadero, con quien llevaba más de dos años en relaciones, porque a los ocho días de llegar yo, el apuesto galán era novio mío. Y así no me ha faltado caballero ni acompañante; y por fiestas y romerías hemos corrido deján-

dome arrullar con el grato susurro de mi enamorado doncel. La temporada está para concluir y dentro de una semana retornaré a la Corte a comenzar la vida del otoño madrileño. Mi novio, a quien no acabo de saber si quiero o no quiero, por quien me parece que he empezado a interesarme un poco, me propone pasar en Madrid un par de meses, gastándole el dinero a su padre, que es rico labrador, y continuando el idilio dulcísimo en que le hubo de anegar mi personilla inquieta. Así, pues, cuando tú regreses le conocerás; él ya te conoce a ti por mis descripciones y los retratos que le enseñé; ahora desea vívamente verte en carne mortal y ser tu mejor amigo. La pena es que esta pobre muchacha del pueblo, enamorada de él, se está quedando flaca. Entre el amor y el orgullo la van a secar. En fin, cosas de la vida; mientras ella sufre, él se encuentra en la gloria. ¿Cuándo vuelves de esas playas? Muchos besos.

Luisa.

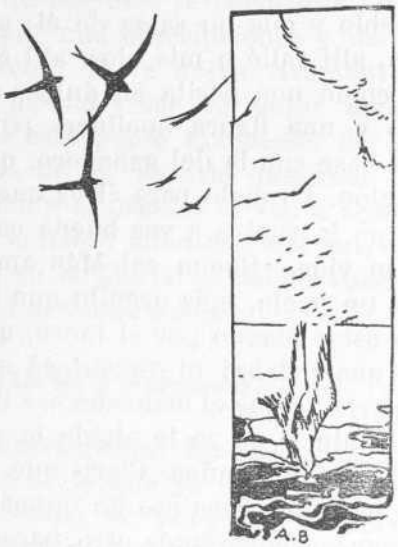
De Luisa a Fernanda.

Queridísima: Me estás haciendo esperarte más de lo que yo deseo y me conviene. Y me conviene, sí; porque me aburro extraordinariamente. Ayer le di la absoluta a mi paleto. ¡Hija, qué ordinariez! ¡Qué manazas más gordas y más negras! Pues, ¿y los pies? ¿Pero cómo me parecería a mí ni pasable siquiera

en aquel pueblo? Cuestión de escenario, cuestión de ambiente, no me cabe duda. En cuanto llegó aquí, desentonaba de una manera estrepitosa. Aquellos pelos crespos, de color carbón, aquel cutis áspero, bastote... Labios rojos, sí, pero gordos como chorizos; ojazos negros, pero saltones. En fin, chica, un desastre. Y así que se vistió de fino, me puso en capilla, porque íbamos haciendo el ridículo por calles y paseos. Se compró un sombrero que no le entraba, unos zapatos que se le salían, una corbata arco iris... Bueno, hoy le he dicho que se vaya a su pueblo y que no salga de él; allí vale por lo visto, allí valió a mis ojos, allí está conceptuado como una perita en dulce, un partido soberbio y una figura apolínea. ¡Que no salga! Que se case con la del ganadero, que esa es su obligación. Lo malo para él es que a la del ganadero no la vuelve a ver buena cara en los días de su vida. ¡Buena es! Más amor propio tiene que un poeta, más orgullo que un noble. Ya puede estar piando por el mozo, que ni le escuchará una palabra ni aguantará que se le acerque. Aparte de que el mancebo ese lleva el arpón en el alma; no se le olvida la señorita de Madrid en unos años. Claro que yo no puedo volver al lugar, pero eso no importa; el verano que viene escogeremos otro parecido. Ya te estoy viendo arrugar el entrecejo y pensar en mi conducta, condenándola con acritud. "Por todas partes vas haciendo daño

—dirás— y sin que te aflija: Eres una insustancial, una coqueta odiosa." No, lo que ocurre, Fernanda de mi corazón, es que por muy buena voluntad que pusiera, y la puse, para corresponder al cariño de mi pretendiente, no puede ser. Ya lo dice el refrán: "Cada oveja con su pareja." Ven pronto, por Dios, que me aburro desesperadamente.

Luisa.



El indiano.

A despedida de Carlos y Amalia fué hondamente dolorosa, porque la ausencia iba a ser terriblemente larga y cuajada de peligros. Carlos se marchaba al Perú, bajo la protección de un tío suyo, a cuya sombra haría fortuna. Amalia esperaríale un año y otro hasta que volviese, para unirse indisolublemente. Un encendido amor habíales enlazado desde su edad primera, naciendo en sus juegos infantiles y aumentando poderoso hasta el momento aquel en que las veinte primaveras de Amalia florecieran en gracias de raro esplendor, y los veintidós años de Carlos se mostraban llenos de atrayente fortaleza.

Se amaban con locura; pero tenían los dos un sentido práctico muy despierto, que les hacía ver con crudeza las formidables dificultades de la vida para quienes carecen de fortuna

y no han logrado un medio seguro y abundante de ingresos fijos.

Con Aurora, la chiquilla menuda y graciosa que Amalia sentaba en su regazo, juntábanse siete hermanos en casa; los otros cinco menores que Amalia; la más pequeña era aquella muñequita que aun no había vivido un lustro. Asimismo Carlos contaba otro montón de pequeños hermanitos, y ni el padre de uno ni el del otro podían ganar más que lo preciso para mantener sobriamente a sus hijucos.

Lo decidieron ambos de común acuerdo. ¡Al Perú!, a trabajar seis años, diez años, los que hicieran falta, y después a casarse, a vivir tranquilos y ayudando a los suyos para que nunca les atenazara la miseria.

Había lágrimas amarguísimas en los ojos garzos de Amalia; y Aurora, su retrato, su miniatura, la besaba entristecida y doliente, para contrarrestar aquel dolor. Separáronse al fin con solemnes juramentos, y el tiempo y el espacio abrieron un ancho abismo entre estas dos almas que se adoraban intensamente.

Y pasaron los años dejando su huella imborrable en cosas y personas. El amor de Carlos y Amalia habíase mantenido vivo y palpitante, latiendo al unísono a través de mares y campiñas.

Un día, quince años después de la separación, volvieron a encontrarse en la misma salita de la misma aldea, donde sus ojos viéronse la úl-

tima vez. Carlos hallábase en plena madurez, en todo el vigor de un hombre cabal; plateaban sus sienes y habíase orecido la piel de su rostro, y sus anchas espaldas y sus robustos brazos aseguraban una plenitud de fortaleza. Amalia estaba más gruesa, mucho más gruesa; sus ojos más opacos, más pequeñitos, hundíanse en el mullido adiposo que abultaba sus contornos; la línea que fué esbelta en aquel cuerpo de veinte años, desbordábase ahora con lamentable abundancia. En cambio, al lado de ella, Aurora reproducía con exactitud fotográfica la figura encantadora de Amalia en los gloriosos años de la primera juventud.

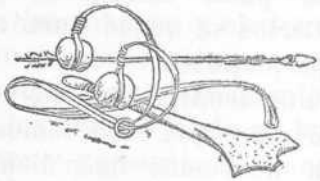
Carlos vaciló al verlas juntas, no supo a quién dirigirse; Aurora era Amalia, su Amalia querida, la que él colocó y adoraba en el altarcito de su imaginación. Amalia era otra mujer con la que nada le unía, con la que su recuerdo no pudo entrenerse y recrearse amándola. Carlos se quedó inmóvil, lleno de angustia y perplejidad.

Y es que nos acontece a todos este absurdo fenómeno; siempre que recordamos a una persona a quien no vemos hace tiempo nuestra imaginación nos la muestra tal y como la vimos por última vez; no acertamos a componer por nuestra cuenta un cuerpo nuevo, naturalmente cambiado y envejecido por el tiempo; y así ocúrrenos con frecuencia saludar llenos de asombro a un mozo fornido que imaginativa-

mente veíamos en mantillas, o a un viejo arrugado, que nosotros seguíamos recordando con su hermosa estampa de hombre vigoroso.

Aquellos momentos torturadores, breves y trágicos, en que unos a otros se contemplaban, se resolvieron con el desgarramiento de un alma. Amalia rompió en un llanto de tortura. Carlos, con el arpón del desengaño clavado en el corazón, salió de la casa, sintiendo en su cabeza tronar aquella tempestad que le rugía en el pecho.

Y de nuevo tornó al coche que le había traído, y luego al trasatlántico en que volvió a España, y se lanzó a la borrachera de los negocios para ahogar en su vino fuerte aquel amor que había sido su felicidad.



La rubia de los Dolores.

LLUEVE tenazmente, caudalosamente. Madrid se envuelve en los grises infinitos de sus lluvias de temporal. El firmamento ha descendido temerario. Los nubarrones plomizos, que arrastran su vientre ancho y húmedo contra los tejados llorosos, tiñen de ceniza los charcos del suelo, el barro de las calles, las paredes goteantes de los edificios; y, sin embargo, la gente de Madrid discurre por sus anchas vías chapoteando lodo, escurriendo agua, yendo y viniendo sin pavor, empujada por un vivir nervioso, mecánico, que tiene su núcleo de presión en mil necesidades diarias, angustiosas, inaplazables.

Hay, además, quien desafía los furores del tiempo por arrogancia natural, por exceso de vida, por costumbre de salir y pasear contra viento y marea; y entre los que son de tal modo, figura un pollo maduro, con sus exuberantes veintiocho años, llenos de fuerza y acometivi-

dad, que envuelto en costoso abrigo de ante, tocado con un fieltro impermeable y muy defendido con sus zapatos de piel de potro, camina despacio, sin parar mientes en las inclemencias del chaparrón y atento al más minucioso examen de cuantas mujeres jóvenes cruzan por su camino.

El pollo del gabán de cuero es un Don Juan de los catalogados en el extremo ultravioleta; alrededor de este afán insaciable que le ha procurado aquella clasificación, gira su vida entera; el único fin de ella es la mujer; cuando una mujer le obsesiona, antepone su conquista al bienestar, al sosiego, a la fortuna, a las conveniencias sociales, a cuanto constituye el ambiente físico, social y moral en que su ser vive. Un Don Juan, no es más que un Don Juan.

Por eso cuando sus ojos vieron la belleza peregrina, suave y blanca, de aquella muchachita que atraviesa la Glorieta de San Bernardo en dirección a la iglesia de los Dolores, sintió en su cerebro el anhelo punzante de conseguir tal hermosura, fuese cualquiera el trabajo y la riqueza que hubiera de costarle, y, cauteloso y felino, siguió tras la chiquilla, estudiando sus perfecciones.

Iba la rubia esquivando el aguacero y huyendo lodazales, atenta a no hundirse en lagunas ni atascarse en montañas de barro. Envolvíase en un abriguillo modesto y raído, de co-

lor de café, con unas breves tiras de piel de conejo en el cuello y en las bocamangas; cubría el oro de sus rizos, que el agua abrillantaba deliciosamente, con un velo corto y descolorido, y mostraba en su rostro divino dos deliciosas perfecciones: los ojos, de un azul claro y un mirar dulcísimo, y los labios, frescos, sangrantes, como pulpa roja de una fruta madura. Quien la mirase a la cara había de parar en los labios una más larga contemplación; quien la viese de prisa, sólo habría visto la delicia encantadora de una boca bermeja.

El pollo del gabán de cuero seguíala fascinado, enloquecido y hambriento. La muchacha, capullo de mujer, con diez y siete años en flor, penetró rápida en la parroquia de los Dolores. Al entrar mostró su cara bellísima un gesto de respeto y humildad, que dió a sus facciones virginales la serena hermosura de un ángel. Avanzó despaciosa por el centro. Desde uno de los pasos laterales la espiaba su perseguidor.

La muchedumbre, formando grueso cordón, subía las escalerillas del presbiterio, se paraba ante el Niño Jesús de un nacimiento, colocado a la izquierda del altar mayor, y descendía por la derecha, a repartirse por entre sillas y bancos para oir la misa. La rubia de pie, a un lado de aquel río de gente, esperaba, perdida su mirada en la penumbra del templo, abstraída, lejana del mundo, con raros reflejos en la piel

de nácar de su rostro precioso, con un brillo suavísimo en el azul de su iris, más rojos sus labios, inmóvil su cuerpo.

Por fin quedó sola y subió hasta el nacimiento, y con ternuras de madre y con ansias de enamorada, besó los piececitos del Niño y le miró unos segundos, tal vez un minuto, con arrobamiento, que puso carmines deliciosos en sus mejillas albas; y luego, arrodillándose, besó una y muchas veces la tarima del suelo, donde habían dejado su barro tantos y tantos pies de creyentes y devotos, hasta convertirla en un trozo de calle.

El pollo del gabán de cuero miraba todo aquello con asombro que se imponía a él, que le dominaba, que iba borrando de su cerebro encandecido los trazos rojos de los deseos insanos.

La chiquilla se puso en pie, se inclinó ante el Sagrario y retornó a su sitio. Llevaba en los labios de grana pedazos de barro, suciedad del arroyo. El Don Juan apreció toda la grandeza de aquel amor al Hijo de María y pudo comprender la excelencia de un alma entregada a Dios. Y como bajo el peso de una fuerza superior a sus fuerzas, hincóse de rodillas, oyó misa entera, sin levantar del suelo la mirada, y luego se fué solo, sin plan, sin objeto, regustando un nuevo placer desconocido, más sutil, más delicioso, más aromado que sus placeres de Don Juan.

La tristeza de amar.

OMO pudo ser que aquel muchacho tan distinguido, con los gustos refinados y exquisitos de las grandes urbes, se hubiera puesto en amores con Rosenda, la pobre pueblerina, chiquituca y cursi, cuya poquedad de ánimo contrastaba notablemente con la elegante desenvoltura del madrileño?

¡Bah! Estaba solo en aquel desmedrado lugarejo y tenía que permanecer aún tres meses más, mientras su pobre padre, enfermo y desmarrido, cobraba salud en aquellas montañas, envueltas en el aroma sano de los pinares. en el perfume tónico de las praderías. Era preciso distraerse en algo, pasar el rato de alguna manera; y, no teniendo a mano cosa mejor, bien iban las charlas entretenidas con aquella novia campestre.

Mario había descubierto en ella un aliciente muy gustoso, un hondo amor de sacrificio, una adoración callada de neófito, una sumisión tan absoluta, tan desprendida de cosas y personas, que asombró al forastero y le retuvo como fuerza de ignorada e irresistible hipnosis.

Rosenda había perdido su libertad, su personalidad, su ser. Toda ella había fundido en el espíritu de Mario y era una sombra de éste, un destello de aquel hombre tan esbelto, tan gracioso, tan inteligente, tan señoril. Se anegaba en su iris, se cobijaba bajo su brazo, se arrimaba a él como la yedra al muro. Y en cuanto le perdía de vista, hundíase dentro de sí misma para seguir adorando la imagen erigida en su imaginación.

No lejos de aquella aldea montés ocurría algo parecido con Pilar Torreblanca, la gentilísima muchacha que de manera irresistible llevábase en pos de su belleza rubia, opulenta y aristocrática, toda la "élite" masculina de los grandes salones en Madrid, en San Sebastián, en Sevilla..., donde estuviera, donde se presentase su cuerpo fino, alto, estilizado, soberbiamente elegante, y su cabeza de diosa, blanca de tez, que iluminaban los ojos brunos, y de oro al sol, las crenchas onduladas de su cabeza, para implantar sin obstáculos la tiranía de la hermosura, la dictadura del amor.

—Mira Pilar —le decía su madre—, me parece que estás cometiendo un crimen con ese pobre muchacho que te corteja. Es sencillo y noblote; tiene el alma sana, sin repliegues, ni complicaciones, que afortunadamente atesoran los senareros de este país; y te cree, y llegará a tomar en serio su noviazgo, y... no sé qué pa-

sará cuando el desengaño se le meta en el alma.

—Tú no te preocupes, mamá. El día que esto se acabe..., pues se acabó. ¿Qué va a pasar? Nada. Por lo menos a mí nada. Y en cuanto a él..., allá cuidados. ¡Qué le vamos a hacer! Así es la vida.

—Pero eso es no tener corazón, Pilar.

—Mira, mamaíta; lo que yo te digo es que aquí me aburro de una manera insoportable. ¡Ay, cuándo te pondrás buena, madrecita mía! ¡Cuándo nos iremos de aquí! En fin, tu salud es antes que nada, ciertamente, pero al menos déjame que me distraiga como pueda, con Pedro o quien se me antoje; es lo menos que me puedes consentir; piénsalo bien.

—Bueno, bueno; haz lo que quieras. Pero dime: ¿qué distracción puedes tú hallar en un muchacho tan distinto de ti, sin las pulcras maneras de los de tu clase, sin cultura, sin formas sociales, sin elegancias, sin...

—Calla, calla; ¿qué sabes tú de esto? Pasaron tus buenos tiempos, mamá, y con ellos tu refinada sensibilidad para cosas de amor. Pedro..., bueno; Pedro es un roble de estas sierras o un noble y manso caballo de estas yeguadas, es cierto; pero no sabes tú con qué fuego, con qué extraña pasión ardorosa y sin barreras quiere. Hoy le mandaría yo que se matase y su vida no duraba un segundo más.

—Calla, loca; calla por Dios, que me aterra.

—No me habla, ¿sabes? Me mira nada más; me mira con una esclavitud, con una devoción, con un amor ilimitado. Y esto, que nunca vi en mi mundo, me distrae, me interesa, me hace a veces que los días cuenten para mí lo que un minuto.

—Pero tú, ¿estás enamorada?

Pilar soltó una risa de cascabeles, que fué rebotando por la casona como una sarta de gargantillas de cristal.

En la romería de una ermita que se yergue sobre el ápice de una cumbre se han encontrado estas dos singulares parejas; y como era de presumir han bastado pocas horas para que Mario y Pilar háyanse acogido a sus mutuas atracciones, olvidando la pequeñez y la basteza de sus amores pueblerinos. Y cuando el sol se hunde en aquel mar petrificado de montañas y la luz se va entoldando con las nieblas que ruedan desde las cimas y trepan desde los barrancos, los enamorados elegantes bajan lentamente absortos en una dulcísima conversación amorosa.

Y quedan frente a frente Pedro y Rosenda, yertos, pálidos, sin pulso en las arterias ni comprensión en el cerebro.

—¿Y nosotros qué hacemos? —dice él.

—¿Nosotros? —exclama ella—, seguirles adorando toda la vida.

Mi amigo se casa.

ISTER Macpherson es un yanqui delicioso que viaja por el mundo, estudiando su pintoresca variedad. A pesar de los treinta años corridos que disfruta, hay en su corazón la encantadora puericia de las veinte primaveras, mientras su cerebro allá en la altura (1,85 metros sobre el nivel suelo), posee una instrucción sólida y un brillante discurso.

Ayer me lo encontré cuando ya creía yo que, por mar o por tierra, viajaba a muchos miles de kilómetros de nuestra villa y corte. Subía lentamente por la acera de Bellas Artes, en la calle de Alcalá, y su gesto preocupado manteníale abstraído del mundo circundante. Le desperté de aquella hipnosis, sacudiéndole un brazo y preguntándole con extrañeza:

—¿Pero cómo aun por aquí?

Hablaba él siempre en correcto francés, y me tenía encargado que yo le hablase español, lengua en la que estaba adiestrándose desde

su paso por las repúblicas hispano-americanas. Me saludó efusivamente, y después, mientras me sujetaba los dos brazos, posó en mis ojos su mirada ancha y confiada, diciéndome de golpe:

—Me he quedado en España para casarme.

—¡Zambomba! ¿Con quién?

—¡Ah!, no sé. Con una mujer.

—Me lo figuro; pero supongo que ya la tendrá usted elegida.

—No, aun no, la elegiré pronto.

—Lo que usted me dice, amigo Macpherson, es un poco desconcertante. ¿Usted tenía pensado contraer matrimonio en España?

—¡Oh, no, no!

—¿Es que cree llegado para usted el momento, la edad de constituir una familia?

—¿Qué más da esta edad que otra?

—Bueno, pues usted dirá, amigo, porque yo no lo entiendo.

—Está usted ciego como todos los españoles. Ustedes no ven lo que vemos nosotros los extranjeros, y más particularmente los extranjeros que viajamos por distintas naciones del mundo. Ustedes tienen la mujer ideal para el matrimonio.

—¿Guapas?

—Las guapas, guapas, tal vez no sean para matrimonio.

—¿Listas?

—¡Buenas, hombre de Dios, buenas! Yo he

visto por esas ciudades de la tierra que la mujer se labra una personalidad independiente y la enfrenta con el hombre y vive una vida masculina, fuerte y egoísta. Yo he visto por esos pueblos adelantados que las mujeres son después de casadas lo mismo que de solteras, igualmente cuidadosas de su coquetería, sacrificándolo todo, ¡todo!, el hogar, el marido, los hijos a la línea bella de su cuerpo gentil, a la hermosura atrayente de su rostro maquillado. He visto que se divorciaban sin pena en el corazón ni querencia al nido de sus amores donde nacieron sus polluelos. He visto muchas cosas.

—¿Aquí en España?

—¡Oh!, estoy asombrado. Se casan y son por entero para el marido. Ni una distracción, ni una fiesta fuera de su cariño, ni una leve nostalgia de su época de libertad.

—Sí, eso es verdad.

—¿Y luego? Encantan a cualquiera, amigo mío; luego se dedican a cuidar de los hijos. ¿Usted ve qué cosa más buena y más extraña? Aunque las gusten diversiones, aunque las requieran alegres festejos, ellas amamantan al pequeñín y le duermen y le velan, y si está malo jamás salen de su casa, ni de su alcoba, ni de junto a su cuna.

—¿Quién iba a cuidarles si no?

—Fuera de aquí, sirvientas asalariadas, más o menos instruídas y sabedoras de la higiene,

de esmeradas formas de educación, pero frías por dentro, sin amor de madre. Después, cuando los hijos son mayorcitos, toda la existencia de la madre fúndese con la de ellos. ¿Hay que dar carrera al chico? Bien, pues a dársela. Pero ello exije ahorro y sacrificio. No importa, para la madre se han acabado los vestidos caros, los sombreros de lujo, los zapatos de "postín". ¡A dar carrera al hijo!

—¿De manera que usted?...

—Yo me caso aquí con una, ¿sabe?... con una. Todas son iguales, todas son buenas: las de pueblo, las de ciudad, las ricas y las pobres. Hay excepciones, pero muy contadas, y desde luego en calidad de excepciones, ¿eh? Yo me caso aquí, por eso demoré mi viaje.

—¿Y cuándo será la boda?

—En este mes. Antes de treinta días me volveré a mi país con una alhaja española. ¡Oh, el viajar cuánto enseña!

—Pues nada, que sea enhorabuena y de salud sirva—. Y le dejé en la calle mirando embaído los cuerpos gráciles y los rostros morenos de las madrileñas, que perfumaban la vía más animada de Madrid.

Amor y escrituras.

OMO tú aquí, Emilio?

—¿Te extraña, verdad? Soy notario de este pueblo desde hace muchos meses. Ya sabía que ibas a venir este verano, como todos; y te esperaba con impaciencia. Charlaremos juntos.

—¿Te aburres?

—Un poco. Tú me socorrerás. Lo malo es que con la novia... porque ya sé que tienes la novia aquí.

Jaime compuso un gesto displicente y contestó:

—Sí, hace dos años que estoy en relaciones con Charito. Pero no será obstáculo para que contigo pase la mayor parte del día. Además, acabo de concluir la carrera y quiero practicar en tu notaría, si me admites.

—Encantado, chico. Pero de todo eso deduzco que no estás muy enamorado.

—¡Psch!... regular.

—Y eso que la muchacha es un regalo del cielo; tan bonita, tan gentil y además tan inteligente, tan cabal, tan femenina.

—Parece que eres tú el enamorado.

—¡Bah!, es tu novia, Jaime, y yo soy tu amigo.

Desde aquel momento las horas del joven notario corrieron más veloces y sabrosas que antes. Jaime, su amigo de Madrid, a quien hacía varios años que no veía, pasaba las mañanas y las tardes en su despacho, acompañándole de continuo. Muy aficionado a la práctica notarial, revolvía legajos y protocolos, empapándose en su contexto. Pronto notó Emilio la tenacidad con que buscaba determinados instrumentos notariales y el afán con que recorría todos sus renglones. Tras de lo cual fuese agriando el genio del muchacho, que se hizo avaro del silencio y mostró en la cara un leve esguince de disgusto imborrable. Emilio tenía para esta mudanza la escondida sonrisa zumbona de sus labios, que delataban todo el estado de su espíritu.

Porque Emilio vió que lo que Jaime releía cuidadosamente era la serie de escrituras de préstamo hipotecario, de pacto retro y otras de parecida índole, en la que se mostraba desnuda la quiebra económica del padre de Charito, que en pocos años había ido perdiendo sus casas de Madrid, sus campos lugareños, sus dehesas de cultivo, todo lo que constituyó

una de las más importantes fortunas de aquella provincia.

—¡Las minas! —murmuraba Jaime para sí mismo—; ¡las malditas minas! Ya se decía algo por Madrid. En fin, a tiempo estamos. Hay que ser prácticos.

Y con esta corriente teoría, adoptó resoluciones salvadoras. Porque aunque Jaime decíase aficionado al estudio y dispuesto a prepararse para oposiciones, la verdad era que allá en el fondo de su conciencia anidaba una pereza invencible y un anhelo de "redención a metálico" por el camino del matrimonio. Y así no sorprendió a Charito, que ya le iba conociendo y esperaba las últimas consecuencias de la pérdida de sus intereses, la serie de pretextos con que buscó su novio el término de aquellas relaciones.

Días después, decíale éste a su amigo el notario:

—Si te gusta Charito, aprovecha la ocasión. Nosotros hemos tronado.

—¡Bah! Una riñilla pasajera —contestaba Emilio lanzando la sonda.

—No, no; puedo asegurarte que es definitiva. No congeniamos, ¿sabes?; no nos conviene a ninguno de los dos.

—¡Hombre, entonces es cosa de pensarlo!

—Te advierto que a Charito debes ir con un amor romántico. No sé si sabes tú la situación en que se encuentra.

—¿Arruinada?

—Completamente arruinada.

—Ya... ya. Sin embargo... En fin, ya veremos.

Desde entonces las entrevistas de los dos amigos fueron menos frecuentes, el trato menos íntimo, la confianza más hermética. Un día, transcurrido un mes de tales sucesos, Emilio comunicó a Jaime la noticia de su boda con Charito, la linda trigueña, a quien intensamente adoraba. Jaime escuchó al notario, felicitándole con frialdad. Poco después la boda, rápida y callada, enlazaba aquellas dos vidas, y una larga luna de miel les lanzaba por los brillantes caminos del mundo.

Jaime encontróse al primer oficial de la notaría, con quien había conversado frecuentemente en casa de Emilio, y murmuró:

—Ha hecho mal su jefe, se ha precipitado. Ahora todo es amable y delicioso..., después... ¡Ah!, después, cuando las crudas realidades de un vivir pobre le impongan tantos sacrificios...

—Pero si la señorita es muy rica —interrumpió el dependiente.

—¡Ojalá, amigo mío! El padre de Charo no tiene una peseta ya. Quizá usted no sepa eso.

—Sí, lo sé, sí, ¿cómo no?, estando en la notaría. Pero, mire usted, D. Jaime: a poco de llegar usted este verano, la marquesa de Villares, ya sabe usted, la viejecita esa que vivía en el castillo de Pedralba, a dos leguas de

aquí, llamó a D. Emilio y testó, haciendo a Charito, su sobrina en tercer grado, heredera de todo su caudal, que pasa del millón de pesetas...; y precisamente ha muerto hace unas tres semanas.

—¡Ah, demonio! Pues de eso no me dijo Emilio ni una palabra.

—¡El secreto profesional, D. Jaime! Usted que va a ser notario, sabrá todo lo que importa el secreto profesional.

Y el veraneante, preocupado y hosco, dió media vuelta y se marchó, murmurando entre dientes:

—Un millón, la notaría y Charito... ¡Permita Dios que le pille un tranvía!

El criado infiel.

BRAULIO era tan servicial, tan sumiso, que los marqueses de Boedo decidieron traerle consigo a Madrid. En la Corte iría corrigiendo poco a poco su zafiedad, y era de presumir que, a no tardar, la aristocrática mansión tendría un criado modelo. Era el mozo de una honradísima familia de pelantrines, que vivieron y vivían labrando una huerta arrendada al marqués desde tiempo inmemorial. Braulio, noblote, sano de alma y de cuerpo, recio de músculos y humilde y avispado, tenía madera de hombre de provecho; el marqués abrigó la certeza de que se llevaba un robusto plantón, que en Madrid daría ópimos frutos.

Braulio sintió durante algunas semanas el deslumbramiento que le causaron aquellos muebles fastuosos, aquellas colgaduras de terciopelo, aquellos tapices más blandos que el césped de las praderías lugareñas. Pero, poco a poco, fuéronsele posando los nervios y el ce-

rebro, llenándosele de raras alteraciones, las alucinaciones desconcertadoras de tanta cosa insospechada, y rica y bella; y se habituó al palacio y a su contenido, y hasta formuló en su conciencia un juicio favorable para sí mismo, en parangón con el resto de la servidumbre, que, bajo su corteza de urbanidad artificiosa, conservábase más cerril que él y mucho menos honrada que él.

Treinta días llevaba en Madrid el campesino, cuando ocurrió un hecho que había de cambiar bruscamente el rumbo de su vida nueva.

La Nena y su tía regresaron de una excursión veraniega por las más vistosas playas de Europa. La Nena, la hija única de los marqueses de Boedo, entró en el palacio, envuelta en gasas y pieles de suprema elegancia. La servidumbre atisbaba curiosa su llegada; Braulio, con su uniforme galoneado, erguíase en uno de los rellanos de la escalera principal, gozando curioso aquel espectáculo nuevo. Pero cuando la muchacha descubrió la gloria de su cara, bajo la luz radiosa de los arcos, y Braulio vió aquellos ojos anchos y hondos, donde brillaban raros destellos, quedóse aturdido. Jamás había admirado mujer tan elegante y hermosa como aquella.

De allí en adelante, cuando la Nena pasaba cerca de él, aturdíale con su fragancia; cuando la voz de cristal y plata llegaba a sus oídos, temblaba como mimbre en torrente, y de no-

che soñaba con la figura espiritual de la Nena, y de día seguía su rastro como sugestionado.

—Quien se lleve esa joya —decíase él hechizado— será más que hombre.

El no soñaba con tal ventura, pero sí con otra parecida. Alguna vez, pasando por ante la habitación de la marquesa, mientras las doncellas limpiaban, habíase quedado quieto y mudo, clavados sus pies en la tarima y sus ojos en un retrato pequeño, donde la cara de la Nena mostraba toda la fascinadora magia de su cabeza de ángel. El necesitaba aquel retrato; él, que hubiera arriesgado la vida por tenerle, espió la ocasión oportuna, y cuando tuvo la suerte de encontrarla, un día, que al pasar vió la puerta franca y la estancia desierta, entró de un salto prodigioso, agarró el marco de oro, avalorado con maravillosas labores de orfebre, que enmarcaban la figura espléndida de la Nena y, guardándole bajo su chaleco, huyó a todo correr hacia las habitaciones del piso superior.

—Pues yo aseguro a los señores que mis ojos le han visto —decía poco después al matrimonio una de las sirvientes.

—Pero, ¿cómo es posible? —exclamaba la marquesa—. Braulio es honrado. Braulio no es un ladrón.

—¡Quién sabe, quién sabe! —murmuró el noble—. Que lo busquen y me lo traigan.

Y Braulio, desencajado y amarillo, sin luz

en los ojos y razón en el alma, escuchaba un minuto más tarde, confusamente, los apóstrofes del marqués.

—¡Sin vergüenza, ladrón! ¿Qué ibas a hacer con ese marco? Venderle, ¿verdad? Ya sabías tú que era una maravilla; alguno te lo habrá dicho, ¡zoquete!, porque tú no aciertas a distinguir si eso es una obra de arte o un pedazo de metal; un trabajo del siglo XVI, o un marco de "todo a 0,65". Vamos a ver, ¿quién es tu cómplice?

Braulio no hablaba; casi no podía respirar. Le registraron, y de entre el chaleco salió el retrato de la Nena, que guardaba junto a su corazón. La marquesa espiaba, y sus ojos perspicaces y la agudeza de su comprensión de mujer, iban penetrando en aquel misterio sentimental. El marco hallóse tirado entre los trapos viejos de un desvancillo. La señora vió claramente toda la tragedia de aquel espíritu inocente y pueril. El prócer quiso ser generoso.

—Vete a tu pueblo mañana mismo. No quiero entregarte al Juzgado, porque tus padres se morirían de bochorno. Vete, y disculpa tu marcha como puedas.

Poco después, el cuartucho donde Braulio, lloroso, convulso, arreglaba su mísero equipaje, se abrió lentamente, y en el dintel apareció la marquesa; llevaba en la mano un billete de Banco y una lujosa revista de París.

—No te vayas de Madrid, Braulio —le dijo—;

tus padres llevarían con ello un terrible disgusto. Ten este dinero y válete con él hasta que encuentres aquí colocación; y para que entre tanto te distraigas, llévate esta revista, que es muy entretenida... y tiene el retrato de la Nena..., mírala—. Y le mostraba una hoja con el retrato de aquella criatura ideal.

Braulio alzó sus ojos enaguazados, miró la imagen querida, y cogiendo el periódico, sin ocuparse del billete, que no veía, que despreciaba, apretó el papel contra el pecho, mientras decía balbuciente:

—¡Dios se lo pague, señora marquesa; Dios se lo pague!

Tres cartas.

QUERIDISIMA Lucía: Decididamente me voy a Madrid, a pasar los meses de invierno que se acercan. Abomino de estos lugarejos miserables, donde todo es avaricia y grosería, donde no se ve jamás un destello de sentimientos nobles y cariños desinteresados.

Dirás que estoy fuera de quicio, furiosa y agresiva más de la cuenta. Pero, hija mía, con razón, con una razón del tamaño de una casa. He reñido con Isidro definitivamente, y creo que me he librado de un peligro transcendental. En realidad, esto debiera tenerme satisfecha, ¿no? Sin embargo, la causa que ha roto nuestras relaciones me exaspera terriblemente.

Hace una semana vino a nuestro pueblo una muchacha, ni guapa ni fea, ni elegante ni cursi; una señorita gris, a la que no debo envidiar por ninguna cualidad sobresaliente. Detrás de ella llegaron noticias de las riquezas cuantiosas que poseían sus padres, acaudalados ferre-

teros bilbaínos; las chicas de Cantueso, con quien vive la forastera, llenábanse la boca de miles de duros cuando hablaban de su huésped y amiga.

Desde entonces Isidro, el falso, el antipatiquísimo Isidro, que era mi novio casi desde que se soltó a andar, dió en hacer carantoñas a la vizcaína y en sentir decaimientos en sus entusiasmos amatorios, y en bostezar conmigo, y en faltar a nuestros paseos y reuniones, etc.

Tú sabes que esa dolencia la notamos y diagnosticamos nosotras en seguida. Yo quise convencerme; destaqué a Mary, que le sacó del cuerpo una confesión como para ahorcarle. "¡La ferretera debía ser riquísima! Y ahora la vida tenía exigencias que obligaban a ir cautelosamente al matrimonio". Bueno, primero una bronca formidable; después, cambio de retratos y documentos; detrás, un berrinche mayúsculo, y mi propósito antes dicho de marcharme a Madrid.

Y no sigo, porque ya me empieza la corajina, hasta que te cuente cosas de la corte. Recibe muchos besos de tu amiga del alma,

Celsa.

* * *

Queridísima Lucía: Tan malo es Madrid como Villarmentero; tan detestables son los hombres de la villa y corte, como los de la al-

dea más despreciable. Estoy convencida que los hombres son lo peor que queda. Félix, aquel ingeniero industrial con quien me puse en amores, se ha marchado a Barcelona, donde le esperaba una buena colocación; y antes, ha tenido la caballerosidad, la bondad estimabilísima de "desengañarme". Me ha hecho saber "por tablas" que todo ha sido un agradable entretenimiento, sin mayores consecuencias.

No te digo el dolor que me produjo este nuevo desengaño. ¡Ah, los hombres! Los odio, los aborrezco, nunca amaré a ningún otro.

Se acerca la primavera y me vuelvo al pueblo. Allí curaré esta herida con la quietud y la paz del campo. Ya te escribiré con detalles el curso de mi curación. Muchos, muchos besos de tu amiguísima.

Celsa.

* * *

Queridísima Lucía: Aquí me tienes que no sé qué hacer. Isidro, libre ya de la sugestión de su millonaria, que se fué hace tiempo, me mira y remira intencionadamente. Félix, el ingenierito, que está veraneando en un puerto cercano, viene a menudo por esta aldehuela, sólo para pasear mi calle y concurrir a nuestras diversiones. Y en medio de ellos está mi perplejidad. Tan culpable fué uno como otro, tan despreciables son éstos como los demás.

¿Qué haré?... Pues decidirme con el primero que se acerque "de veras". ¡A ver qué remedio! ¿No te parece?

Hasta que te diga con cuál he convenido ir al altar, si por fin cae esa breva, se despide besándote mucho tu mejor amiga,

Celsa.

La novela de la vida.

AIA la tarde, tibia y aromada, con aquella serenidad infinita del campo. En torno a la pequeña gándara donde se asienta el pueblecillo acumúlanse montañas imponentes, ascendiendo en gigantescas laderías hasta el remate medroso de los picachos serranos. Sobre el horizonte que el sol tiñe de grana, dibújanse el sugerente perfil de "La Mujer Muerta", los puntos hirientes de "Siete Picos" y el cono orgulloso y dominador de "La Maliciosa". Sombras y penumbras van surgiendo de vaguadas y barrancos a tomar posesión de las cumbres en nombre de la noche.

Por la llanada discurre despacioso, sin el resorte de un estímulo eficaz, un grupo de veraneantes. La rubia estilizada, con el pelo cenizoso y los manojitos de nervios igualmente alborotados, le dice al novelista:

—Yo quisiera que en la primera novela que escriba usted, ella, la mujer, el personaje más

interesante de la obra, se llamara Pura Victoria.

—La complaceré a usted, Purita.

—Y quisiera que su doncel, apuesto y decidido, ardiendo en amores fundentes y purificados, como un horno vítreo, se llamase Enrique.

—Se llamará Enrique.

—Y quisiera que terminaran logrando la felicidad de su amor, pero después de una lucha tenaz con obstáculos y enemigos que probasen el temple de ambos y los quilates de su afecto, que debe ser como el oro nativo.

Por entre los hombros de entrambos paseantes asoma la cabeza varonil de Enrique, musitando con emoción dulcísima:

—¿Para qué deseas complicaciones de novela? ¡La vida llana y sencilla es tan agradable!

—La vida llana, sencilla, Enrique —exclamó la muchacha—, existe en muy contados casos. Y cuando existe puede empalagar. El paladar de los hombres no gusta de la mermelada; el amargo del Jerez o la Pilsen, el humo del tabaco, las bravuras de la carne son su placer; y esto la ocurre al alma con los manjares espirituales.

—¡Bah, novelerías!

Pasaba el grupo frente a unos hotelitos que festoneaban aquel trozo de carretera. En tal momento abrióse el balcón principal de uno de ellos y bajo su dintel se recortó la figura

magra y huesuda de una señora de edad provecta, con la cabeza torda y los ojos menudos fulgidores. Una expresión de ira indominable torció las facciones agrias de aquel rostro huraño y brotó rasgada y violenta su voz.

—¡Enrique!... ¡Enrique!... Ven ahora mismo.

—¡Pero mamá!...

—¡Te digo que vengas sin demora!

El muchacho, con las amapolas del rubor en las mejillas, baja la frente y corto el paso, se hundió en las sombras del portalón.

El novelista miró a la rubia, sobre cuya frente había corrido el sufrimiento sus gasas anubarradas.

—¡Ea, Purita! —dijo—, ya ha comenzado la novela. Enrique y Pura Victoria acaban de tropezar con el primer obstáculo.

—Un obstáculo muy serio.

—¿No era eso lo que usted quería?

—¡Ay, amigo mío! Yo lo quería para novela... para realidad prefiero lo que Enrique deseaba.

—Es que la vida, querámoslo o no, es una novela.

CÓMICOS

En busca de un lector.

ON la ropica dominguera hizo Sindo su entrada en la ciudad, dejando la huerta defendida por los viejos colmillos de Canelo. Culebreando por vías tortuosas, que espacio economizaban, encaminóse a la notaría de D. Bartolomé, y así le dijo cuando en su presencia estuvo:

—Güenos mos dé Dios, siñor Bartolomé.

—Hola, maño. ¿Qué te trae por aquí?

—Naa; que vinía al tanto de ver si me acababa lo de la herencia.

—¡Ah, sí, hombre! Eso es cuestión de días. En cuanto me traigas los documentos te lo despacho.

—¿Qué decumentos son?

—Pues, mira: tu fe de nacimiento y la de tus hermanos; la de fallecimiento de tu madre y la de matrimonio de tus padres, y, por último, una certificación de registro de últimas voluntades.

—Anda, anda; ¡pos no ha soltao usté poco pa

que yo malcuerde! ¿No me lo podría usté dar en un papelico?

—Pero hombre, si hoy es domingo; no tengo en casa ningún escribiente, y además he de oir misa, y...

—Vamos, siñor Bartolomé, que con una mijica que usté se agache en el pupitrejo ese me lo apaña. Que me corre mucha prisica, siñor Bartolomé; porque sabrá usté que me voy a casar, y tan y mientras no haiga papeles arreglaos no hay voluntades en la suegra.

Fruncía la cara el notario con muy singular disgusto, por estar más hecho a dictados que a escrituras, y se le comía con los ojos el baturro, mientras daba forzudos urgones a la faja que le cubría el pecho, vientre y muslos, con su trama de carminoso estambre.

—¡Ea, siñor Bartolomé! —dijo en última acometida el matraco—. Ya le traeré una cesta'ada de melocotones como la mesma almíbar...

Debió ser decisivo el argumento, pues el notario, sin abandonar el gesto agrio del contrariado, sentóse a su mesa y emborronó a buen galopar de pluma una blanca cuartilla, que secó y entregó a Sindo, mientras suavemente le empujaba hacia la puerta.

Fuése más contento que premiado en rifa, y a trote de jamelgo púsose en la huerta, ansioso de leer y cumplir en su memoria lo que el notario escribió. Mas llegó a ello y padeció el rabioso dolor de correr sus ojos inquisidores, una y

cien veces, por las líneas tuertas y las palabras a medio hacer, y las letras comidas de su autor, y el perlático pulso del escribano, sin que lograr pudiera, tras de tan intensivo trabajo, descifrar ni una sola de las desdibujadas frases. Y así hubo de vestirse el alma con toda la paciencia que a mano halló, y esperar quién fuese harto sabio y talentudo para descifrar aquellos raros signos de cabalística escritura.

Por el camino real, distante unos cien metros del bohío que cobija al encorajinado Sindo, cruzó el correo peatón del vecino lugar, y cuando los ojos del muchacho le columbraron, salióse de entre las parras del sombrajo, y gritóle:

—¡Tasiooo!... ¡Tasiooo!...

—¡No tienes cartaaaa!... —voceaba el aludido, moviendo en signo de negación su levantada mano.

—¡Que vengas!...

—¡Que no hay na pa tiii!...

Temió Sindo que se le escapara, y, para evitarlo, ocurriósele un mañoso artificio. Entró en la choza, sacó un jarro de vino, y, alzándole sobre la cabeza, volvió a gritar:

—¡Tasiooo!...

—¡Allá voy!... —contestó.

Mientras el cartero deglutía el caldo rojo, con gorgoriteos de sediento, díjole el muchacho:

—Mia, a ver, chiquio, tú que entiendes de tantas letras. Léeme esta esquelica.

Frotóse los labios con la manga, cogió el papel entre las manos, y con orgulloso aire de suficiencia, lo levantó pausado y despacioso hasta sus ojillos menudos. Y se los escarbó con los dedazos cochambrosos, y tosió y escupió dos veces, y a vueltas de dárselas al papel, terminó por decir:

—¿Sabes, maño, que no es pa deprisica? Ridiéz con el tío que ha escrito esto. Si paice un secante usao, el papelico. Ta apuesto a que como no sea el señor Antón, el secretario de Ayuntamiento, no hay otro en tos los contornos que dé con lo que ice la esquela.

Metió el jarro en la choza Sindo, más amoscado que burro con tábanos de Agosto, y cogiendo la vara de fresno, echóse a andar por las veredas de la huerta, diciendo:

—Arre pal pueblo, Tasio, a ver si el siñor Antón me sale por las mesmas, y me alcuerdo del siñor Bartolomé pa las malas.

—Anda, anda... ¿El siñor Antón? ¡Pos sí que has dicho tú!... ¡El siñor Antón!

Ante él se plantaba Sindo una hora después, con acento de ruego, diciéndole:

—Siñor Antón. Aquí vengo a usté sobre el notario de la ciudá, y esta esquelica, que me trae más loco que mala hembra.

—¡Qué bruto eres, Sindo! Con que sobre el notario, ¿eh? Bueno, y ¿qué es ello?

—Que no atino con lo que ma escrito aquí el siñor Bartolomé sobre mi hijuela.

La figura obesa, reluciente y pringosa del señor Antón, que parecía un tonel de grasa lubrificante, irguióse sobre el asiento de pleita, y adoptando el más despreciativo gesto, contestó:

—¿Con que no sabes lo que dice? Es decir, que no sabes leer. ¡Animales! ¡Así anda España! Entre analfabetos y alcornoques. Si fuera yo que el Gobernador, ahora mismo te metía en la cárcel y te mandaba dar una paliza por bestia.

Mordióse los labios el matraco, y a no haberle venido a las mientes su Toña, frescachona y suculenta, en trazas de acuciadora para que, con velocidades de tren, diese cumplimiento a todos los requisitos que entorpecían su anhelada unión, mal habría parado la cantinela injuriosa del señor secretario, que, como primero y gustoso plato, solía servir a sus convecinos, antes de alargarles el favor que le demandaban.

—Trae, trae el papel, borrico —ordenó, mientras sacaba las gafas de la acartonada funda.

Calóse sus anteojos, cogió el papel con entrambas manos, y lo alejó en traza de présbite.

—Abre un poco aquella hoja de la venta-

na..., así. Cierra la otra..., más... ¡Pues sí que tiene bemoles la letrita!

Daba mil vueltas al manuscrito entre las manos, si bien no tantas como la ira en las entrañas de Sindo, que tras de soportar los feos motes que al comienzo hubo de regalarle el secretario, veíase una vez más con el dichoso escrito indescifrable, trotando por senderos y callejas.

—Mira, Sindo —agregó con más humanizado tono el consultado—. Esto es letra de médico, vete a la botica y dile a D. Romualdo que te la descifre, y como ese no lo haga, date por vencido, y toma el portante para la ciudad.

Sin saludar, salióse el maño, y con sus asendereados huesos dió en la farmacia del pueblo.

—¿Qué te trae, muchacho? —preguntó el boticario, seco y pergaminoso, con cara de pipa de tabaco muy usada.

—Eso traigo —dijo malhumorado Sindo, y sin ganas de explicaciones—; que lo lea usté, si pué ser.

—Siéntate, hombre, siéntate. Parece que vienes cansado y de mal talante. Espera un poco, reposando.

Entróse con el papel en la rebotica y quedó el baturro impaciente y forano, en espera de la última consulta. Mas íbanse los minutos con las últimas ganas de sufrir que a Sindo le quedaban, y cuando pasado ya un buen cuarto de hora se disponía a dar cuatro voces recias,

vertiendo todas las irritaciones acumuladas, vió llegar al farmacéutico que agitaba fuertemente el líquido de una botella.

—Mira, mañico —díjole—. Que tome esto en dos veces, ¿eh?, y si no se cura, vuelves por más medicina con la misma receta.

Y le alargaba botella y cuartilla notarial al asustado mozo, que oía y veía, más mudo y paralítico que la estatua en mármol "El Asombro", en un museo de escultura.

La renta del marqués.

ANOCHECIA. Desde el soberbio mirador del Viaducto, las luces desparramadas por el bajo Madrid parecían estrellas de un cielo reflejado en un lago brumoso. Luis se dirigía desde San Francisco por la calle de Bailén a la Puerta del Sol. Su andar petulante y jándalo de hombre joven y vigoroso, rezumando una optimista alacridad en sus gestos, acaparaba las miradas de los transeuntes. El bien plantado mozo iba pensando:

—Ahora a comer a Bellas Artes, luego a Eslava y después a dormir. Mañana a pagar la renta al marqués, a comprar las cosillas para la gente de casa y al pueblo.

Luis era un buen muchacho, hijo de un rico pelantrín de Prados Altos, que cultivaba en arrendamiento una dehesa del marqués, del de Alcor. Todos los años enviábale su padre a Madrid con las 5.000 pesetas de renta para el marqués y un piquillo más para la lista interminable de encargos que la madre y las her-

manas del viajero encomendaban a su buen gusto y mejor ocasión.

Esponjándose de gozo y saturándose de ambiente madrileño, desembocó el pueblerino en el Viaducto, espaciando su mirada, hecha a grandes horizontes, por el panorama pintoresco del río y los robledales del Pardo. De pronto cruzó aceleradamente ante él, a cuatro o cinco metros de distancia, un bulto negro, ágil, oscilante, nerviosísimo; una mujer hermosa, de poca edad, que se lanzó con violencia a los hierros de la balaustrada del Viaducto para escalarla y matarse contra las losas de la calle de Segovia. Luis saltó como un tigre, agarró a la suicida y la retuvo sobre el puente. Lloraba ella hiposa, se retorcía en filo de ataque histérico. Luis la sujetó formidablemente, prodigándola palabras de consuelo, hondamente sentidas. ¡Era tan joven! ¡Era tan bonita! Sus veinte años encantadores no tenían derecho a buscar la muerte, aquella muerte tan horrible.

Llegó la gente; se acercó un guardia. La muchacha, que vestía su cuerpo venusino en un raído chal negro, serenó su congoja, pidió mil perdones con palabras entrecortadas y huyó llena de vergüenza, escabulléndose por entre coches y viandantes.

Luis continuó su marcha profundamente preocupado.

—¡Qué tragedias más horrorosas —murmu-

raba— guarda este Madrid en su cárcel dorada y elegante! ¡Qué horrendo drama encerrará en su espíritu niño esa chiquilla tan desgraciada! Amores o hambres, desesperanzas o dolores, algo amarguísimo que se hunde hasta el fondo de las entrañas. ¡Pobrecilla, pobrecilla!

Y contento de sí mismo y dolido de aquel mal misterioso, cuyo fruto abominable había hecho abortar él, siguió por la calle Mayor, arreglando el desorden de su ropa, que las crispaciones de la muchacha habían desabrochado y retorcido.

Poco después sentábase ante la mesa acogedora y adornada, esperando unos platos golosos. Mientras llegaba cogió un diario de la noche, pasó la vista por sus planas recientes y la detuvo instintivamente en esta gacetilla:

Timadora habilísima.—La policía viene persiguiendo a una hermosa muchacha que, fingiendo ataques nerviosos por distintas causas, se lleva la cartera de quienes la socorren...

Luis palpó el bolsillo interior de su chaqueta y notó que había desaparecido su cartera con las 5.000 pesetas de la renta del marqués. Estuvo a punto de gritar; se marchó sin comer, se refugió en su cuarto, atontado, encogido, próximo al desmayo, remordiendo pálido y tembloroso la misma frase:

—¡Quién lo había de pensar, tan joven, tan bonita, tan desgraciada!

Un buen negocio.

OH, el avaro, el insaciable! En aquella peña de muchachos, jóvenes, estudiantes, cadetes, empleados, veíase con malos ojos el afán desmedido de ganancias, el ansia de tomar parte en cuantos negocios columbraba, lo cual constituía la característica espiritual de Mateo, uno de los contables de la casa "Vives y Compañía, exportadores de legumbres y lanas del país".

Los tertulianos alegres, dicharacheros, despreocupadísimos murmuraban con frecuencia de esta viciosa condición de su compañero, y en el ánimo de todos bullía insano el deseo de embromarle pesadamente, cuando llegara una buena ocasión.

Una tarde gris, plomiza, entoldada de nubarrones negros que se apretaban contra tejados y paredes, congregáronse en el viejo café todos los habituales consumidores. Mateo, abstraído, huía de la conversación general, sacaba de cuando en cuando un lapicero, escribía

unos números sobre el mármol, sumaba, multiplicaba, dividía, y con el lápiz entre los dientes y la mirada en el techo, hundíase luego en sabe Dios qué planes embrollados, por cuyo camino debía irse hasta el millar adorable.

Luisito Rivas, el inquieto estudiante de Medicina, hijo del opulento dueño del "Bazar Universal", sintió en el alma el escarabajeo de un propósito burlón.

Caía el agua a torrentes, con tenacidad incansable, con violencia aterradora. Luis notó que Mateo había llegado al café sin impermeable, mientras él tenía el suyo muy cumplido. Lentamente, taimadamente, se acercó al contador, y le dijo al oído:

—Tengo que hablarte; hay un asunto estupendísimo.

A Mateo se le encendieron los ojos. Se levantó con disimulo y cogiendo a Rivas por un brazo llevósele a una mesa cercana.

—¿Qué es ello?

—¡Chico, un negocio como para hincharse!

—¿De tu padre?

—Naturalmente.

—¿Y podré entrar yo?

—Ya le he hablado y me ha dicho que sí; que te explique bien la cosa, y si te gusta, que cuentes con unas acciones y un buen puesto.

—Habla... habla...

—No, aquí no; hay muchos oídos alrededor,

y ya ves, si alguien lo pesca y es listo nos quedamos sin ello.

—Sí, es verdad. ¿Dónde iríamos!

—Pues a la calle, es lo mejor.

—¡Pero está lloviendo a cántaros!

—¿Y qué importa? Cuando se trata de negocios no hay que temer nada.

—Es que no he traído impermeable.

—¡Bah, pues no te atarugas tú pronto!

—No, hombre, no. Si quieres vamos a la calle.

Luisito se encapotó bien bajo su magnífica "trinchera", bajó las alas de su sombrero de fieltro y se lanzó a la Gran Vía seguido de Mateo. El agua caía encima de ellos con volumen de catarata; en pocos momentos, el abrigo del contable estaba completamente calado. Rivas, despacioso y como preocupado, comenzó a hablar con lenta preparación, dando grandes rodeos para exponer cada idea.

—Porque te advierto —decía—, que hay más capital del que hace falta, pero los amigos son los amigos, y en mi casa se te aprecia de veras, porque mi padre no olvida nunca lo que tu padre le quiso.

Y aquí hizo relación minuciosa de la vieja amistad y se extendió en alabanzas inacabables. Y mientras tanto, el agua caía con mayor violencia, y Mateo se impacientaba, se desesperaba con la calma de Luis.

—Vamos, deja eso ya, hombre —decía—. Venga lo del negocio.

Y Rivas entró a hablar de negocios. De nuevo se enredó en una prolija disquisición sobre los negocios y la conveniencia de mirarlos y remirarlos antes de meter en ellos dinero y nombre. Mateo sentía correr el agua por las espaldas, por los muslos; le chapoteaban los pies dentro de los zapatos. Muchas veces dijo a su amigo al pasar junto a un café o ante un portal:

—Vamos a meternos aquí un poco.

—¡Quita allá, hombre! ¡Parece mentira que te asuste el agua cuando se trata de negocios tan importantes como éste!

Y seguían calle arriba o calle abajo entre la furia creciente del chubasco. Por fin, Mateo se paró definitivamente, diciendo:

—O me explicas el negocio de una vez o cojo el primer tranvía que pase.

—Allá voy, hombre, allá voy. El negocio es muy sencillo y de una ganancia bárbara, desconocida; días como éste, tardes como la de hoy, llenarán de oro la Caja social. Figúrate: se trata de arrendar muchos solares en Madrid, recoger el agua que en ellos caiga y venderla embotellada a mitad del precio que hoy tiene... "el Agua de Solares".

Dijo, y echó a correr con toda su alma para coger un "auto", porque Mateo quería matarle. Si hubiera tenido un revólver le pega un tiro.

Un carácter.

CUANDO yo le conocí, era droguero en una importante capital de provincia y disfrutaba un amable buen humor y una desmedida gordura que marcaba más de 100 kilos en la balanza de su establecimiento. Teníanle todos en la ciudad por maniático; aquel afán de dominarse a sí mismo tozudamente, inexorablemente, habíale hecho cometer faltas y caer en pifias muy lamentables.

Era corriente en él echar a suertes su salida de la tienda o su reclusión en la droguería la víspera de las ferias de la población, únicos días de toros; únicos días de representaciones teatrales de verdadero mérito, únicos días de jolgorio y distracción, para los que después pasábanse todo el año trabajando y aburriéndose.

—Vamos a ver qué tal ha de irte esta semana —se decía—. ¿Tú qué pides? ¿Cara?, pues

yo cruz—. Y si salía cruz, ni toros, ni teatros, ni bailes, ni paseos, ni banquetes, ni nada que significase festejos de feria o placer por su causa disfrutado.

Un día le dijeron sus amigos:

—¡Bah! ¡Vencerse a sí mismo, no es gran cosa! Lo meritorio, lo imposible es triunfar sobre una mujer.

Se exaltó, se puso rojo primero y cetrino después; habló con voz ronca y tremulosa, temblándole la sotabarba desbordada y balanceando medrosamente su vientre monstruoso.

—Mañana buscaré una mujer..., una mujer fea, insignificante, para que no se regodee el asno, y lo más pronto que sea posible me casaré con ella, y desde el primer momento dedicaré mis energías a dominarla... ¡Una mujer! ¿Pero no soy yo más rebelde, más difícil, más poderoso que una mujer? ¡Y me he vencido! —sonreía lleno de satisfacción de jocunda alegría.

Y se casó, en efecto, rápidamente con una mujer pequeña, minúscula, que se hallaba a su lado como a la sombra de un torreón, y que sumisa y esclava, dábale con ello mayor satisfacción que la que hubiera tenido exhibiendo por las calles de la capital una soberana hermosura.

En las ferias de aquel año, una revista cómica hecha con ingenio y mantenida con dinero abundante, preparó a bombo y platillo la

celebración de un raro concurso. Se premiaría con una soberbia alcoba elegida por el premiado entre todas las de la mueblería más importante de la población, al marido que acreditara suficientemente que era él y no su esposa quien mandaba en su casa. No cupo duda alguna a todos los convecinos del famoso droguero que éste sería el agraciado con el premio, y él por su parte lo gritó así en todos los tonos.

—¿Quién manda en mi casa?— Y una carcajada convulsiva, a cuyo compás subíanle y le bajaban los intestinos inmensos, contestaba a su propia pregunta.

Este matrimonio se personó ante el jurado y todos los concursantes le hicieron lugar, cediéndole el primer puesto por convicción irrefrenable. El tribunal no quiso ni comenzar las indagaciones exigidas, ¡para qué! Conocíanle todos a él, tan dueño de sí mismo, y a ella tan apocadita, tan desmedrada.

—¿Es cierto, señora?... —dijo por fórmula uno de los jueces. Pero el droguero no le dejó concluir.

—¿Aun hay quien duda?... —Y la dió un codazo ordenándola: —Habla tú.

—En mi casa y en mí sólo manda éste.

—Bien, bien; así es y todos lo sabemos. El jurado adjudica a su marido el premio ofrecido. Pasen ustedes a ese salón, en donde hay varios juegos de alcobas, para que elijan el

que mejor les parezca—. Y pasaron seguidos del jurado y de gran número de curiosos. Preciosos armarios de luna, ricos tocadores coquetas, mesitas auxiliares, fabricadas con arte y buen gusto se exhibían en la estancia; pero culminando sobre tales objetos llamaban la atención las camas; seis camas de matrimonio bellísimas, seis tipos completamente distintos. El droguero miró y remiró goloso cada una de ellas y por fin se decidió por una linda joya de arte, estilo Luis XV, fina, delicada, sutil, encaje de caoba, bronce y cristal, lecho de rosas para un hada. Ella se acercó a él, y en tono tenue, susurrante, llena de temor y mansedumbre, dijo a su esposo:

—Pero ésta la rompes la primera noche... ¡Con tu peso, hombre, con tu peso!... Aquella otra es mucho más fuerte y es tan bonita como ésta.

—Eso es verdad, tiene razón. Elijo aquella.

—Ni aquella, ni ninguna —contestó el presidente del jurado—. Quien manda en casa de usted es su mujer.

Y el concurso se declaró desierto.

La compra del palacio.

RAMONA y Pascual son los árbitros de la villa, sus tiranuelos omnipotentes. El es almacenista de todo lo que hay que comprar para vestir o comer; ella prestamista usuraria, con tan sutiles combinaciones que hubieran sorprendido al más experimentado notario, al abogado más sagaz. Pascual y Ramona tenían sus casas de adobes en la misma calle y frente a frente. Desde las ventanas de la tienda de Pascual veíase lo que había dentro de las del escritorio de Ramona. Se trataban uno a otro con extraña cortesía, que no guardaban a los demás; temíanse y admirábanse al mismo tiempo. Pascual, casi siempre con barbas de ocho días y una pelambrera hirsuta, densa, negrísima, que le llegaba hasta la barda de las cejas, vestía blusón azul a cuadros y pantalones de pana. Ramona, un desteñido hábito del Carmen, donde las manchas se disimulaban mejor; Ramona, arrugadita y seca, parecía hecha de cartón trabajado con engrudo.

Con la prestamista vivía una sobrinilla descolorida, deslavada, pelirroja, sin sustancia ni meollo, sin energías, sin nervios. Con el tendero habitaba un sobrino cazurro y ladino, hermético e intencionado; era el tal flacucho y desmarrido, que sólo para el escritorio servía, pues el peso de un saco, de una corambre o de un fardo le agobiaba.

Pascual y Ramona habíanse ya apoderado de todos los dineros del villorrio, e iban a buen paso haciendo suyas las propiedades del mismo: tierras, casas, huertas... Ya lindaban en todos los pagos las fincas de Ramona con las fincas de Pascual. Pero se hallaba en venta un palacio, que era el anhelo, el ansia de entrambos avariciosos convecinos. La familia de Hernández Montero, cuyo levantado linaje había tenido allí su más caudaloso afincamiento, fué liquidando aquella rica hijuela de sus mayores, apremiada por unas necesidades a las que no abastecía la holganza nobiliaria de los aristocráticos herederos, vivos en la actualidad. En aquellos momentos, lo último que poseían salió al "poste", en la plaza Mayor; es decir, se anunció en venta, clavando en una de las vigas que servían de columnas a la casa del Concejo el escrito convocando subasta judicial. Claro es que, no siendo Pascual o Ramona, no había nadie que pudiese intentar esa operación. El pueblo esperaba impaciente y curioso la lucha de los dos ricos tacaños, a cual más encapri-

chados con aquel caserón enorme, de volado balconaje, aleros salientes y una preciosa puerta ojival, flanqueada por dos columnas de granito. Dentro, los salones eran inmensos, los muebles riquísimos, y a la parte posterior, la huerta y el jardín tenían el encanto de una propiedad regia.

Pascual y Ramona se vieron desde sus ventanas, se saludaron sonriéndose, y con dos guiños y cuatro gestos enigmáticos se entendieron mejor que por cable. Aquella noche, cuando todo el pueblo dormía, cuando el sobrino de Pascual y la sobrina de Ramona dormían, Ramona y Pascual conversaban animadamente y secretamente en el escritorio de la prestamista.

—Puesto que ni uno ni otro queremos quedarnos sin el palacio —decía Ramona, resumiendo una larga conversación—, hay un medio para que no riñamos, ni hagamos el tonto, pujando la venta más de lo que se debe.

—Tú dirás —contestaba el de ultramarinos.

—Tú estás en buena edad, Pascual, has de vivir aún muchos años. A ti te conviene casarte.

—¿Y eso qué tiene que ver?...

—Calla. Mi sobrina es una alhaja; es tonta de la cabeza, te permitirá hacer lo que quieras toda tu vida. Cásate con ella, Pascual. Yo te dejo el campo libre y puedes comprar el palacio en la cuarta parte de lo que vale; pero con dos condiciones: que te hayas amonestado

antes con mi sobrina y que la mandes en dote la casona de los Hernández Montero.

Pascual rascóse muchas veces la cabeza, tosió, escupió, se limpió las narices y, al final de toda aquella preparación ruidosa, dijo:

—Bueno. No está mal. La chiquilla es de aprecio. Por mí, conforme. Pero, ¿y ella?

—Ella no hace más que lo que yo diga.

—¿Eso no ocurrirá luego también?

—Luego tú verás; que buenas varas vendes en tu tienda.

La subasta del inmueble quedó desierta. Los vendedores acudieron a Pascual y a Ramona, por medio del administrador. Pascual ofreció diez mil duros. El palacio valía mucho más de veinte mil. Ramona quiso que Pascual subiera su ofrecimiento, pero el tendero dijo que primero dejaba la compra y la boda. Ramona discurrió una de sus famosas trampas. Fué al administrador de los Hernández Montero y le ofreció ponerle en la mano diez mil duros de ella para que cedieran el palacio a Pascual por los diez mil ofrecidos, y esto antes del día de la venta. El administrador aceptó, y el tendero supo que se accedía a su oferta de compra. Se fijó para unos días más tarde la fecha de la escritura y pago. Ramona exigió que antes se leyeran las tres amonestaciones de Pascual y su sobrina. Verificóse así, ante el asombro de todo el vecindario. Ramona entregó al administrador cincuenta mil pesetas. Y quedóse esperan-

do la escritura dotal y la boda. Después, en su sobrina y en el palacio mandaría ella. La venta de la casona se llevó a cabo entre el administrador y el tendero, como estaba convenido.

Pero Pascual no podía dormir, pensando en aquellos sucesos. El había hecho un negocio redondo comprando el palacio, pero si se casaba todo el negocio pasaba a su mujer, y esto le parecía bastante mal negocio. Además, meter a Ramona en su casa creíalo muy peligroso. Lo mejor era dejar las cosas como estaban. El, dueño de un palacio de veinticinco mil duros, a costa de diez mil, y la sobrina con la tía, y Dios con todos. Y así lo hizo, y a punto estuvo de perder la piel y la cara entre las uñas de Ramona, que cayó accidentada y se puso a morir bajo la terrible impresión de aquel chasco tan formidable, sin sus diez mil duros, sin palacio, sin mangoneo en el almacén. Hubo que administrarla, se preparó todo lo necesario para muerte y enterramiento. Pascual, demacrado y tembloroso, temía algo inesperado, algo horrible, su propia muerte quizás.

Y entre tanto, los dos sobrinos echaban cuentas a solas, durante las altas horas de la noche, por la ventana de la pelirroja, calculando lo que vendrían a heredar cuando se casasen ellos y murieran los tíos.

Dificultades del contrabando.

VENIAMOS de París, donde hubimos de pasar tres días que fueron tres minutos inolvidables. Aquella fugaz visita era el remate delicioso de nuestro veraneo en San Sebastián. Luis, Antón y yo, como todos, como cuantos españoles entran y salen por cualquiera de los pasos de nuestra frontera, traíamos distintos objetos, que nos proponíamos meter de contrabando. Luis conducía un cargamento de cigarros puros de exquisita marca, a lo largo de sus ropas, desde el sombrero hasta los calcetines; Antonio había llenado todos sus huecos con telas preciosas para las mujeres de su casa, y yo traía puestos, uno encima de otro, dos gabanes de pieles, que en aquellos días de Agosto hacían sudar con sólo mirarlos.

En el trayecto pegamos la hebra y trabamos amistad con otros dos españoles, que asimismo volvían de París en nuestro coche; una señora madrileña, doña María de Atocha, de edad madura, gruesa, con buen humor y brillante ingenio, y un caballero donostiarra, modelo de bondad y simpatía.

Como es natural, se habló de todo, y entre ello, de la pequeña jugarreta que preparábamos a los aduaneros de nuestra nación. Yo, que iba a sudar pez en pleno estío, bajo el horno de dos abrigos forrados de nutria, me atreví a rogar al guipuzcoano, con quien habíamos hecho tan buenas migas, que me prestara el señalado favor de pasar la frontera enfundado en uno de mis gabanes, a lo cual, sonriente y amabilísimo, accedió. Por su parte Antonio disponíase a dar conversación franca, amable y caudalosa al vista de Aduanas que más cerca le cayera, y a merced de aquella "coba" pasar su carga. Y, en fin, Luis pensaba adoptar el aire serio, importante e impertinente, del señor de campanillas, que no desciende a la pequeña miseria de un contrabando cicatero, ni se presta tampoco a que le manoseen sin causa justa.

Y llegaron los momentos solemnes, y mientras registraban nuestras maletas, Antonio, de gran charla con un carabinero de formidables bigotes, decíale, después de haberle contado mil travesuras de París, y de haberle guiñado el ojo varias veces, y de haberle dado algún

que otro floretazo con el dedo índice en el epigastrio voluminoso:

—Por supuesto, que pasará cada punto con matute entre la ropa..., y ustedes, claro, en la higuera.

—No lo crea usted —le contestó el del fusil—. A esos se les conoce siempre en la cara.

En cuanto Antonio oyó esto "subiósele el pavo" hasta la raíz del pelo, y su interlocutor, sin apresurarse, ni mudar de tono, ni dar importancia a lo que veía, continuó:

—Usted, por ejemplo. Usted trae... bueno, lo que sea; déjelo allí, en aquel rincón, y váyase.

—Sí, señor —contestó mi amigo—; y si vuelvo a París y me da la idea de meter algo sin pagar aduana, me guardaré muy bien de hablar con ningún carabinero—. Y vació sus preciosas telas, dejándose entre ellas las de sus entrañas.

El caso de Luis fué más trágico aún, tal vez más cómico; ya que, mientras paseaba con gesto prócer, separándose de la repugnante hediondez de aquellos registros, acercóse a él, decidido y certero, un empleado de la Aduana, diciéndole mientras le palpaba la forrada caja del pecho:

—Haga el favor de entregar todo ese tabaco que oculta usted tan cuidadosamente.

Un rayo, cayendo a sus pies, no le hubiera

producido el pasmo que aquella orden hubo de causarle.

—¡Cielos! —pensaba—. ¿Pero estos carabineros ven a través de los cuerpos opacos, o tienen relaciones con los espíritus puros?

Yo fuí el único favorecido por la suerte. Cuando íbamos a montar en nuestro tren de regreso, el amigo que se había abrigado con mis pieles me entregó el gabán con un suspiro de satisfacción y un sacudimiento de perro de aguas. Le agradecí vivamente su obsequio y ayuda y le entregué mi tarjeta, rogándole que mandase en mí como en su mejor amigo. El me alargó la suya, que yo tomé en el tren ya, y guardé rápido en mi cartera.

Y continuó nuestro viaje ferroviario, mohinos y cariacontecidos mis dos compañeros, sonriendo burlonamente la madrileña, y yo lleno de satisfacción. Me ocurrió entonces mirar la tarjeta del compañero y cómplice del delito de contrabando, y tal asombro reflejé al leerla, que Antonio me preguntó curioso:

—¿Qué pasa? ¿Qué dice ahí?

—¿Aquí? Pues dice: Arcadio Oyarzabal y Salaverria, jefe de la Aduana de... ¡Aquella!

Nos miramos con susto; y después floreció en los labios de todos un elogio al gentil caballero de Donostia. Y aún paladeábamos la noble generosidad de aquel amigo, cuando doña María de Atocha, encarándose con Luis, le preguntó rotundamente:

—¿Cuántos cigarros le han quitado a usted?

Vaciló mi amigo.

—Diga, diga —insistió ella.

—Pues, unos trescientos.

—¿De qué marca?

—De varias marcas. Mire, aquí tengo la nota de ellos —y extrajo de su billetero una facturita de París.

—Bien, pues en llegando a Madrid, le enviaré el doble número de cigarros de estas mismas clases.

—¡Señora, no me lo explico!...

—Ahora se lo explicaré. Para salvarme yo, denuncié en la Aduana los tabacos que usted pensaba meter de contrabando, añadiendo a la denuncia palabras muy duras de condenación para quienes así faltan a sus deberes patrios. He debido de inspirar confianza, porque nadie se metió conmigo; por el contrario, me agasajaron con amables conceptos.

—Pero, ¿usted qué metía?

—Pues yo, más de doscientos metros de finísimos encajes legítimos de Malinas, Valenciennes y D'Aleson, que valen un dineral y cuestan de derechos arancelarios una fortuna. Ahora, perdóneme usted. Yo le aseguro que fumará mucho más de lo que pensaba —y añadió con coquetería—: Como le aseguro también que yo no soy tan gorda como parezco.

—Pero, señora, ¿por qué no denunció usted a éste?

—¡Bah, qué más da! Además, los cigarros pueden comprarse iguales, las telas no.

Y comentaba Luis:

—No vuelvo a hablar con nadie cuando traiga matute. Para estas cosas, solo y de noche.

El catedrático de alemán.

VIVIAMOS en Colonia con desahogo, casi con lujo. Mi padre, que era madrileño, ganaba mucho dinero con sus lecciones de español a los hijos de los comerciantes acaudalados, que tenían intereses de importancia en las repúblicas centro y sudamericanas. Además, mi madre contaba con algunos bienes en la ciudad: dos casas, unos pequeños solares y algunas hectáreas de terreno en las afueras. Vivíamos, pues, sin privaciones y contentos, en aquel ambiente tranquilo, lleno de la majestad serena del trabajo.

Mis padres habíanse casado en la Corte de España, cuando mi abuelo materno desempeñaba un cargo de importancia en la embajada alemana de Madrid. Yo nací en la calle Jacometrezo, en una casa que ya no existe; pero desde los dos años de edad no había vuelto a ver a mi Patria, ni había salido de la vieja ciudad teutona, donde mi madre naciera. Mis cos-

tumbres, mis gustos, mi lenguaje, alemanes fueron totalmente. El castellano y el francés enseñábamelos mi padre como a un alumno más, poniendo singular empeño en que dominase el idioma de mi nación, pero dándose cuenta de lo difícil y complicada que es la lengua de Cervantes.

Yo era hijo único y seguía siendo oficialmente, legalmente español. Mi padre, que lejos de su país le amaba doblemente, alabándole tanto como le denigrara cuando en él vivía, no quiso que perdiera mi nacionalidad, y español seguí siendo en Colonia, aunque todo yo me sentía germano.

Pero hubo un momento en que me di cuenta de que aquella entelequia de mi nacionalidad era algo positivo, real, eficiente. Un día me dijo mi padre:

—Tienes que ir a prestar servicio en el Ejército de España. Eres mozo del actual reemplazo. El mes que viene te marchas a Madrid y te incorporas. Durante los años que dure tu servicio en filas vivirás con tía Rosario, mi hermana, que ya te espera.

A mi madre y a mí nos cogió de sorpresa este plan, porque nada nos había dicho acerca de él. Mi padre no era ya el español impulsivo y derrochador de sus sensaciones y pensamientos, sino el alemán cachazudo, metódico, silencioso.

—No importa, no importa —me aconsejaba

mi madre, con aquel afán de exportación que llevan en la médula los compatriotas de Bismark—, así aprenderás bien el castellano y conocerás España íntimamente. Mira, lo que puedes hacer es cursar allí los estudios elementales; lo que llaman ellos el "bachillerato".

Tenían razón mis progenitores. Después de pasar tres o cuatro años en España, fácil me era conseguir una colocación envidiable en Hamburgo, en Berlín o en las grandes casas alemanas establecidas en la América española.

No estoy descontento. Cuando esto escribo, llevo ya tres años en la bella tierra ibérica, toda luz y pasión, alegría y pobreza. Voy a concluir muy pronto mis obligaciones militares y de bachiller. Hoy mismo acabo de obtener un sobresaliente, logrado en circunstancias curiosas.

En el curso de lenguas vivas dábannos a escoger entre el inglés y el alemán. Naturalmente, me matriculé en alemán. Debo advertir que yo hago mis estudios por enseñanza libre y no conozco a los catedráticos hasta el día del examen.

Hoy hube de examinarme de alemán. El profesor de esta asignatura estaba maravillado del conocimiento perfecto de la gramática alemana demostrado por mí, y mucho más de mis excursiones, durante el examen, al campo

de la literatura germana. Cuando terminé díjome solemne y emocionado:

—Sr. González, estoy satisfechísimo de su examen de usted; jamás tuve un alumno que dominara tan a fondo esta materia dificilísima. Es usted el orgullo de nuestro Instituto... ¡Lástima que sabiendo tanto de este hermoso lenguaje, le pronuncie usted tan mal!

De la vieja política.

IENTESE, amigo Suárez, siéntese; tenemos que hablar de cosas interesantes —y luego llamando al conserje ordenó—: Que no nos interrumpan hasta que yo avise.

La figura endeble y chiquita del marqués se hundió en el fastuoso canapé de damasco rojo que prestó colores rosados a la tez pálida de su carita exangüe. José Luis se preparó a escuchar algo desagradable, porque el Director General de los Bancos Populares en el Ministerio de Fomento era un espíritu frío y ceremonioso que jamás ofrecía la molicie de sus sillones, ni el regalo de su sonrisas, sino cuando le era preciso pedir algo que no pudiera ser exigido por su autoridad oficial.

—Ya sabe usted, amigo José Luis, que estoy delicado; en estos días el artritismo me tortura sin duelo, y mi médico se empeña en que

no salga de casa, ni efectúe ningún trabajo fuerte. El hombre me amenaza con una ciática dolorosa, con un lumbago terrible. ¡Una pena, amigo mío, y una tiranía insoportable! Además mi familia se ha pasado con todas sus armas al partido del médico; la marquesa y Lita, mi hija, ponen todo su afán en lograr esta reclusión a que me condena el especialista.

—Toda la vida moderna —contestó José Luis con suave ironía—, se desenvuelve en un régimen de opinión. Creo que usted debe obedecer, marqués.

—¿Sí, verdad? Pero usted sabe que tenemos pendiente la conferencia sobre los Bancos Populares, oficialmente comprometida con el Comité de la Exposición Franco-Española de Tarragona.

—Su enfermedad es suficiente motivo para disculpar la suspensión del acto.

—¡Oh, imposible! Ha hecho mucho ruido su anuncio! Ha producido una enorme expectación nacional. No pronunciarla sería dar pasto a varias interpretaciones molestas, calumniosas, tal vez. No, no, hay que ir y hay que hablar.

—Si se puede, sí; mas en un caso de impotencia, todas las malicias despiertas y todos los odios irritados tendrán que conformarse sin la presa que esperaban.

El Inspector General de la Dirección aludía al odio acumulado en los pueblos por la cam-

paña cruenta y valiente de este Centro al arrancar de entre las manos del caciquismo los caudales cuantiosos de la Institución. Estas iras habíanse acumulado en la capital catalana, y flotaban como una negra nube sobre la conferencia esperada que aludimos. ¡Ay del que la pronunciase! En él descargaría el nublado, el granizo, las centellas tal vez. El marqués arguyó aún:

—No, no; la maledicencia es insaciable y traidora; hay que temer sus dardos.

José Luis sabía a qué atenerse. Las frases veladas de su jefe eran para él tan claras como la luz del día. El marqués tenía miedo e iba a proponerle la substitución.

—De modo, amigo Suárez —continuó el Director General—, que he pensado en usted para que me reemplace en Tarragona; tiene usted una palabra fluida, dominadora; hay en sus veinticinco años el divino entusiasmo y la fe triunfante de la juventud en plena floración; y por añadidura, de estos asuntos sabe usted más que los contendedores que pudieran salirle al paso... Así que...

—Iré si usted lo ordena —interrumpió el muchacho sereno y obediente...

Y fué el joven Inspector, y donde no había más que espinas supo cosechar rosas; y donde tronaba con medroso furor, salió el sol del aura popular limpio de celajes. Milagros del

apostolado, de la fe, de la honradez inmaculada.

Poco tiempo después, ya en Madrid, llamó el marqués al Inspector Sr. Suárez a su despacho y le ordenó en tono un poco seco:

—Haga la instancia al ministro solicitando la medalla de oro que según la Real orden de ayer será concedida a cuantos intervinieron en el ciclo de conferencias de la Exposición de Tarragona.

—¡Por Dios, marqués! No merece la pena. Yo no hice más que cumplir con mi deber; si hubo éxito, a la suerte hay que achacarle o a la Providencia; además, a mí los lauros de esa naturaleza...

—¿Pero qué está usted diciendo? —interrumpió a gritos el Director—. Extienda usted ahora mismo la instancia... ¡a mi nombre, naturalmente!

—¡Ah, perdón!

Y más rojo que la púrpura salió José Luis hacia su despacho oficial.

El sillón casamentero.

DOÑA Victoria deshacía su casa; vendía todos los muebles de ella. Había casado a su última hija y se iba a vivir con la mayor en otro pueblo y otras habitaciones donde la esperaban chillones y guerreros un puñado de nietecillos adorables.

Desde que tal noticia se supo en el lugar, un revuelo de impaciencias inquietó la vida de muchas señoras de allí y de otros poblados coterráneos; un ansia única surgió, tal vez algo ridícula, y desde luego, tiránica y perturbadora de madres y doncellas; la posesión por compra o por permuta, o por robo, la posesión a toda costa de un misterioso sillón frailero, de roble ennegrecido, badana oscura y grandes clavos dorados. Una a una, estas buenas convecinas de doña Victoria, trataban de comprometerla y adquirir el milagroso mueble antes de que, abierta la almoneda, alguien pudiera arrebatársele.

—Que es para mí, doña Victoria, nada, nada; aunque se oponga el Gobernador, el silloncito ese vendrá a mi casa; para eso hemos sido buenas amigas treinta años, y nuestros difuntos se quisieron como nacidos de la misma madre.

—Doña Victoria, así me cueste mil pesetas, ese sillón es para mí.

—Doña Victoria, hágalo por caridad, que tengo seis hijas y se me están pasando.

Y a estos encargos de palabra había que añadir otros que venían en cartas, apurando todas las habilidades y útiles procedimientos para conseguir el célebre sillón.

Doña Victoria sonreía burlona e indulgente; al fin y al cabo todas aquellas señoras eran madres y tenían hijas en estado de merecer.

Obedecía esto a la leyenda extendida por el país de que doña Victoria tenía un mágico sillón en su casa, en su gabinetito de recibir, donde sentaba a los admiradores de sus hijas, a los pretendientes, a los novios; que indefectiblemente saltaban en poco tiempo del sillón a la rectoral, y de la rectoral, hasta el altar mayor de la parroquia, de donde salían casados. Así había colocado doña Victoria con relativa rapidez a sus siete hijas, que no eran un portento de hermosura, ni podían disponer de una dote golosa. ¡El sillón! El maravilloso sillón, dentro del cual, algún brujo, dejó el maleficio difícil y admirable de hacer que se casaran los novios a poco de serlo; cosa de mila-

gro, en estos días de tanta perplejidad, cuando no aversión, hacia el matrimonio. Ya era sabido: llegaba un buen muchacho al pueblo, conocía a las hijas de doña Victoria, e iba a visitarlas...; pues bien, como la madre consiguiera sentarle en el sillón, volvía una semana seguida, y luego un mes, y a los tres o cuatro se anunciaba el enlace, y en plazo brevísimo otra muchacha que salía con marido de casa de la viuda, y bien casada; pues hubo médicos con partido y abogados con bufete, ingenieros del Estado y comerciantes ricos; y otros de tales o parecidas prendas.

En todas las aldeas y villas de aquella zona, las madres con hijas casaderas dispusiéronse a lograr el sillón, fuese como fuese, costase lo que costase; y así, el día que comenzó la almoneda, llenáronse de señoras gordas y lindas muchachas gentiles la casa y el patio, los pasillos y la escalera; todos los huecos, en fin, de la vivienda de doña Victoria.

Las gentes llegaron a temer un serio conflicto, dado el ánimo irreductible de mamás y pimpollos; y persona sensata hubo que avisó al alcalde para que estuviera preparado a intervenir en la terrible pelea que se avecinaba. Doña Victoria, completamente tranquila, escuchaba a todas, y prometía dejar contenta a cada una. Un esguince, dulcemente irónico, contraía su cara de correctas facciones, nobles y serenas, y en sus labios bullían frases, pron-

tas a salir, para que todas aquellas madres se tranquilizaran. En efecto, reunió a las de más clara comprensión en la salita de recibir, y les dijo:

—Voy a contarles mi secreto, que ya no me hace falta. No ambicionen ustedes ese sillón que ahí ven, porque no es él quien tiene la virtud casamentera que tanto ansían. Las artes hechiceras que ustedes buscan están en esta sillita baja, de rejilla y madera curvada. ¿Les extraña, verdad? Pues así es, lo aseguro a ustedes, se lo juro. En el sillón sentábanse los novios, pero en esa sillita se sentaban las novias; y ahí hacían labor, y trabajando, hablaban cosas llenas de buen sentido y de dulcísima ternura; dejaban ver su corazón rebosando bondad, y su cerebro radiante de luz, y tal cual "jersey" de lana o prenda de repaso, o vestido o sombrero, que de sus manos salía prodigiosamente.

Las señoras bajaron la cabeza, vencidas por la claridad de aquellas razones, y salieron un poco avergonzadas ante la sonrisa de doña Victoria, suavemente burlona, pero indulgente, maternal.

ORIENTALES

Justicia mora.

L patio es blanco, de una blancura agresiva; diríase que sus paños están hechos de nieve prensada de las montañas del Atlas. Un zócalo de mayólicas, color rosa seca, hace que la albura de las paredes destaque con violencia mayor. Sobre un tapiz mullido, que cubre las losas de mármol de la solería, toman asiento el kaid, dos adules, que levantarán acta, y el ukil o abogado del delincuente. Del cielo baja una luz de incendio, que reverbera dolorosamente en la cal de los muros. A espaldas del Tribunal, una puerta de arabescos preciosos da entrada a la mezquita. Se ve la calle solitaria a través del arco moruno que sostienen dos columnas de jaspe y forma su ojiva con sangrientos ladrillos. Sobre la puerta de la medarsa, avanza pensil un mirador de celosías, cuyos raros dibujos y entrelaces de pequeñas barritas de madera, teñidas de varios

colores, ponen una nota animada en aquella desolación de blancura. Los moros, envueltos en blancas chilabas, en blancos jaiques, en blancos turbantes, añaden blancura sobre blancura; es la sinfonía de la luz sin mancha, sin clemencia. Una multitud, contenida por los mehaznís, presencia el acto.

El desgraciado reo es un ladrón viejo, con la barbilla canosa, con las piernas y los brazos de palo seco, con la chilaba rota y sucia de mendigo haraposo. Un cepo horrible, unos maderos, que agarrotan sus muñecas, le han tumbado en el suelo; sobre él descansa, esperando el juicio y la condena. Ha robado una cabra, ha huído con ella al misterioso cobijo de las gabas altísimas de Ain-Rami, al lado de Muratahar, y allí durante unos días ha comido como nunca comió, hasta hincharse el vientre y dormirse, roncando panza arriba, entre las ignoradas delicias de un hartazgo de carne asada.

Comienza el juicio, se recibe la prueba. Un testigo presencial basta, si jura. La declaración de dos mujeres equivale a la de un hombre. No jurando necesítanse dos testigos varones. Cuando nadie vió la comisión del delito, hacen fe las testificaciones juradas de cincuenta parientes del robado, asegurando que, a su juicio, el preso fué el ladrón. El kaid, inmutable, abstraído, con la mirada perdida en el espacio cegador, oye la declaración de un yebala, que presenció la hazaña desde lejos;

además exhíbense por el querellante huesos mondos, pedazos de piel, pezuñas de su cabra: los restos de la gula del viejecito. El abogado se balancea a compás sobre la alfombra espesa, recitando una alegación que parece una canturia monótona y larga. Mientras tanto, el reo, tendido, sufre las maceraciones del cepo y las refleja en su rostro pergaminoso. El kaid, cuando el defensor concluye, dice con yerto acento al acusado que hable y manifieste lo que sea verdad. Del pecho miserable del astroso sale una voz tenue, apagada, traslúcida: parece que hablan desde otro sitio más lejano; lento, refiere que tenía hambre, que se moría de hambre, y confiesa su delito, y al hacerlo, va decayendo la voz, hasta que se extingue. El ladrón se anega en un abatimiento definitivo, como si la muerte le hubiera tomado ya en su regazo.

El kaid consulta brevemente a sus lados. Después pronuncia la terrible sentencia. Su código, la ley revelada, el libro santo, dice: "Cortad las manos a los ladrones, hombres o mujeres, en castigo de su crimen. Esta es la pena que Dios establece contra ellos. El es sabio y todopoderoso. Versículo 42 de la Sura V del Alcorán". Ha corrido un estremecimiento por la muchedumbre; el reo parece no haberse enterado; tal vez agradezca el modo de abandonar esta vida de miseria. "Si para no morirse —discurre— tiene que ganarse la

muerte, o si no ha de comer más, ¿qué importa que le corten a uno la mano, y por las arterias rotas se le vaya la vida?"

Un negro enorme hace de ejecutor de esta justicia rápida. Ata fuertemente el antebrazo del viejo, para que la sangre no corra, coloca aquella muñeca sobre un grueso tablón y de un golpe de gumía hace saltar la mano sarmentosa, que se engarabita en la solada, y quedan al aire el cúbito y el radio ensangrentados. Y mientras agoniza el reo, márchase el kaid diciendo inalterable: "La justicia de Aláh se ha hecho".

La justicia de aquel código bárbaro de milenarias edades, vigente aun entre los de esta raza, que viste todavía como Abrahán, como Ismael, y piensa y siente como las hordas terribles y sanguinarias de Alí, el invencible, el esposo de Fátima, el yerno de Mahoma.

Pitonisa «bubi».

CUANDO nos descubre Motambo, el rey o "botuko", que tienen sus chozas de paja, nipa y barro en la densidad misteriosa de la selva africana, a pesar de la embriaguez que le domina llégase a nosotros, haciendo zalemas torpes y saltando en ridículos corcovos que buscan el regalo de costumbre, la botella de aguardiente o el caneco de ginebra. El bosque tropical opulento y desbordado de Fernando Póo, tiene a los "bubis" como una de las especies de alimañas que le pueblan en estado primitivo lo mismo que hace muchos años, muchos siglos tal vez.

Es el rey viejo amigo de mi acompañante, y en nuestro obsequio quiere preparar una gran fiesta de baile, música y pantomimas guerreras. Pero no podemos complacerle aceptando su convite. Tenemos prisa. Le regalamos una caja de botellas y nos despedimos de él diciendo que vamos a tomar nuestro frágil

"cayuco", el barquito que fué hecho vaciando un formidable tronco. Necesitamos atracar en cualquiera de las playitas del Muni para subir río arriba por uno de sus veriles, hasta que la naturaleza, las fieras y los salvajes nos lo consientan. Se asombra el arrugado "bubi", brilla en sus ojos nublados y cobardes un pavor que le hace temblar y trata de convencernos para que no hagamos tal locura, que nos costaría la vida. Nuestra risa le desconcierta, nuestra juventud en peligro le conmueve.

—Esperad —dijo—, esperad. Aun puedo haceros un servicio inestimable.

—El alcohol y la amistad le han ganado. Vais a escuchar a nuestra adivina. Ella dirá si podréis ir o debéis quedaros. Ella sabe de la vida y de la muerte.

Hay en la "besee" una pitonisa que en muy contadas y solemnes ocasiones actúa. Nosotros hemos merecido el privilegio inestimable de su intervención. Sabremos el porvenir que la suerte nos tiene predestinado en el interior de la selva ecuatorial.

Estamos en la plazoleta que extiende su cesped sedeño ante la casa de "plaba" que es casino y juzgado a la par, en el pequeño pueblo "bubi". Un corro silencioso en que forman todos los que componen aquella tribu, cíñenos como un cinturón negro de charol, dejando un amplio espacio circular. Suenan los golpes secos del "gomo", el ruidoso tambor, y sus

broncos rebotes arrancan gritos acompasados, cantos y rugidos de fieras a la muchedumbre indígena. Y se alza la cortina de paja de palmera que cubre la entrada de la choza de Motambo y sale Aye, la hechicera, la adivina, que tiene el genio del "morimo", el dios del mal, y de "rupe", el dios del bien, en una inexplicable mezcolanza. Se ha hecho un silencio de sepultura. La bruja es joven, de formas bellas elásticas y poderosas; su negra piel brilla a la luz indecisa que se filtra por el follaje espeso de la fronda. Moyambo la coge y nos muestra la "gracia" por que posee inestimable don.

—Mira y palpa —díceme señalando el muslo derecho de la muchacha. Por una horrenda cicatriz salíanla trozos de cartón y de cuero enterrados en su carne y unidos a ella inexorablemente. Su padre, el hechicero de la tribu, habíaselos injertado de pequeña, abriéndola el muslo y espiando la fiebre bárbara con que la naturaleza se defendía entre la vida y la muerte. Así obtuvo la "gracia" de la adivinación.

En aquel momento los ojos extraviados de Aye denunciaban su estado de pre-hipnosis en el que se refugiaba para las grandes predicciones. Iba a emplear el sortilegio del huevo. Todos mirábamosla embaídos.

Cogió un gran cuenco de madera de caoba lleno de agua y le colocó en el centro de la plazuela. Se irguió. El cuerpo fornido de la

negra parecía gigantesco; sus formas correctas tenían de hombre el vigor y de mujer las bellas líneas. El muslo recosido impresionaba desagradablemente. Y empezó una danza suave en torno de la fuente, llevando un huevo en sus manos a la altura de su cabeza enhiesta. Extraña salmodia, cantada en un lenguaje bárbaro, acompasaba sus movimientos. De pronto paróse, cascó el huevo sobre el borde del recipiente y derramó en el agua la yema y la clara, que se hundían y flotaban y volvían a hundirse, nadando en aquel lago pequeño y transparente. Aye danzaba entonces con agitación, sus piernas ágiles saltaban con bravura, con acometividad; sus brazos obscuros subían y bajaban agitados por contorsiones de epiléptico; su cintura ceñíase hacia atrás y hacia adelante en punto de quiebra, y la voz cada vez más tremante y más bronca, repetía frases cabalísticas. Sudaba goterones, arroyos; su piel negra fulgía como charol humedecido. Dió un grito, se arrodilló ante el huevo, elevó al cielo las palmas de sus manos y quedó extática en una contemplación tenaz, penetrante, mística, de la yema y la clara que flotaban. El huevo se estiraba en el agua, encogíase, se hundía, forcejeaba, adoptando formas imprecisas, inesperadas; su coloración variaba de igual modo; a veces parecía plata; a veces tomaba irisaciones de perla, o lanzaba reflejos rosados y rayos amarillentos que se confun-

dían en un morado suavísimo, aterciopelado misterioso. Aye tenía clavadas en él sus pupilas saltonas y llameantes. La concurrencia apenas respiraba, podían oirse los golpes isócronos de aquellos corazones enfebrecidos por la emoción. Aye fué serenándose, los estremecimientos que agitaban sus brazos ebúrneos, su busto venusino, decrecieron lentamente y habló:

—Los hombres blancos vuelven ya. Sobre ellos tienden su nube de luz los espíritus del bien. Morimo huye vencido.

La cabeza de la adivina muévese ahora de un modo extraño y alucinante, se agita convulsa y cae en el suelo atacada de epilepsia.

El "uroki", el brujo oficial de la tribu, recógela envolviendo sus miembros que se retuercen en un viejo chal de lana roja; y la conduce a su cabaña. El viejo rey nos felicita efusivamente. Todos los pechos respiran y acompañados de la multitud nos vamos a nuestra minúscula embarcación.

—Ya estamos tranquilos —díceme luego, medio en serio, medio en broma, mi acompañante:

—Por si acaso, prepara bien los rifles —le contesto—, porque estas pitonisas se equivocan algunas veces.

El faki y el capitán.

MAHOMED ben Mammeri, el fanático faki de Sidi Isef Telidi, cuya austera religiosidad cubría de prestigio su mermada figura ante la muchedumbre mora de la cabila de Ajmas, salió de la Alcazaba de Xauen, barbotando maldiciones contra el infiel que prostituía a los creyentes del Islam, y más duramente contra estos desatentados hijos de Mahoma, que de tal modo olvidaban las órdenes del profeta. En aquella junta convocada por Perea, el joven capitán de Intervención, para llegar a un acuerdo de paz definitivo los caides y mocademins del Ajmas Gomara y Beniaros, habían rubricado la concordia bebiendo muchos vasos del vino maldito, que el enviado de Aláh prohibió a los descendientes de Ismael. Cuando Mahomed ben Mammeri vió ante sí la copa rebosante que le ofrecía el capitán, arrojóla al suelo, rompiendo en imprecaciones, y salió de la estancia hinchado de odio. Días después, en la mansión deliciosa del iracundo faki de Si-

di Isef Telidi, celebrábase una opulenta comida a la que asistían invitados los moros notables de las cabilas cercanas y el capitán Perea de Xauen. La fastuosa estancia donde tenía lugar el ágape, hállase envuelta en las gasas fragantes que surgen de cuatro pebeteros donde se quema el ámbar y arde el sándalo. Sobre alcatifas preciosas de damasco y cojines riquísimos de Bagdad, los comensales reposan y yantan, escuchando los dulces sones de una orquesta yeblia, con derbukas, gembris y canon. Entre plato y plato, los fuertes platos de carnero y gallina, de chivo y de toro, corre por entre los convidados el agua de azhar o de naranja en grandes copas de limpio cristal. Hay alegría en los reunidos, tan vez la paz que se estableció y hoy se refrenda entre los "diar" de aquellos montes y la España civilizadora, llena de confianza y satisfacción los espíritus de todos, cansados ya de tanta guerra. Se habla alto, se canta, se ríe. El capitán desborda su ancho optimismo cubriendo con risas y algazara todos los huecos de la conversación.

Mahomed ben Mammeri hizo un gesto de mandato a la esclava negra que sirve al español, y ésta puso en manos del arrogante capitán una jarrilla de vino. Antes de que se la llevase a los labios, exclamó el faki:

—Debo hacerte notar que te sirvo el zumo proscrito entre los hijos de Mahoma (sobre su cabeza la bendición de Aláh), porque no eres

creyente. Mas he de advertirte que antes hice cumplir la imprecación de Si Mahomed ben Aisa, el cual dijo: "Que Aláh trueque en hiel el vino de los rumis". Ahora bebe.

Perea probó el licor que amargaba como el ácido pícrico, porque en él habían disuelto la hiel de un cabrito. Cuando su paladar sintió el aguijón de aquella amargura, crispáronsele todos los nervios del cuerpo, pero se impuso a ellos la valentía de su voluntad y bebió todo el contenido de la jarra. Mahomed sonreía burlón y compasivo. Después, prolongando la befa, añadió:

—¿Tú no conoces ningún hecho de Si Mahomed ben Aisa? ¡Oh! Es uno de los grandes santos agarenos, el fundador de los aisahuas, aquel que, en época de su expulsión de Mequínez, dijo a sus discípulos y seguidores, que hambrientos le pedían pan: "Comed lo que veais en el suelo." Y los devotos comenzaron a comer piedras y escorpiones y serpientes, y llevárselos a la boca con repugnancia, y apenas habían probado aquellos manjares, convertíanse en maná celestial.

Calló el faki, y tras de una pausa, que tenía por objeto dar más realce a lo que iba a añadir, dijo:

—Si tú fueras creyente hubiérate sabido a licor del Paraíso ese vino con hiel.

El capitán Perea sabía mucho de la psicolo-

gía mora. Calló, sonriente, y continuó desparramando su alegría juvenil.

Y una semana más tarde sentaba en Xauen, ante su mesa, al faki de Sidi Isef Telidi, para corresponder a su fastuoso agasajo.

—¿Qué manjar es el que más te gusta? —preguntóle antes de comenzar a comer.

—El cordero que aún no ha pastado —contestó el yebala.

—Porque lo sabía he mandado preparar ese plato; pero sólo ese tendremos, aunque con abundancia.

—Será bien recibido por mi paladar, pues el camino abrió todas las puertas de mi apetito.

Un ordenanza puso ante ellos una enorme fuente, donde se amontonaban sabrosos muchos pedazos de recental en salsa. Junto a la fuente colocó un plato colmado de ceniza. Perea cogió un buen puñado de ella y cubrió los trozos de cordero, ante el asombro y la desesperación del faki. Revolvió prolijamente el alimento y le fué aderezando con nuevos espolvoreos de ceniza. Mahomed sentía deseos de arrojarse sobre el capitán, que tras de haber despertado ferozmente su hambre, estropeaba la jugosa comida. Entre tanto, Perea, tranquilo y sonriente, íbale diciendo:

—Como vosotros tenéis un gran santo islamita, Si Mahomed ben Aisa, nosotros tenemos otro inconmensurable en nuestra iglesia; llámase San Francisco de Asís, y éste solía mez-

clar con ceniza sus manjares, diciendo a los discípulos, para que le imitasen: "La hermana ceniza es casta." Toma, pues, este cordero con deleite, Mahomed, porque la castidad es una rutilante virtud cristiana.

Y Perea se reía burlón y compasivo.

El «berri» del kaid.

LA "ymaa" de la tribu se ha reunido en el campo de justicia para condenar a unos delincuentes. El sol de Africa, implacable, inclemente, reverbera quemante en el suelo calizo y polvoriento. Cada "diar" de la cabila ha enviado su representante oficial. Hay, además, muchos curiosos, que van a la fiesta de los castigos cruentos. El kaid, rodeado de su tropa de mehaznis fieros, sobre inquietos caballos moriscos, irrumpe en la explanada y va a colocarse bajo el "berri" que le pertenece. Hay tres "berris" o grandes olivos, separados de cincuenta a sesenta metros unos de otros. El más fuerte, el de más amplia copa, es el "berri" del kaid; bajo sus ramas ejerce la sagrada función de juzgar. Otro pertenece al mocadem, jefe de la fuerza, quien allí retiene a los acusados, y el tercero es el "berri" cárcel, donde van los que sufrieron condena, hasta que los soldados les conduzcan a la prisión de la Alcazaba, en

la capital de la cabila, si no se ha decretado pena de inmediata ejecución y ésta no ha concluído con la vida del reo.

Constituído el tribunal, comparece un acusado de falsificación. Es un musulmán grueso, reluciente, con las haldas de la "fachada" levantadas por delante. El kaid, que es cenceño y sarmentoso, ha hecho un gesto de repugnancia al ver la masa temblona del obeso.

El acusado llega, llorón y estremecido. Tenía un "bakalito", una tiendecita mora en el zoco; allí vendía alhajas falsas, baratijas relucientes, los "maal-lak" para las orejas, los "chauchana" para los brazos, el "jait" para el cuello, la "yeusla" colgante y tantos y tantos adornos como la mora codicia y el moro compra, gustoso de dar a sus esclavas la única satisfacción permitida. Ese comercio era realmente el pretexto: el verdadero comercio constituía la adulteración de metales preciosos, los documentos contrahechos y falsificados, la estafa. El buhonero fué cogido casi infraganti. De público decíase que guardaba buenos duros españoles y buenos duros hassanis. Un capital.

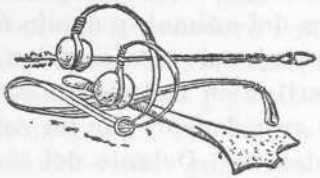
Se abrió el juicio, testificaron los engañados, fueron puestas en manos del kaid pruebas documentales de falsificación. El juez dictó su fallo. El Alcorán dispone que se castigue tal delito con "vergüenza pública" y cárcel. La gente gozaba sin límites; aquellas caras curti-

das bajo el "reksaa" multicolor, aquellos hombres magros, dentro de sus chilabas pardas, disfrutaban como en una fiesta deliciosa. El gordo era un espectáculo. Los gordos siempre son un espectáculo; pero condenados, el espectáculo adquiere caracteres de extraordinario regocijo.

El falsario padecía la pena insuperable del ridículo y de la vergüenza. Fué untado con miel desde los pies a la cabeza. Entonces varios cestos de pluma de gallina y plumón de pato forraron el volumen descomedido del gordo, adhiriéndose a su piel grasosa y embadurnada. Era un animal extraño; de tal modo vestido era algo tan cómico, tan regocijante, que los marroquíes de la cabila lloraban de tanto reir, retorcíanse convulsos por la carcajada.

Montaron al gordo en un pollino, de espaldas a la cara del animal, y dando frente al rabo del rucio; colgáronle dos carteles a la espalda, los que, escritos en caracteres cúficos, decían: "Este es el gran ladrón que ha robado los bienes de los demás." Delante del burro, y seguido por él, iba un moro tocando una lata para llamar la atención. El gordo sudaba y lloraba a raudales, y de esta suerte, conducido de "berri" en "berri", emprendió el camino del poblado, cuyos moradores cercaron al reo, insultándole sin compasión, y acompañándole entre dicterios injuriosos y tal cual pedrada hasta los sótanos de la Alcazaba, en uno de cuyos cala-

bozos fué encerrado, sin más traje que el avícola, tan pintoresco, con que le habían enriquecido. Y allí quedó en una mazmorra, cuyo suelo cubríase de moho, cuyas paredes manaban agua, a espaldas del aire y de la luz; cadáver vivo entre materias corrompidas, donde la carne palpitante cría gusanos como la carroña; donde el cuerpo se pudre en vida, y la vida y la muerte se confunden en una zona común. Cárceles de tribus primitivas y salvajes; cárceles yebalas, gomaras o rifeñas; cárceles marroquíes; cárceles de toda la morería.



Miska la pamúe.

REMONTAMOS el curso majestuoso del Muni, el inmenso río de la Guinea española. Desde las orillas donde crece el mangle tupido, cuyas ramas alargadas se hunden en el cieno de la corriente y enraizan, formando fantásticas bóvedas de perenne verdura, nos metíamos de cuando en cuando en la selva tropical, misteriosa, embrujada, donde hay aves que parecen gemas, donde hay reptiles de mármol negro, de coral rojo, de pirita de cobre, de plata; donde hay fieras pintadas como el leopardo, orgullosas como el búfalo; abortos de monstruosidad como el hipopótamo; imponentes como el elefante. Al anochecer de aquel día llegamos a una de las tribus pamúes, menos visitada por los blancos. Nuestro guía era conocido del rey y sabía su flaco y el de toda su gente. Unas botellas de Ginebra nos alcanzaron el más afectuoso recibimiento que pudiéramos esperar, y era muy de estimar tal aten-

ción, pues aquella noche celebrábase en el miserable pueblecillo salvaje, hecho con cabañas primitivas de nipa y hoja de palmera, una ceremonia a la que un extranjero no podía ni debía asomarse.

El día anterior, una pantera hambrienta y temeraria, que rondaba por los alrededores densos de la selva, en torno de aquel "besee" (poblado pamúe), habíase llevado entre los dientes un negro pequeñito, una especie de mono, de dos años, con la barriguita en punta, con la nariz aplastada y el pelo lanudo. Era el segundo niño que desaparecía. "Aneuve", el espíritu del mal, fué sin duda el causante de estas desgracias, porque alguno de los negros tenía "yimba", influencia maligna, demonios en el cuerpo; y era preciso averiguar quién fuese el endiablado, para condenarle a muerte y alejar el peligro de terribles desgracias. El fetichero, el brujo, procedió a sus misteriosas ceremonias. Encerróse en su choza, y entre rezos y cantos de una barbarie primitiva, tomó extrañas pociones de materias excitantes, cobradas en el bosque, con las cuales irritó hasta la epilepsia su sistema nervioso. Sostenido, ayudado por los ancianos, salió a la plazuela; la tribu rodeábales silenciosa, llena de pavor. El fetichero comenzó una danza tortuosa y panda, que fué acelerando por momentos, hasta la más alocada agitación. Retorcía sus miembros, bordeando el descoyuntamiento; su

piel sudaba en arroyos, sus ojos parecían saltar fuera de las órbitas, se engarabitaban sus manos, enronquecía su garganta; las gentes del "besee" temblaban silenciosas. De pronto, la faz del hechicero se abre en una expresión iluminada, sibilina; hay un silencio de cementerio, flota sobre el poblado el soplo de la muerte. El "usoki" va a pronunciar un nombre, el del poseso, el del culpable.

—¡Miska! —grita con silbido de serpiente, y cae desplomado.

Una pamúe joven se adelanta hacia el rey. Es Miska, sus formas talladas en granito negro, tienen la belleza de los cuerpos libres y primitivos; sus quince años están llenos de vida y tal vez de pasión. Ella se entrega, es lo obligado, es lo supraterreno. Enciérranla en una choza, sin otro guardián que su propia conciencia, y se retiran todos, doloridos, empavorizados. La muerte aletea sobre esta multitud. El mago descansa sin sentido en su lecho de cañas. La noche cae rápidamente, inesperadamente, como en todas las tierras tropicales.

—¿Y mañana? —preguntamos a nuestro guía.

—Mañana la matarán al brillar la aurora.

Trazamos rápidamente un plan. A media noche salimos de nuestra cabaña, abrimos la puerta de la que ocupaba Miska en dirección al río. Miska negábase a huir, se resistía des-

esperadamente. Gritó, llamó a sus compañeros, y el pueblo entero apareció a las puertas de su vivienda; teníamos cuatro rifles respetables que mantuvieron a raya a los enardecidos pamúes; mientras tanto, el guía y uno de nosotros llevároнse a la condenada. Fué una marcha demoníaca por la selva, entre crujidos de fieras y maldiciones salvajes, entre densidades vírgenes y riachuelos profundos. Por fin, llegamos al Muni, a nuestra canoa, siempre seguidos de la tribu a larga distancia. Cogimos los remos y nos despegamos de la orilla. Miska estaba salvada. Mas de pronto la negra, que tenía "yimba", según el brujo, dió un bote furioso y cayó al río y nadó briosa hasta la orilla, donde esperaban los pamúes. Se oyó un grito de júbilo que lanzaban mil gargantas a la vez. La religión de aquellos bárbaros quedaba triunfadora. Al amanecer sería degollada Miska.

El confidente.

UN grito de mujer rasgó el silencio de la noche; tras de él oyéronse sordos gruñidos de fieras irritadas, golpes secos, formidables. Carlos, el teniente de regulares de Tetuán, que se hallaba de guardia en el fondak de Ainyedida, empuñó su pistola Astra, y seguido de cuatro "askaris" corpulentos se precipitó en el cercano barranco. Y escucharon una porción de carrerillas sordas, de seres que huían por entre la gaba, y una voz dulcísima que imploba con cadencias deliciosas: "¡Achiu andi!... ¡Agia alia!" (¡Socorro, venid a mí!). Veloces llegaron hasta un claro abierto en la maleza, entre la que desaparecían las grupas derrengadas de algunas hienas y las erizadas colas de pequeños chacales. En el suelo, tendido, tal vez muerto, yacía un hombre; a su lado una mujer joven, una mora bellísima, arrogante muchacha de diez y siete años, en plena floración de sus gracias agarenas, con el precoz

desarrollo de la raza berebér, manteníase en pie, empuñando el mosquetón del caído; en sus ojos inmensos, misteriosos, había incendios de tragedia; sus dientes de nieve mordían como fruta madura los labios jugosos, gruesos, encendidos. El teniente levantó la cabeza del hombre, y a la luz fulva de la primera aurora pudo notar sus facciones.

—Es Chelal, nuestro confidente —exclamó—, y está herido, y esos charcos de sangre me hacen suponer que ha perdido mucha. Cogedle con cuidado, llevadle al fondak y avisad en seguida al médico. Y tú vente con nosotros. ¿Eres su hija?

—Sí.

En la palabra, seca, dura, de la muchacha, en su ceño arrugado, en sus ojos fieros, podía leerse el odio con caracteres inconfundibles.

—¿Querrás ayudar a tu padre? Ven, ven; además me parece que tus nervios necesitan asistencia médica.

Y cogiendo su brazo que temblaba, llevósela tambaleante hasta la enfermería del fondak.

Poco después más tranquila, pero siempre hosca, siempre llena de aborrecimiento, decía contestando a las preguntas de Carlos:

—¡Qué horrible noche, Sidi! Salimos al caer el día, mi padre y yo, de Tahuites para trasladarnos a Xauen, donde ya espera mi madre.

—¿Huís de vuestro poblado?

—Huimos; nos echa el desprecio y el odio

de los yebalas. Mi padre es vuestro confidente (Aláh siempre justiciero castiga al culpable); mi padre se roza con vosotros y vende a los de su raza y a los de su religión por vosotros...

—Por buenas talegas de duros, que de cuando en cuando se lleva, pequeña.

Calló la yeblia; en su garganta bramaba una tempestad de improperios.

—Vamos, no te enfades —añadió el teniente—; no quise injuriarte. Sigue.

La voz dulce y suasoria de aquel muchacho moreno, fuerte, de gentil continente y ojos leonados dulcísimos, entraba poco a poco como un bálsamo en el pecho de Halina, la hija de Chelal. Continuó:

—Caminamos bien; pero en cuanto se puso la luna sonó un tiro cerca de nosotros, y mi padre cayó con un muslo atravesado. Alguien nos seguía. Vendamos la herida como pudimos, y encaminamos nuestros pasos hacia vosotros. ¡Siempre hacia vosotros! Al principio fuimos menos mal, pero la sangre que perdía le debilitaba por momentos; yo cogí todo lo que pudiera pesarle, le apoyé en mi hombro y así continuamos bastante tiempo; pero la sangre continuaba cayendo sin cesar y a este hilo rojo fuéronse enhebrando todas las alimañas del monte; nos rodeaban, nos amenazaban impacientes pidiendo el banquete; yo de cuando en cuando apuntaba con el fusil a una lucecilla de aquellas, disparaba, oía un rugido, luego

quedábamos solos durante un rato. Pero ya no pudimos continuar y mi padre cayó en este claro, yo creí que para no levantarse nunca. Mientras tuve fuerzas le defendí a culatazos, rompiendo patas y abriendo cabezas; ya agotada, disparé el último cartucho, y a tiempo llegasteis cuando los dientes de las fieras iban a hincarse en el cuerpo del herido.

Fué corta la cura, pero larga la convalecencia. Y en aquellas horas y durante aquellos días largos, suaves, luminosos, Halina vió la nobleza de alma de los "rumis", sus procedimientos de mayor justicia, de más honda caridad; su trato lleno de consideraciones y cariño...; y vió más, vió la mirada profunda y serena de Carlos hundirse hasta su cerebro a través de los ojazos negros de cueva moruna, de cisterna agarena. Y algo tibio y húmedo, algo que empezó por gratitud y fué amor, endulzó sus odios y los disolvió en un afecto jamás sentido que la hacía feliz y desgraciada a un mismo tiempo. Y así, cuando restablecido Chelal completamente, se despidieron de los oficiales del fondak, de Carlos, de aquel Carlos tan noblote y tan guapo, Halina, acercándose a él, díjole bajito:

—¿Y no podría yo traeros noticias aquí?

—¿Tú?

—¡Si pudiera ser confidente!

La pena del Talión.

EL Alcorán, el milenario código de Mahoma que aun rige entre los musulmanes, a pesar de los siglos que pasaron por encima de él y de las civilizaciones que han transcurrido en este lapso de varios milenios, dice en el versículo 49 de la Sura V: "Hemos dictado con los judíos la pena del Talión. Alma por alma, ojo por ojo, diente por diente, herida por herida". Su aplicación en nuestros días, cuando el intercambio de cosas y personas ha hecho menos hermético el mundo mahometano para los súbditos de naciones no islamitas, da frecuentemente lugar a sucedidos curiosos como el que cuenta uno de los más acreditados tratadistas e historiadores del Mogreb.

Ocurrió el caso en tiempo de Muley Abderrhamán; y fué que al entrar en Mogador un comerciante inglés, que en dicha urbe residía, tuvo la desgracia de atropellar con su cabalgadura a una vieja mora, que perdió al caer

los dos últimos dientes que la quedaban. El extranjero había cumplido su obligación de avisar a voces, diciendo incesantemente "bosac, bosac" (apartarse). La islamita siguió al comerciante hasta el domicilio del mismo, llenándole de improperios y reuniendo en su pos numeroso público agareno que coreaba sus injurias. Y una vez que hubo "metido" en casa al inglés, fuese en busca del caid, reclamando que se aplicase con todo rigor la ley del Talión al forastero, arrancándole de golpe dos dientes como los que ella hubo de perder. El funcionario marroquí, temeroso de las consecuencias si aplicaba el bárbaro código sarraceno a un súbdito de la Gran Bretaña, trató por todos los medios a su alcance de convencer, comprar o atemorizar a su correligionaria. Pero ni en aquella primera sesión, ni en otras sucesivas, logró su propósito. La vieja exigía imperiosamente el cumplimiento de lo ordenado por el Profeta. Y el caid, ante aquella terquedad, acudió al británico, rogándole que se dejara arrancar los dientes. A lo cual, como es de suponer, no accedió de ninguna manera; añadiendo que si por fuerza intentaba alguno realizarlo, le pegaría un tiro.

El caid estaba loco; prohibió la entrada en la Alcazaba a la mora vieja, que le importunaba diariamente. Pero ella se fué a Fez y se presentó al Sultán y le pidió que hiciera cumplir el precepto revelado. A lo que el Sultán

contestó haciéndola reflexiones sobre los males que podía acarrearles un rompimiento con Inglaterra o una reclamación de esta potencia cuando menos; y ofreció dinero a la anciana y beneficios y honores. La mora contestó inexorable: "Lo único que pido en nombre del santo Corán son los dientes del cristiano". El caso era cada vez más difícil para las autoridades fasis, pues el pueblo, enterado de lo sucedido, tomó partido por la vieja y comenzaron las murmuraciones y las amenazas y los escándalos. Y el Sultán escribió al inglés pidiéndole que se dejase arrancar los dos dientes; y en vista de la rotunda negativa que recibió del interesado, volvió a escribirle ofreciéndole tales y tantas compensaciones comerciales, que el hijo de la Gran Bretaña vió ventajoso el cambio de sus dientes por la fortuna que se le ofrecía y consintió en que le fueran arrancados.

Y allá fué la mora vieja desde Fez, cien leguas, hasta Mogador, cantando las excelencias y las virtudes del Sultán y llevando la orden de arranque al caid; y tuvo la alegría indescriptible de ver cómo hacían saltar de golpe aquellos dientes codiciados, según mandó el Profeta y vienen practicando todos los descendientes de Agar.

El pueblo muslim y quienes le rigen, están aún a varios siglos de distancia de nuestros días... y los que seguirán estando.

Asistente por oposición.

DENTRO del piso habitado por el teniente Mendoza resonaron unos disparos de fusil. Inmediatamente los oficiales, que vivían en "república" ocupando los pisos superior e inferior al dicho, huyeron a refugiarse al amparo de otros más seguros. Al poco tiempo el fuego graneado estallaba en el piso central y algunas balas perforando el techo o la solada, pasaban a las estancias paredañas. El teniente Mendoza acababa de regresar del campamento.

Cuando el teniente Mendoza volvía del campo, tras de cuatro o seis o diez meses de "razias", combates o emboscadas, tenía la costumbre de "correr la pólvora" en el pasillo de su casa, acompañado del Jarrubi, el asistente yebli, que tan adicto le era. Celebraban de tal modo el milagro de haber vuelto ilesos, y dispuesto estaba a batirse con quien tratara de impedírselo o pedir "la absoluta, si al-

gún superior le privase de tan exquisita distracción.

Aquel día, como tantos otros, el moro con su chilaba parda y su reksa verde y el teniente con su traje caqui, repintado de grasa, barro y sangre, recosido y roto, además, saltaban, gritando desaforadamente palabras moras, que eran tan ruidosas como los disparos. Sobre sus cabezas agitábase, en medroso molinete, el mauser, que unas veces apuntaba al suelo y otras veces al cielo, vomitando sin cesar por su boca negra llamaradas rojas y balas silbantes.

Cuando la fatiga les rindió y el homenaje a su buena estrella hubo terminado, lavóse el teniente de punta a cabo con un fuerte cepillo de lavar coches, vistióse ropa limpia y deshabitada, se puso un uniforme nuevecito y luciente y marchóse al restaurante de Alfonso XIII, dispuesto a devorarse un toro.

Como de costumbre, lo primero que hizo fué coger el búcaro que adornaba la mesita, volcar en su plato los claveles, las rosas, las dalias y el ramaje de adorno, partir todo en menuditos pedazos y aderezándolo después con aceite, vinagre y sal, tomarse su primer plato, con el placer de un sibarita ante el bocado predilecto.

Entre tanto, los amigos que estaban en el comedor habíanle rodeado y le pedían noticias de la campaña, sin extrañarse del apetito del

teniente, que tenía como estas otra porción de sonadas genialidades.

En aquel instante entró el Jarrubi con el correo, que había ido a recoger a "lista", y ofreció al corro de oficiales su sonrisa más placentera.

—¿Qué tal se porta éste? —preguntó el capitán Altuna.

—Es una alhaja, chico —contestó Mendoza—, y además tiene ganado el puesto de asistente por oposición.

—¿Pero tú les haces opositar? —preguntaban riendo los compañeros.

—Y con unos ejercicios prácticos terribles. Mirad cómo consiguió éste la plaza. Estábamos en Uad-Lau y llevábamos ya toda la mañana y parte de la tarde a tiro limpio. Mi capitán me envió a dominar una loma, desde donde nos hacían mucho fuego. Llegamos a fuerza de cuchillo y atrincheré a mi gente. Teníamos que contener al enemigo y no dejarle pasar por aquel lado. A trescientos metros la línea mora nos mandaba un río de plomo. No me importaba mucho, porque mis regulares se guardaban bien, cubiertos tras de peñones o en profundas hendiduras. Pero protegido por la fusilería enemiga había ido avanzando un "paco", y oculto por un pedrusco acurrucábase a unos cien metros, espiando alerta y pacientemente los menores movimientos de mis hombres. En el instante en que cualquiera de ellos descu-

bría dos centímetros de cabeza o cinco de cuerpo, una bala del "paco" le enviaba a la eternidad. Tumbados los míos, no le dominaban, y él se descubría no más que unos segundos para disparar. Así fueron cayendo algunos moros de mi mando. Mi asistente, un negrazo argelino, que llevaba conmigo más de doce meses, fué a beber un trago de su cantimplora y, como era de esperar, al subir unos centímetros la cabeza, le clavó en ella una bala mauser que le hizo dar una vuelta de campana y caer como un trapo. Irritado, grité: "Al que mate a ese criminal le hago mi asistente". Se izaron tres moros, como si un resorte les moviera, y se pusieron completamente en pie. El primero cayó muerto de un balazo en el corazón; otro cayó gravemente herido; pero mientras el "paco" hacía este segundo disparo, el tercer soldado mío le metió una bala en la cabeza. Se le vió levantarse de un bote, extender los brazos, soltar el fusil y caer hacia atrás como un madero. De la línea enemiga surgió una descarga cerrada y los proyectiles silbaron, dibujando la silueta del moro bravío, que había ganado el puesto de asistente. Se cobijó en su peña y me gritó en mal castellano: "Mi amo, yo ser asistente suyo hasta que matarme moro". "Y además —le voceé yo— en cuanto volvamos al campamento te regalo un carnero y una bota de vino". Y así lo hice; aquella noche él y los

suyos celebraron hasta hartarse el triunfo de estas terribles oposiciones.

El Jarrubi sonreía, lleno de satisfacción, mostrando el marfil de su recia dentadura y el brillo de sus ojos fieros. Los oficiales diéronle cariñosos golpecitos en el hombro, que él agradeció más que si hubieran sido monedas de plata, y el corro fuése desgranando hacia las mesitas preparadas para el almuerzo.

DRAMATICOS

Los dramas de la nieve.

LA nieve cae con una tenacidad incansable. Anchos trapos de prodigiosa albura van aterrando, desde el vientre plomizo de las nubes, encalladas pavorosamente en los agudos picachos de la serranía. Crece la manta inmaculada, crece sin cesar; va cubriendo gándaras y vallejos, borrando desigualdades, desalojando sombras, encapuchando matonas, formando cúpulas de grandeza celeste, sobre las copas opulentas de las cajigas, en el bosque poderoso de la montaña. Hay un silencio universal, hondo, espeso. La naturaleza realiza, en un éxtasis místico, el prodigio de la nieve. Arriba un mar que se cuaja y emblanquece y se derrama desbordado, sin que se arrugue la piel densa del nubarrón, ni se deshinche su turbia socarrena. Abajo, el barranco ambicioso, que atesora con ansias de avariento lo que cae del cielo, lo que rueda de la cima; más en lo alto las praderías aterciopeladas, que se vis-

ten de fiesta con el galano mantón de láctea blancura; luego los peñones bárbaros; las grietas hoscas, los riscos rebeldes, todo lo que es bravío y rudo y amedrentador, que va poniendo blanduras en los filos agrestes, que va igualando sus oquedades negras y sus agujas rojas, hasta alisar las superficies salvajes con redondeces de suave claridad. Ya no hay árboles, ya no hay casas. Todo es uno, todo es lo mismo. Bajo la sábana uniforme, late la vida del mundo animal, se encorvan crugientes los vegetales y el hombre se abisma en sus chozas sepultadas. Todo está quieto y anonadado bajo la nieve; todo es nieve.

Gran noche para el crimen la que se avecina; hoy no saldrá de sus cuarteles la Guardia civil. Y los dos bandidos que vienen amedrentando con sus robos audaces a los cobardes pueblecillos de la montaña avanzan, tranquilos y golosos, hasta la casuca de la vieja, que guarda unas monedas en el arcón de haya, y tiene unos jamones curados en el bodegón de su zaquizamí. Penetran por un ventano carcomido. Ni sus pasos resonaron al llegar, ni meten ruido al irse. La nieve lo tapa todo, lo borra todo. Allá dentro queda, sobre el camastro, un cadáver que parece una momia; y en el arca un saquillo sin plata, y en la bodega unos clavos sin jamón.

La noche es horrorosa. Tumba el ábrego, azota la cellisca, se agitan como látigos las ra-

mas de los robles; por las cañadas y desfiladeros silba el cierzo como un reptil. Los asesinos huyen despacio por entre la espesura del bosque, dando tumbos y tropezones, maldiciendo y jurando como réprobos. Un relámpago cárdeno resbaló por la masa negruzca del nubarrón, como una serpiente de fuego; las ramas se agitaron con mayor violencia. En el corazón de los bandidos el miedo hincó su garra. Buscaban ansiosos la trocha que conducía a su cueva.

Entre los ruidos estrepitosos de la tormenta oyéronse otros, que helaron la sangre y escalofriaron el cuerpo de los que huían.

—¿Has oído? —preguntó uno de ellos.

—Sí, he oído aullar —contestó el otro.

—En esta tierra es de muy mal agüero; es de muerte.

En la absoluta oscuridad brillaron un montón de lucecillas movibles e inquietas. Alumbró un relámpago y dejó ver una pequeña manada de pardas fieras que fijaban en los malhechores la mirada de hambre y ferocidad.

—¡Lobos! —exclamó el primero—. ¡Lobos, y en tal noche!... No hay un árbol donde subirnos en esta cañada. No debimos abandonar el robledal del pueblo.

—Allí —contestó su compañero— no habría lobos, pero hubiera habido muy pronto la Guardia Civil.

El concierto ululante crecía con el huracán;

las luces fosfóricas íbanles cercando; de todas partes llegaban más y más. El relámpago duró un cuarto de minuto, culebreando por todo el firmamento. Los criminales vieron doscientos lobos en torno suyo.

—Prepárate a morir. Mete el cuchillo en la carabina y apóyate en mis espaldas; formaremos el cuadro.

Terminó de hablar y un lobo le rozó las piernas con su peludo cuero. Se tambaleó a impulso de la violenta sensación nerviosa.

—¿Qué pasa? —preguntó el compañero.

—Que ya me tocan las piernas estos demonios.

—Pues al primero que se arrime clávale el cuchillo hasta el corazón.

—Mejor será que disparemos.

—Sí, ya es hora.

Sonaron dos tiros y rodaron dos fieras. Las demás rugieron de furor, retirándose de las primeras líneas. Poco a poco volvieron a estrechar el círculo, y nuevos balazos hicieron caer a los más avanzados. Repitióse angustioso y brutal el flujo y reflujo de aquel rebaño, que aumentaba de momento en momento. Los hombres sudaban a pesar del frío de la noche; y a la carminosa luz del cielo, parecían espectros más que criaturas humanas. La nieve caía incansable, el ventarrón continuaba bramando; hubo un momento definitivo; se acercaron las alimañas, los cuchillos de las carabinas atra-

vesaron a dos lobos, que con la desesperación de la agonía, desgarraron la ropa y la carne de los bandidos. Saltó la sangre de éstos, olfateáronla las bestias, hinchando las narices hambronas, y una luz irresistible de fieras locas, de demonios atondados, cubrió en un instante los miembros de su presa, disputándose piltrafas de carne y trozos de hueso y chorros de sangre.

Días después, decíase en todos los pueblos de la montaña que habían sido hallados los esqueletos lirondos de dos hombres, rodeados de otros veinte esqueletos de lobos, con señales evidentes de haber sido despedazados, unos y otros, por las fieras de la sierra.

Los documentos acusatorios.

EL anciano general, pálido, casi exangüe, clavaba en el pecho su perilla blanca. Había en su frente un hondo surco, por donde discurría el último dolor de su espíritu. Su hija única, la madre cariñosa, la esposa fiel, el hada de aquel hogar, que era como un pequeño mundo turbulento, acababa de morir. Velándola estaban sus dos hermanos, sus cuatro hijos y el marido: siete hombres irreconciliables, que moraban bajo el mismo techo como en una cárcel, huyendo de ella todas las horas que podían, para vivirlas libremente, por raros caminos condenables, donde sus vicios y su haraganería hubieron de conducirles. Un viejo servidor del general, que nunca había querido abandonarle, entró en la estancia, y adelantándose con miedo, con temblor visible, dijo:

—Mi general...

El interpelado no levantó la cabeza; parecía no darse cuenta de lo que en torno suyo ocurría.

—Mi general. La señorita, que en paz descanse, me dió ayer antes de expirar esta carta y estos papeles, diciéndome que si moría antes del alba, se los entregara a usted lo más pronto posible, y aquí están.

En la expresión del oyente apareció un gesto de extrañeza. Tomó el paquete, que era un sobre grande con numerosos pliegos cerrados dentro, y otro pequeño con una carta. Abrió ésta, y leyó:

"Querido papá: En este paquete te entrego los documentos que descubren al culpable de tu deshonra, tu vergüenza y tu ruina. Aun puedes rescatar el buen nombre que te hicieron perder, y vivir menos adolorido el resto de tus días, y morir en la paz, a la que tanto derecho tienes. Nada dije hasta hoy, porque no hubiera podido soportar ni consentir el castigo justo que traerían estas pruebas. Pero ya no soy de este mundo. Si no surge en ti un movimiento de santa piedad y buen perdón, hágase la justicia de Dios y de los hombres. Pide por mí. Hasta la eternidad. Tu hija, **Amelia**".

El general volvió rápidamente a la vida; por los ojillos grises cruzaron chispas de un gran incendio interior, crispáronsele los labios, frunció fuertemente el entrecejo y se quedó mirando el paquete misterioso.

En la vida del viejo militar había un gran dolor y una terrible infamia. Hacía cuatro años moraba en una de las capitanías generales de

la frontera Norte, encargado de estudios delicadísimos, relacionados con un plan de mutua invasión en el caso de guerra con la nación vecina. Un mal día aquellos documentos, confiados al honor miiitar, a su patriotismo y a su responsabilidad, desaparecieron del cajón que les guardaba en su despacho, dentro del fuerte donde vivía, mientras realizaba sobre ello anotaciones y estudios. Poco después, súpose que estaban en manos del Estado Mayor que en alguna época pudiera ser enemigo nuestro. El escándalo que se produjo fué ruidosísimo. El general hizo cuanto pudo, cuanto se le ocurrió. cuanto le aconsejaron, para descubrir a los ladrones, a los traidores, a quienes fueran; la Policía, creyendo en la buena fe del nombrado jefe, desplegó todas sus artes y fuerzas con el mismo fin, mas no hubo manera de averiguar nada en concreto.

El robo (si le hubo), no había dejado el más pequeño rastro. La opinión condenó al general y éste se vió envuelto en un tremendo proceso del que salió absuelto por falta de pruebas, pero deshonrado, empobrecido y arrojado del ejército por sus propios compañeros. Y así... vivió en un infierno inextinguible, a pesar de las repetidas incitaciones al suicidio con que el demonio le tentaba.

—¿Quién fué el ladrón? ¿Quién me ha robado? —se decía entonces en filo de desesperación—. Ha tenido que ser alguno de mi familia.

En mi despacho sólo entraban ellos por las habitaciones interiores. ¿Pero quién? ¿Mis hijos? ¡Ah, mis hijos, viciosos, gastadores; es posible que hayan sido ciertamente; harto me pesa no haberles enderezado antes. ¿Mi yerno? ¿Quién sabe? Tampoco es su conducta un escudo contra la sospecha. ¿Mis nietos? Tal vez, tal vez; llevan en la sangre la mala sangre de su ascendencia; andan descarriados, sin moral, sin ley. ¿Quién será el ladrón?

El general daba vueltas entre las manos al sobre que el viejo servidor acababa de entregarle. Allí estaría la acusación y la prueba, la reintegración de su honra, la vuelta a la estimación pública, al destino ambicionado, a los bienes perdidos... y la venganza, la sabrosa venganza contra el infame que le destrozó la vida. Miraba y remiraba el sobre, pero no se atrevía a abrirlo.

—¿Quién será? —pensaba—. ¿Y una vez que lo sepa, qué haré? ¿Amontonar fango sobre el nombre de todos; remover la charca ya posada de la maledicencia; volver a sufrir en mi carne, porque de mi carne son todos ellos, el martirio que yo sufrí?

El general apoyó su frente de marfil en las manos huesosas y se hundió en profundos pensamientos. Ante él, rígido, aguardaba el viejo servidor.

—Oyeme —dijo el jefe, por fin, irguiendo su aventajada estatura—, coge este sobre y sin

que nadie te vea, ni sospeche lo que haces, ocúltale entre la ropa de la pobre difunta. ¡Que lo lleve al sepulcro! ¡Que se pudra con ella!

Y la tormenta se disipó en aquella alma grande; y una paz ancha y serena y luminosa fué el premio de su magnanimidad.

Entre fieras.

DIEZ y ocho meses de terrible lucha duró la repercusión de la gran guerra en la Costa de Marfil. Los ejércitos negros que comandaban ingleses y franceses, penetraron en el Camerún por la Nigeria británica y fueron empujando lenta, pero seguramente, hacia la Guinea española a los treinta mil "bantús" que obedecían las órdenes de oficiales teutones.

Heroica retirada en la que hitaron con cadáveres de combatientes de "color", con vidas de mujeres y niños indígenas, con sangre de alemanes, las márgenes de los ríos, las orillas de los lagos, los "basees", los pueblos de cañas y nipa de los bosques vírgenes. Cuando, exhaustos ya, fuéronse los vencidos filtrando por las espesuras impenetrables de la selva inexplorada de nuestras posesiones del Muni, descansaron de su inquietud aterradora, a pesar de que aun tenían en su camino peligroso hasta Fernando Póo las fieras y los salvajes, que suelen cobrar sangriento portazgo a los que se aventuran por sus dominios.

Un grupo que había sido bastante más numeroso y que las balas enemigas dejaron reducido a una docena de negros, dos oficiales jóvenes de Baviera y un viejo coronel germano, descansa rendido en el límite mismo que separa su querido país de nuestra última colonia. La selva negra y amedrentadora cobíjales junto al tronco enorme de una ceiba secular, cuya copa poderosa es un bosque inextricable. No pueden encender fuego, porque aun no están defendidos por nuestra bandera neutral. Apiñados, sintiendo aletear sobre sus cabezas el terror misterioso de las noches del trópico, abren sus ojos, pretendiendo perforar las sombras espesas, y sus oídos para recoger todas las ondas sonoras que llegan hasta ellos.

En aquella quietud absoluta, en aquel silencio hondo, todo se mueve, todo suena. Algo tremante y sordo estremece el ambiente de una manera precisa; es la vida de la selva que late como un corazón. El chasquido del ramaje seco, que una garra aplasta cautelosa; el roce de algo que repta silencioso sobre las hojas muertas; el movimiento de la rama de un árbol, como si algún ser vivo la hubiera utilizado para deslizarse; la respiración anhelante de una agonía que concluye; el jadeo de cuerpos que se enroscan y se aprietan y luchan; el suave estremecimiento de las copas de los arbustos y de las altas hierbas, por donde pasa un aire tenue, y el gruñido de un regato de

agua, que parece una alimaña perseguida, producen este concierto misterioso de las noches ecuatoriales, que acongoja el cerebro, enfría la médula y pone en el espíritu un miedo insuperable.

De pronto los ronquidos estremecedores de los felinos corpulentos hicieron que se estrecharan las filas de los derrotados. Las manos se crisparon sobre los fusiles. Eran varios leopardos o varias panteras los que amenazaban con su rugir profundo. Poco a poco aquel concierto escalofriante fuese haciendo más poderoso, atronador. Los tiranos de la selva reuníanse al olor de la carne olfateada. El viejo coronel se dispuso a tomar precauciones. Una hoguera les salvaría, hasta que se metiese por entre la maraña de los gigantes del bosque la discreta luz malva, las suaves tonalidades grises con que se alumbra aquel suelo feraz.

En tal momento, uno de los centinelas avanzados llegóse con rapidez y sobresalto.

—Mi coronel —díjole en su bárbaro dialecto—: Se acercan los enemigos. Están ya a menos de quinientos metros.

—¿Estás seguro? ¿No serán una manada de animales?

—Son hombres.

El oficial más joven murmuró:

—¡Hombres al frente, fieras a la espalda! ¿Qué haremos, mi coronel?

El viejo militar, animoso y valiente, contestó levantándose:

—Pero muchacho, eso no tiene duda. Entre fieras y hombres... ¡las fieras!

Y hacia la Guinea española, hacia los leopardos hambrientos y furiosos, lanzáronse más confiados, menos temerosos de su fin, que en la última linde del Camerún invadido.

Juego de cañas.

AS justas, aquel año como ninguno faustuosas, desarrollábanse sin el menor tropiezo. Todo era bulla y alegría en el Mercado Grande. La gran ciudad de Avila de los Caballeros se apiñaba gozosa en torno de sus guerreros, ágiles y valientes, famosos justadores en la plaza, como eran terribles lanceros en los campos de combate. La cofradía de Santiago festejaba de singular manera las últimas victorias de los ejércitos castellanos en Flandes, bajo la mano dura y gloriosa del Duque de Alba. Los tabladillos hallábanse atestados de nobles e hidalgos, con sus calzas prietas y su capa corta, con sus greguescos y acuchillados, todos rebosantes de color y de gracia, enhiesto el bigote, alto el sombrero. Entre sus zalemas y cumplidos, se ruborizaban las bellas hembras castellanas, cuyas cabezas, de una hermosura serena y fuerte, florecían sobre la gorguera de albura nívea; cuyos bustos, escultóricos y opulentos, cimbreábanse sobre las faldas desmedidas de la época de Felipe II.

Un ambiente de jocunda satisfacción popular rebosaba de cada espíritu y se esparcía envuelto en el griterío de la muchedumbre, en los vítores y aplausos que arrancaba en el ruedo la gallardía y gentileza de una caña bien quebrada, un jinete apuesto y bravo, o un caballo poderoso y ligero.

Y sin embargo, sobre aquellas almas aleteaba la tragedia y un vago temor amargaba el deleite de la diversión; era el miedo indeterminado a un peligro, fantástico tal vez, pero tal vez próximo y sangriento. Apoyada en el alfeizar de una ventana "del primer suelo", a la sombra, arrebatando miradas y corazones, la divina hermosura de una joven inglesa, huésped de la casa nobilísima de Sancho Cimbrón, mostraba en sus ojos azules, oscuros como zafiros, las llamaradas incendiarias de su espíritu apasionado y caprichoso, sediento de amoríos y sembrador de odios. A ella dirigíanse todas las miradas, de ella ocupábanse en todas las conversaciones. Dos apuestos mancebos, flor y orgullo de la nobleza avilesa, el primogénito de la altísima casa de Tapia del Aguila y el primer hijo de la no menos elevada de Vela Núñez, habían tenido ya momentos peligrosos para sus vidas, chocando como dos aceros anchos y cortantes sus dos amores. También hoy justan estos gentilísimos próceres, que a pesar de sus años escasos, regaron más de una vez con sangre los campos de batalla. Y he ahí

por qué todos temen que la fiesta acabe de un modo lamentable, aunque frecuente, en aquellos días de brava pelea, de incesante desafío, de inacabable mortandad. Van bien las justas. Sostiénenlas ocho grupos de cuatro caballeros, todos de la más linajuda prosapia. Visten ricos trajes de tafetán, cuyas haldas flamean al aire su riqueza y alegres reflejos. Cada grupo lleva de distintos colores los capellares, marlotas y bordaduras. El de Vela adornóse con blanco, verde y colorado; el de Tapia del Aguila, con amarillo, azul y negro. El primero cubre su pecho con una divisa en la que aparece un hacha encendida con la luz hacia abajo y esta inscripción: "Vires ynclinata resumo" (la virtud, mientras más humillada, más ensalzada). El segundo ostenta como emblema un mundo sostenido por un hombre viejo que se cubre con una piel de raposo; la leyenda dice: "Sustenta al mundo el ingenio". La multitud celebra la agudeza de tales caballeros y de otros igualmente ingeniosos en sus motes. En las ventanas están las más escogidas familias de Castilla, habiéndose pagado el alquiler de las del primer suelo a la sombra a tres ducados; las del segundo, a dos; las del tercero, a uno, y las del cuarto, a medio; y las de la acera del sol a veinticuatro maravedís.

Las últimas cuadrillas acaban sus lucidos ataques, sus preciosos juegos de rodeo, y se retiran entre los vivas de la muchedumbre. Co-

mienza ésta a desgranarse; el griterío se ha trocado en murmullos. De pronto, un rojo clavel lanzado desde la ventana de la iglesia cae en la arena, como un cuajarón de sangre. Al mismo tiempo, dos jinetes briosos se dirigen desde opuestos rincones a recogerle; no llevan cañas, sino lanzas de acero refulgente. Se acometen rabiosos; los demás caballeros montan veloces sus corceles para impedir el duelo. Es tarde ya; el de Vela ha caído atravesado por el hierro del de Tapia del Aguila, rota el asta por la mitad. Sobre la arena se estremece su cuerpo, joven y venusto, con las terribles convulsiones de una muerte fulminante. El pueblo alza contra la culpable un alarido de imprecación. La inglesa mira con ojos retadores y faz tranquila. El de Cimbrón la invita a retirarse, pero no aparta del marco de la ventana su divina figura hasta que recibe en su pecho el clavel que lanza la mano ardorosa del vencedor.

La flor ha dejado una mancha bermeja sobre las sedas malva de la hermosa. Está tinta en sangre.

El arca.

EN el patio central de la Casa de la Villa hervía una muchedumbre irritada y nerviosa. Atizaban aquel fuego de volcán los concejales y algunos empleados de la secretaría municipal. De corro en corro pasaban, dejando esta mecha encendida:

—Vienen a llevarse nuestro dinero. Traen orden de Madrid para que las existencias de nuestro "Banco Popular", que suman cerca de ocho mil duros, vayan a la olla grande del Ministerio, de donde se nutren todos los holgazanes del ejército incontable de los "pincha tinteros".

—¡Y esto es del pueblo! —gritaba enardecido algún pelantrín—; es lo que reunieron nuestros abuelos, para que los labradores tuviésemos simiente barata y anticipos baratos y ayuda en casos de apuro.

—Pues se lo llevan —musitaba con cara de agonizante un oficial de la secretaría—; se lo llevan y no lo volveremos a ver. Algún traga-

panes, vago y presumido, se comprará con ello buenas joyas o pagará las de sus amistades viciosas...

Bramaba la multitud, poniendo furores temerosos en los destellos de sus ojos inyectados, en el ademán de sus puños prietos, de sus mandíbulas fuertemente encajadas. De momento en momento, nuevos labriegos y nuevos grupos de obreros del campo entraban en el patio del Ayuntamiento, hosca la mirada, balbuciente el habla, con agitado movimiento la barbilla.

Entre tanto, en el salón de actos del Concejo, el inspector general de la Dirección de los Bancos Populares, pertenecientes al Ministerio de Fomento, sostenía con el alcalde y varios concejales una violenta discusión. Era un Banco aquél cuya marcha tortuosa había despertado sospechas muy vivas en la Dirección. Ellas arraigaron más fuertemente en el ánimo del inspector cuando en la Sección provincial revisó el expediente del pueblo aludido. Necesario era ver claro en aquel asunto y enterarse de lo que ocurría. El Gobernador de la provincia, gran amigo del visitador, habíale dicho:

—A mal pueblo vas. Prepárate.

—¡Bah! Yo cumplo con mi deber.

—Procura que mientras cumples no te abran la cabeza de un garrotazo.

—¡Hombre, por Dios!

—Nada, nada. Yo sé lo que me digo, les co-

nozco. Mira, por de pronto, te voy a enviar un teniente y seis números de la Guardia civil.

—¡Qué disparate! Así es como puede ocurrir cualquier tontería. Si al pueblo se le desafía con la fuerza...

—Déjate de sutilezas. Tú cumple con tu deber, como dices; yo cumpliré con el mío.

Y en efecto, mientras discutían el forastero y los del pueblo, las parejas de guardias cubrían la escalera de acceso, y el teniente presenciaba la discusión.

—Les digo a ustedes —afirmaba cansado y molesto el inspector— que ese saldo de cuarenta mil pesetas, que aparece en los libros como existencia en caja, es menester comprobarle.

—No se moleste usted, porque el arca no se abre.

—¿Por qué? Si, en efecto, hay tal dinero, ¿qué inconveniente encuentran en que yo le vea?

—Lo guardado, bien guardado está. Madrid coge lo que puede y no devuelve nada.

La irritación del madrileño necesitó la fuerza poderosa de su voluntad dominadora para no estallar ante aquel insulto.

—En suma —contestó, después de unos segundos, ya más sereno—; vengan las llaves del arca; yo soy su jefe y ustedes tienen que obedecerme.

—El jefe ahora aquí no es usted... El jefe es el pueblo... Mírele... Mírele...

Y el alcalde señaló el patio, en donde, por un ventanal del salón, veíase el bullir amenazador de la plebe. El inspector se dió cuenta de lo que ocurría. Vió la trampa, columbró el peligro que encierra la ira irreflexiva de un pueblo, y pensó que a las multitudes, mejor que huirlas, es dominarlas con honradez y valor. Se dirigió al teniente y dijo:

—¡Que bajen el arca al patio! ¡A ver, dos guardias!

Cuando llegó el arca y vieron que se llevaban en ella sus dineros, un grito de ira insuperable arrancó de aquellos pechos formidables, haciendo temblar las paredes del edificio.

—¡Que nos roban! —aulló una voz.

—¡No me llevo nada! —el inspector, subido sobre el arca, gritaba sereno y valiente—. No me llevo nada, porque ni debo hacerlo, ni puedo hacerlo. Os han engañado a vosotros y a mí. Os han dicho que vengo a coger vuestro dinero, pero son ellos, los malos administradores, quienes le han cogido ya. Se han comido el caudal de vuestro Banco. Y si no lo creéis, vedlo. ¡Un cerrajero! ¿Dónde hay un cerrajero? Abrid el arca. En ella debe haber ocho mil duros.

Se acercó un hombre tiznado de carbón. El inspector se bajó del arca, y hablando con el teniente, cuando el cerrajero comenzaba a maniobrar, le dijo:

—A escape, arriba, a salvar a esos hombres.

El oficial dió órdenes reservadas a sus guardias. Reinaba un silencio pavoroso. Saltaron las cerraduras, se abrió el arca. Nada; papeles viejos, trozos de periódico. Una voz dominadora rugió desde la puerta del patio:

—¡El alcalde y los concejales se escapan, descolgándose por los balcones de la trasera!

Y el alud arrollador del pueblo desbordóse escaleras arriba hasta el piso principal, donde las bayonetas de los civiles detuvieron la terrible avalancha.

Y por los campos, corriendo desolados, huían en diferentes direcciones los venales administradores del Banco Popular.

INDICE

Páginas.

PRÓLOGO 5

SENTIMENTALES

El regalo de Reyes 9
La Nochebuena de Luisín 16
El sillón del padre 22
«Sansón» 27
La venta del cuadro 32
Los viudos 38
Los hijos de la marquesa 42
Hacia otra vida mejor 45
El campo 49
La hermana fea 53
El paralítico 57
En la era 63

AMATORIOS

Amor que cura 71
Amor de verano 75
El indiano 79

Páginas.

La rubia de los Dolores..... 83
La tristeza de amar..... 87
Mi amigo se casa..... 91
Amor y escrituras..... 95
El criado infiel..... 100
Tres cartas..... 105
La novela de la vida..... 109

CÓMICOS

En busca de un lector..... 115
La renta del marqués..... 122
Un buen negocio..... 125
Un carácter..... 129
La compra del palacio..... 133
Dificultades del contrabando..... 138
El catedrático de alemán..... 144
De la vieja política..... 148
El sillón casamentero..... 152

ORIENTALES

Justicia mora..... 159
Pitonisa «bubi»..... 163
El faki y el capitán..... 168
El «berri» del Kaid..... 173
Miska la pamúe..... 177
El confidente..... 181
La pena del Talión..... 185
Asistente por oposición..... 188

Páginas.

DRAMÁTICOS

Los dramas de la nieve 195
Los documentos acusatorios 200
Entre fieras 205
Juego de cañas 209
El arca 213

COLOMA

DESDE LA
CUMBRE DE
LA VIDA

SP - 75